

A. I. Eriomenko



**CONTRA LA
FALSIFICACIÓN
DE LA HISTORIA
DE LA SEGUNDA
GUERRA MUNDIAL**

Editorial progreso. Moscú 1958

Fondo documental **EHK** Dokumentu fondoa

Euskal Herriko Komunistak

A.I. ERIOMENKO
MARISCAL DE LA UNION SOVIETICA

CONTRA LA FALSIFICACIÓN DE LA HISTORIA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Nota sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.
<http://www.abertzalekomunista.net>

EDITORIAL PROGRESO
Mosú 1958

TRADUCCION DEL RUSO

Маршал Советского Союза
А. И. ЕРЕМЕНКО

ПРОТИВ ФАЛЬСИФИКАЦИИ
ИСТОРИИ
ВТОРЬ МИРОВОЙ
ВОЙНЫ

На испанском языке

AL LECTOR EXTRANJERO

El mundo sabe perfectamente cuantas vidas ofrendó el pueblo soviético para derrotar al fascismo alemán, que amenazaba la existencia misma de muchas naciones de Europa.

Lamentablemente, en los países capitalistas, especialmente en la RFA, hay gentes que, con intenciones deshonestas, procuran tergiversar la historia en menoscabo del papel que desempeñaron el pueblo y el ejército soviético en la segunda guerra mundial. Lo más triste del caso es que, falsificando los acontecimientos pasados, quieren esas gentes abonar el terreno para el desencadenamiento de una nueva guerra mundial.

He sido partícipe de las dos conflagraciones mundiales acaecidas en nuestro siglo. Conozco la verdad acerca de la guerra y no puedo callar ni como ciudadano ni como soldado. En este libro opongo los hechos, tal como ocurrieron, a la falsedad y las patrañas divulgadas en el mundo capitalista.

Quisiera expresar mi agradecimiento al teniente coronel V. K. Pechorkin por su colaboración.

Prefacio

La segunda guerra mundial dejó en la conciencia de los hombres una huella enorme, verdaderamente imborrable.

El deseo de hacerse una idea cabal de este grandioso acontecimiento y de sacar las conclusiones correspondientes late en todas las clases y grupos sociales de todas las naciones del mundo. Resulta natural que al estudio de la guerra pasada se le preste atención en los países que participaron en ella. Por eso es lógico que en EE.UU., Inglaterra, Francia, Italia y otros países se hayan publicado muchas obras consagradas a este tema.

Puede parecer que se debería aplaudir la aparición de trabajos del más diverso carácter, que, desde distintos puntos de vista, diesen a conocer la preparación, el curso y los resultados de la guerra.

Sin embargo, debemos hacer constar que, lamentablemente, muchísimos autores de obras dedicadas a la segunda conflagración mundial están lejos de procurar analizarla objetivamente, y han puesto todo su empeño en tergiversar sus causas, desarrollo y resultados. La inmensa mayoría de los libros de historia de la pasada guerra editados en el mundo capitalista falsean los hechos, total o parcialmente.

Los círculos agresivos de Alemania Occidental han obtenido particulares "éxitos" en la falsificación de la historia de la segunda conflagración mundial. En el llamado "mundo occidental" se ha difundido un retruécano que reza: "los generales alemanes hacen matas guerras, pero escriben "buenos" libros". A nuestro modo de ver, las guerras y los libros de los generales alemanes en nada desmerecen los unos de los otros.

Hay que decir que la falsificación de la historia de las guerras no es en Alemania un fenómeno nuevo, sino un atributo tradicional de los preparativos de revancha. No debemos olvidar que, después de la primera guerra mundial, desatada y perdida por Alemania, los militaristas germanos hicieron enormes esfuerzos para que toda una generación de alemanes se forjara una idea completamente errónea de la misma, lo que en el futuro contribuyó, y no poco, a que se pudiera empujar a millones de alemanes engañados a una nueva hecatombe, mucho más horrenda.

Por ejemplo, el tristemente célebre Ludendorff escribió después de la primera guerra mundial una veintena de libros dedicados esencialmente a tergiversar la historia del conflicto. En 1925, los Archivos Imperiales dieron comienzo a la

Prefacio

publicación de una historia de la primera guerra mundial. Se trataba de un trabajo de muchos tomos, los últimos de los cuales aparecieron ya durante la segunda conflagración mundial. Es sintomático que esos últimos tomos fueran reeditados en 1956 por los Archivos Federales, so pretexto de que la tirada anterior había sido muy pequeña.

En los primeros años de la postguerra se observan ya tentativas de falsificación de la historia del conflicto.

Hay que señalar que la organización y, si puede decirse así, la consolidación de las fuerzas de los falsificadores de la historia de la guerra tuvieron lugar en Alemania Occidental con el concurso y el apoyo manifiestos de los ingleses y, muy especialmente, de los norteamericanos.

El conocido historiador militar inglés B. H. Liddell Hart obtuvo autorización para visitar a los generales alemanes prisioneros con el fin de reunir materiales para su libro dedicado a la historia de la segunda conflagración mundial. Como lo evidencia su obra *Del otro lado de la colina*,¹ que apareció a comienzos de 1948 y fue después reeditada muchas veces en varios países, Liddell Hart ayudó mucho a los militaristas alemanes a divulgar las versiones falsas de la historia de la guerra fabricadas por el mariscal de campo von Rundstedt y los generales Manteuffel, Student, Blumentritt, Westphal y otros. Es muy elocuente que este libro fuera traducido al alemán por el teniente general Kurt Dietrich, comentarista militar hitleriano.

7

Apenas terminada la guerra, a los más destacados generales y oficiales de Estado Mayor de la Wehrmacht, con centrados en campos especiales, se les crearon, con el consentimiento del Pentágono, todas las condiciones para que pudieran dedicarse a trabajos de "investigación" que, en realidad, eran pura falsificación de la historia. Sus "obras", claro está, respondían a los intereses de los nuevos amos y protectores, los círculos gubernamentales norteamericanos.

El libro *Decisiones fatales*, escrito por siete generales alemanes (S. Westphal, W. Kreipe, G. Blumentritt, F. Bayerlein, K. Zeitzler, B. Zimmermann y H. Manteuffel), bajo la dirección del norteamericano S. L. A. Marshall, historiador principal del teatro europeo de operaciones militares, fue fruto de ese trabajo del que hemos hablado².

Así, pues, los ingleses y los norteamericanos imprimieron un determinado impulso a las "investigaciones" históricas de los generales alemanes. Posteriormente, la historiografía de la segunda guerra mundial adquirió inusitada envergadura en Alemania Oeste. El conocido científico alemán Stern, director del Instituto de Historia de Alemania, de la RDA, escribe en una de sus obras:

"Un turbio torrente de publicaciones "documentales", memorias, artículos, ensayos, descripciones de batallas, reseñas estratégico-militares dedicadas a

¹ Liddell Hart B. H., *The other Side of the Hill*, London, 1948.

² *Decisiones fatales*, Voenizdat, Moscú, 1958.

Prefacio

determinados teatros de acciones bélicas, monografías acerca de una u otra arma o formación militar, tratados políticos sobre la prehistoria y el curso de la segunda conflagración mundial... inunda todavía los países de la OTAN. Escriben estadistas retirados y en servicio, diplomáticos, políticos, generales, escritores de temas militares, historiadores profesionales y diletantes, publicistas, filósofos, teólogos, economistas, sociólogos y juristas; escriben hombres que pertenecieron a las “SA”, las “SS” y la Gestapo; escriben oficiales y agentes de los servicios de espionaje, viudas y amantes de los criminales de guerra ahorcados, ayudantes personales, intérpretes, correos, médicos, secretarios y otros servidores de los cabecillas nazis; escriben infinidad de bandoleros de la pluma y otros turbios elementos de los bajos fondos políticos”³,

8

Es claro que lo que dice Stern atañe primordialmente a Alemania Oeste, que, paulatinamente, va adquiriendo jerarquía de centro a donde afluye todo lo reaccionario y profascista de Europa Occidental.

El desenmascaramiento de las artimañas de los falsificadores de la historia de la segunda guerra mundial está pasando a ser una de las líneas esenciales de la lucha contra la ideología burguesa. Como se sabe, el XXI Congreso del PCUS señaló que el desenmascaramiento de la ideología burguesa es una tarea de singular importancia en el campo de las ciencias sociales.

Este libro no persigue la finalidad de hacer una crítica detallada de todos los trabajos de historia militar aparecidos en el extranjero. Se quiere tan sólo analizar críticamente las obras que tratan de acontecimientos de la segunda guerra mundial que el autor de estas líneas conoce bien por haber participado en ellos.

Se trata, concretamente, de *Recuerdos de un soldado*, de Guderian; de *La campaña de Stalingrado*, de Doerr (reseña de operaciones), y de *Victorias perdidas*, de Manstein, libros publicados en Alemania Oeste. Nos referimos también a otras obras, particularmente a las recopilaciones de artículos *Decisiones fatales*, *Resultados de la segunda guerra mundial* y *La guerra mundial de 1939-1945*, así como al libro de F. Mellenthin *Combates de tanques en 1939-1945*.

9

Pese a sus diferencias, tienen estas obras rasgos comunes. En primer lugar, sus autores son militaristas furibundos, que consagraron su vida al servicio en el ejército del imperialismo alemán, que durante tanto tiempo fuera el más agresivo. No se imaginan ni pueden figurarse el desarrollo de la sociedad humana sin guerras agresivas, por eso la principal línea ideológica de estas obras es predicar el militarismo y la revancha, el afán de demostrar que no todo está perdido para los monopolistas alemanes y que hay que preparar una nueva guerra escrupulosa y perseveran Cemente, tanto en los aspectos económico y político, como en el ideológico. Precisamente al cumplimiento de este último objetivo, han consagrado

³ *Der Zweite Weltkrieg 1939-1945, Wirklichkeit und Fälschung*, Akademie-Verlag, Berlín, 1959, S. 1.

Prefacio

ellos el resto de su vida, ya que se les quitó, temporalmente, la posibilidad de tomar parte directa en la formación de cuadros de la nueva Wehrmacht.

No debemos olvidar que todo este torrente de embustes y falsedades acerca de la segunda guerra mundial sigue, a pesar de las múltiples sinuosidades de su cauce, una dirección bien concreta: la de hacer una apología de la agresión imperialista contra los países socialistas y llamar a la revancha y al desencadenamiento de una nueva y destructora matanza.

En primer lugar, esos “historiadores” falsifican, en general, las causas y la prehistoria de la segunda guerra mundial y, en particular, los motivos de la agresión hitleriana a la URSS.

En segundo lugar, tergiversan el curso de la guerra, tanto al referirse a campañas enteras como a operaciones y combates concretos. ¿Qué finalidad persiguen con ello?

A.— Rehabilitar al Estado Mayor Central alemán, al generalato fascista y a la Wehrmacht, queriendo demostrar que la derrota de Alemania, tanto en campañas y operaciones aisladas, como en la guerra toda, dependió de factores accidentales, fortuitos, y que de darse otras circunstancias hubiera sido muy probable el triunfo, ya que para él existían todas las premisas objetivas indispensables. A saber: un Estado Mayor Central experimentado y sagaz, cerebro de la Wehrmacht, jefes militares duchos y probados, soldados valientes y fieles a la causa de la grao Alemania, un material de guerra excelente, etc., etc.

10

B.— Culminar y denigrar a los adversarios del imperialismo alemán, en primer lugar al pueblo soviético y a su ejército, demostrar que la derrota infligida a los hitlerianos por los soviéticos no se debió a que éstos poseyeran un ejército y un régimen social mejores, sino a difíciles condiciones geográficas y climatológicas, o a superioridad numérica,

C.— De paso, muchos de los autores tratan de justificarse, de restablecer su mermada reputación, de hacerse de valer.

D.— Otro importante fin que persiguen es menoscabar el papel del pueblo y del ejército soviéticos en la derrota del Reich fascista e hiperbolizar los méritos de Inglaterra y, especialmente, de los EE.UU., cosa que se hace, claro está, por espíritu lacayuno.

E.— Con estos y otros argumentos secundarios se quiere persuadir a la opinión pública de que vencer a la Unión Soviética en una guerra futura sería, aunque difícil, perfectamente posible si se estudiara y tomase en consideración la experiencia de los generales alemanes y su “insuperable” arte militar.

En tercer lugar, falsifican los lugares y las fechas de los combates decisivos, que determinaron el desenlace de la guerra. Esta línea está íntimamente relacionada con la anterior y persigue a grandes rasgos —por el momento no vamos a entrar en detalles —el fin de silenciar que el frente determinante fue siempre, desde el

Prefacio

comienzo mismo de la agresión hitleriana a la URSS, el sovieto-germano, que los combates más importantes tuvieron lugar en él y, finalmente, que el punto crucial de la guerra lo marcó la batalla de Stalingrado.

En cuarto lugar, falsifican la política del nazismo en relación a los pueblos de los países subyugados y a las naciones satélites. A este respecto es muy sintomático el afán de denigrar el movimiento de resistencia y, en particular, el movimiento guerrillero en las zonas ocupadas de la Unión Soviética, así como los esfuerzos por hacer ver que los satélites de Alemania cometieron un acto de deslealtad al salirse de la guerra.

11

En quinto lugar, tergiversan las razones que impidieron surgiera dentro de Alemania una amplia resistencia masiva a la política de Hitler. También en este caso esos historiadores de pacotilla falsifican y adulteran los hechos, haciendo trampas como tahúres sentados a una mesa de juego.

En sexto lugar, desvirtúan los resultados y las consecuencias de la guerra. Por cierto, esos ex pilares de la Wehrmacht llegan a afirmar que la nación alemana fue atropellada y puesta en unas condiciones que la obligan a prepararse para la revancha.

Naturalmente, podríamos señalar muchos otros aspectos de la tergiversación de la realidad histórica. Posteriormente hablaremos de algunos de ellos, al analizar los libros de los falsificadores.

Capítulo 1

Falsificación de la prehistoria de la segunda guerra mundial

En el primer capítulo del libro nos detendremos en la falsificación de las causas de la segunda guerra mundial, pues se trata de una cuestión esencial, que no podrá ser enfocada con la necesaria plenitud en los capítulos siguientes, dedicados a obras concretas de los falsificadores de la historia.

El problema de la falsificación de las causas y de la prehistoria de la segunda conflagración mundial ha sido ya tratado en la prensa soviética. Lamentablemente, el desenmascaramiento de los falsificadores ha sido superficial, en muchos casos. A menudo, los tiros no se dirigían al blanco principal. En particular, se refutaba la afirmación de que el único culpable de la segunda guerra mundial había sido Hitler y de que, muerto éste, no tenía ningún sentido rumiar el problema. Por lo visto, los falsificadores expresaban ese parecer para mixtificar a la gente no versada en historia y lega en política. Pero en la historiografía germano-occidental hay otra tendencia, fuerte por cierto. Una serie de ex generales nazis explican la prehistoria y los motivos de la guerra mucho más ingeniosamente, con miras a engañar a lectores más enterados de las cosas.

Veamos, por ejemplo, lo que dice Tippelskirch en el capítulo *Prehistoria y comienzo de la guerra*.¹ A primera vista podría parecer que él también se dispone a culpar de todo a Hitler, pues el capítulo comienza con una descripción del complejo "diabólico" del Führer, pero, más adelante, de los alambicados argumentos de Tippelskirch se infiere la siguiente versión de las causas de la guerra: Hitler consideraba que la anexión de Polonia quedaría impune, lo mismo que la ocupación de Austria y de Checoslovaquia. Según Tippelskirch, Inglaterra y Francia procedieron ilógicamente al declarar la guerra a Alemania por su agresión a Polonia. Si no lo hubiesen hecho, lo más seguro es que Hitler no hubiera emprendido la campaña contra Occidente. Para Tippelskirch, la agresión a Polonia estaba completamente justificada, en primer lugar, para rectificar la injusticia del tratado de Versalles y, en segundo, para preparar una cabeza de puente con vistas a una guerra contra la URSS.

14

Dice Tippelskirch que, al entrar en conflicto con Alemania, las potencias occidentales contribuyeron a desencadenar una guerra en la que, "tan sólo una

¹ K. Tippelskirch, *Historia de la segunda la guerra mundial*, Izdatinlit, Moscú, 1956.

potencia, la Unión Soviética, podía estar realmente interesada”. En otro pasaje, leemos: “Los ingleses adoptaron prematuramente una posición determinada y, con ello, perdieron la libertad de acción diplomática. Si hubiesen actuado con mayor reflexión, habrían obligado a Hitler a entablar negociaciones para resolver la cuestión polaca...” (págs. 9-10). Esto, según vemos, no es, ni mucho menos, una acusación a Hitler, sino, más bien, una mal disimulada justificación de su política.

Es como si Tippelskirch le dijera al lector: el tratado de Versalles fue una iniquidad. Esto lo reconocen todos, por eso los planes de Hitler tendientes a romperlo eran justos. Los países occidentales no tenían porqué inmiscuirse antes de tiempo en los asuntos de Hitler; después de Polonia, él hubiera seguido avanzando hacia Oriente y, de haber contado con la benevolente ayuda de Inglaterra y de Francia, habría cumplido su misión esencial: el aniquilamiento del bolchevismo. Según Tippelskirch, al no apoyar a Hitler, Inglaterra y Francia hicieron el juego a la Unión Soviética.

15

En su trabajo *La segunda guerra mundial de 1939-1945*, obra en dos tomos, Walter Gërlitz dice: “La mayoría (se refiere a los generales hitlerianos—A.E.) consideraba, basándose en el “pacto ruso”, que la crisis polaca acabaría con un nuevo “Munich”. Hasta entonces todo salía siempre a pedir de boca. ¿Por qué aquella vez iba a fallar la suerte?”²

Después de terminar la campaña de Polonia, Hitler, según afirma Gërlitz, intentó una vez más entablar negociaciones con Inglaterra. “¿Qué necesidad tenemos ya de la guerra?”, repetía falaz la propaganda alemana después del rápido triunfo en Polonia. El 7 de octubre, Hitler habló en el Reichstag. Su discurso “fue una disimulada propuesta de paz a Inglaterra... El gobierno inglés rechazó toda negociación”. Pero, en realidad, Hitler exigía entonces el reconocimiento de la anexión de Polonia “post factum” y la devolución de las ex colonias alemanas.

El general Westphal expone muy claramente una versión análoga en la página. 33 de *Decisiones fatales*, donde dice: “La causa (del desencadenamiento de la guerra—A.E.) fue la tirantez entre Polonia y Alemania, debida al problema del pasillo polaco... Hoy se sabe que la negativa del gobierno polaco a hacer la más mínima concesión, agravó mucho las relaciones en la segunda mitad de agosto”. Desvirtuando los hechos con la mayor desfachatez, Westphal declara, más adelante, que antes de 1939 los planes de Alemania respecto a Francia y aun a Polonia eran puramente defensivos, cuando es notorio que el Estado Mayor Central alemán comenzó ya a elaborar el plan de guerra contra Francia en 1935. Westphal pone el siguiente broche a todas sus patrañas: “Hitler consideraba que, a pesar de las garantías dadas a Polonia, Francia e Inglaterra no se lanzarían a una guerra. Esta opinión se basaba en el éxito de las negociaciones sostenidas el 23 de agosto con Stalin respecto al pacto de no agresión” (pág. 34).

² Gërlitz W., *Der Zweite Weltkrieg 1939-1945*, Bd. i, Sleingröben Verlag, Stuttgart, 1951, S. 45.

16

Corno vemos, Westphal repite a Gërlitz y alude, muy inequívocamente, a la Unión Soviética. Resulta, pues, que la guerra estalló porque Hitler desconocía los planes de Inglaterra y de Francia y porque mantuvo negociaciones con Stalin. Viejo hábito de los cacos ése de gritar "¡Al ladrón!", después de efectuar el robo.

La misma falsedad expresa Guderian en su libro *Recuerdos de un soldado*, cuando dice: "... Hitler y Ribbentrop, su ministro de Relaciones Exteriores, estimaban que las potencias occidentales no se decidirían a iniciar la guerra contra Alemania y que, por ello, tenían las manos libres para realizar sus objetivos en la Europa Occidental" (pág. 57).

Describiendo la reunión de jefes de ejército y grupos de ejército convocada por Hitler el 21 de agosto en Obersalzberg, Manstein dice: "Hitler estaba convencido de que, una vez más, las potencias occidentales no empuñarán las armas en el momento decisivo"³.

Hay que subrayar, antes de pasar adelante, que los revanchistas de Alemania Occidental, al considerar "la historia como política del pasado", quieren decirles a los imperialistas del Occidente: apoyad en todo a Alemania Occidental, que sólo con su ayuda será posible acabar con el "peli gro comunista", pues el destino ha querido que Alemania sea ... el guardián de Europa y de todo el mundo occidental y la barrera contra la propagación del panslavismo comunista"⁴.

Si los falsificadores no se avergüenzan siquiera de atribuir en cierta medida a la Unión Soviética la culpa del comienzo de la segunda guerra mundial, la agresión de Alemania a la URSS la explican con todo descaro alegando que Alemania debía cumplir su "misión histórica" e intentar destruir el comunismo o que si Alemania no hubiese iniciado la guerra contra Rusia, ésta hubiera agredido a Alemania cuando las circunstancias se lo hubiesen permitido. Buttlar, en su artículo *La guerra en Rusia*, inventa una serie de "hechos" para "demostrar" que "Rusia seguirá aprovechando consecuente y tesoneramente la trabazón de las fuerzas alemanas en Occidente para ocupar posiciones que le permitan, en el momento oportuno, arrancar a Alemania concesiones decisivas"⁵.

17

En el libro *Decisiones fatales*, el general Blumentritt declara que Hitler se vio "obligado" a empezar la guerra contra la URSS guiado por la "noble" intención de proteger a Europa del "peligro comunista", ya que "los Soviets crearon en las décadas del 20 y del 30 un ejército de un millón de hombres y siguieron aumentándolo". En otro pasaje dice: "Como la Wehrmacht era en aquel entonces la única barrera efectiva entre el Ejército Rojo y Europa, Hitler consideraba que la misión de Alemania consistía en acabar con la amenaza en Oriente y en echar atrás a

³ Manstein E., *Verlorene Siege*, Athenäum-Verlag, Bonn, 1957, S. 26.

⁴ *La guerra mundial de 1939-1945*, colección de artículos, Editorial de literatura extranjera, Moscú, 1957, pág. 494.

⁵ *La guerra mundial de 1939-1945*, pág. J48.

las fuerzas del bolchevismo, que se cernían sobre Europa. Seguía atentamente la marcha de los acontecimientos en esta zona y estaba dispuesto a la acción en cuanto fuese necesario”⁶. ¡Resulta que Hitler se preocupaba por los pueblos de Europa! Blumentritt se ha olvidado tan sólo de un pequeño detalle, a saber, que por el entonces Alemania había ya subyugado, prácticamente, a toda Europa Occidental.

Así, pues, en los trabajos dedicados a la segunda conflagración mundial aparecidos en Alemania Oeste se percibe claramente el deseo de convencer a sus aliados actuales de que los militaristas alemanes y aun el mismo Hitler consideraban que el objetivo primordial era la lucha contra el comunismo, mientras que la guerra contra los países occidentales fue sólo una medida forzada, debida al craso error cometido por los políticos ingleses, franceses y, luego norteamericanos al declarar la guerra a Alemania.

18

Veamos, sin embargo, cómo ocurrieron las cosas en realidad. Que la URSS era el enemigo N° 1 del fascismo alemán está fuera de rindas, pero las peroraciones en torno a intenciones pacíficas de Alemania respecto a Occidente fueron un truco de Hitler para adormecer la vigilancia de sus enemigos.

Está claro que, le hubiera sido o no declarada la guerra por Inglaterra y Francia, Hitler tenía que ajustar las cuentas a Francia, y de ser posible a Inglaterra, antes de iniciar la guerra contra la URSS.

¿Quién ignora que, a pesar de la declaración de guerra, Francia e Inglaterra no emprendieron acción alguna contra Alemania? Ambos países le permitieron que pusiera de rodillas a Polonia, aunque hicieron creer que declaraban la guerra por ella. La declaración de guerra fue, en realidad, un acto simbólico para advertir a Hitler que se guardara de atacar a los países occidentales.

De materiales publicados y de imprudentes declaraciones de los mismos hitlerianos se desprende sin dejar lugar a dudas que, después de Polonia, el blanco de sus pretensiones eran los países del llamado mundo occidental, por cuyo sosiego se había ofrecido a velar la Alemania nacionalsocialista.

Görlitz confiesa en su libro, antes mencionado, que el 27 de septiembre de 1939, o sea, apenas derrotada Polonia, Hitler reunió en la Cancillería imperial a los comandantes en jefe de todas las Armas y a los jefes del Estado Mayor y les hizo saber que él se proponía pasar a la ofensiva contra Occidente lo antes posible. Como hemos dicho, el plan de la agresión a Francia comenzó ya a elaborarse en el año 1935. Claro que los historiadores germano-occidentales afirman a una voz que el generalato, en su mayoría, no estaba por la agresión a Francia, sino por la organización de la defensa.

Sin embargo, esta versión la refutan Manstein, herido en su amor propio, y muchos admiradores de su “talento de estratega” al describir minuciosamente que los generales alemanes se devanaban los sesos para confeccionar el mejor plan de

⁶ *Decisiones fatales*, pág. 66.

derrota de Francia, siendo todos vencidos por Manstein en esta original competición. Lo mismo puede decirse en relación a Inglaterra.

El historiador germano-occidental Freund dice: “Hitler llegó a la conclusión de que no podría derrotar a la Unión Soviética sin haber vencido a Gran Bretaña y de que, para que la victoria sobre Gran Bretaña fuese segura, era menos ter aplastar a la Unión Soviética”.

Podríamos citar infinidad de hechos demostrativos de que la teoría de la “desinteresada”, por no decir “martirial dedicación a los ideales de la civilización occidental” es un bluff que persigue el inconfesable fin político de justificar al fascismo alemán y a sus fuerzas armadas para atenuar un tanto el odio que sienten los pueblos de Europa Occidental hacia los herederos del Reich fascista entronizados en la República Federal y, en particular, hacia la Bundeswehr.

Los intentos de convencer a la opinión pública de que la URSS fue la culpable de la guerra son una monstruosa adulteración de los hechos reales de la historia. En la prensa soviética se han desmentido reiteradas veces esos embustes malintencionados. Aportaremos algunos argumentos para refutar esa especie.

Si la Unión Soviética hubiera deseado, en realidad, aplicar una política páfida en relación a Alemania y a Occidente, en general, hubiese hallado —de ello no cabe duda— una ocasión propicia para golpear desde la retaguardia a la Wehrmacht. Por ejemplo, hubiera podido hacerlo en el verano de 1940, cuando el grueso de las tropas alemanas se había concentrado en Occidente para luchar contra los franceses y los ingleses. Es sabido que para entonces había ya terminado el conflicto soviético-finlandés.

20

En los siguientes capítulos trataremos con más o menos detalle de otros aspectos de la falsificación de la verdad histórica. Pero antes de pasar a ello debemos subrayar que, pese a sus artimañas, los falsificadores, no pueden desentenderse totalmente de los hechos. A ello se deben las diferencias entre los libros que analizamos, diferencias determinadas, principalmente, a nuestro parecer, por el grado de objetividad de los autores. Puede decirse, por ejemplo, que en el libro de H. Doerr *Campaña de Stalingrado* los acontecimientos histórico-militares se exponen un tanto más verazmente que en otras obras de ex generales alemanes. 1.a razón consiste, sobre todo, en que Doerr es mucho menos responsable del fracaso de tales o cuales operaciones y planes del mando fascista que, pongamos por caso, Guderian o Manstein, pues éstos pertenecían a la cúspide militar del Reich, Además, Doerr no ha escrito, en esencia, unas memorias, sino un ensayo, por lo cual no se ve obligado a justificarse continuamente, como les ocurre a Guderian y a Manstein. Pero Doerr tergiversa también burdamente una serie de hechos históricos para rehabilitar a la Wehrmacht y desacreditar a la Unión Soviética y a su valeroso ejército. Quien amaña los hechos y falsifica la historia con particular desfachatez es el teniente general Westphal, que en sus escritos aparece como agente manifiesto del imperialismo norteamericano.

Capítulo II

El Coronel General Guderian y su libro *Recuerdos de un soldado*¹

Nos detendremos aquí, especialmente, en las partes del libro que tratan de los combates en el frente sovieto-germano, y más concretamente en los que participó el autor de estas líneas en calidad de comandante y subcomandante del Frente Occidental y de comandante del Frente de Briansk en el año 1941.

Pero antes de entrar en materia diremos unas palabras acerca de Guderian como ideólogo del militarismo y del revanchismo alemanes y como autor de una determinada doctrina de la guerra moderna. Fue Guderian el ideólogo de la guerra de tanques y desempeñó un papel destacado en la formación de fuerzas blindadas de la Wehrmacht, así como en la elaboración de los métodos tácticos del empleo de grandes unidades de tanques en los campos de batalla (claro que él pretende haber hecho más).

No cabe duda de que, en este aspecto, Guderian hizo mucho por la Wehrmacht hitleriana². No obstante, no podemos menos de señalar que hiperbolizó la importancia de las fuerzas blindadas en la guerra moderna.

22

Guderian dice en su libro: "... Consideramos que en la ofensiva los tanques son el arma principal, y seguiremos manteniendo este punto de vista mientras la técnica no nos proporcione algo mejor" (pág. 37). Llega Guderian a afirmar que el empleo de tanques por los ingleses y los franceses en el último período de la primera guerra mundial jugó un papel casi decisivo en la derrota de la Alemania del kaiser.

Estos juicios de Guderian, típicos para un pensamiento militar unilateral y, yo diría, estrecho, evidencian su subestimación de todas las demás armas, y muy especialmente de la infantería y de la artillería. En realidad, Guderian niega casi en absoluto la importancia de la preparación artillera, y a la infantería la considera una arma secundaria, que debe adaptarse a las acciones del "arma fundamental", de los

¹ Todas las citas que se dan son de la edición alemana: Heinz Guderian, *Erinnerungen eines Soldaten*, Kurt Vowinckel, Heidelberg, 1951.

² Claro que la prioridad en la elaboración de la teoría de la guerra de tanques no pertenece, ni mucho menos a Guderian, sino al ex general austríaco Eimansberger. El libro de este último *Guerra de tanques*, escrito por encargo del Estado Mayor Central alemán (año 1934), era un bosquejo del plan de la organización de las tropas de tanques de la Wehrmacht. Además se formulaba en él la idea de la guerra "relámpago" de tanques. Guderian, no obstante, profundizó y detalló mucho este problema.

tanques. Volviendo del revés, como un calcetín, todas las concepciones generalmente admitidas y comprobadas en la práctica, declara que las restantes armas deben supeditarse a los tanques y trabajar, por así decirlo, para ellos (no está claro si se excluye o no a la aviación). Aunque Guderian no logró que se pusiera íntegramente en práctica su concepción, vale subrayar que muchas fallas de la llamada “guerra relámpago” guardan relación con su manera de ver, pues Guderian y los grandes monopolistas que lo respaldaban, interesados vitalmente en el máximo incremento de la producción de motores, acero, etc., llegaron a convencer al Führer y a su camarilla de que los golpes masivos de tanques tenían una importancia decisiva para acabar la guerra victoriosa y rápidamente.

Según Guderian, Hitler fue culpable, personalmente, de que los tanques no se emplearan con la debida eficacia y no siempre se enviaran adonde era menester. Pero, aun siendo esto verdad, está fuera de dudas que la táctica aventurera de irrumpir con tanques lo más lejos posible (suponiendo siempre débil al enemigo), sin fortificar el terreno ocupado y extendiendo increíblemente las comunicaciones, fue, junto con otros defectos de la doctrina militar alemano-fascista, la causa de una serie de estrepitosas derrotas sufridas por las fuerzas hitlerianas en el frente sovieto-germano. Por consiguiente, Guderian es responsable de estas derrotas no sólo como jefe militar en los campos de batalla, sino también como teórico, como autor de métodos del empleo de los tanques.

23

Al criticar aquí a Guderian por haber sobreestimado el papel a desempeñar por las fuerzas blindadas, no nos proponemos, de ninguna manera, restar a éstas importancia. Las fuerzas blindadas jugaron un gran papel en los campos de batalla de la guerra pasada. Los tanques son un arma muy potente, mas su fuerza reside en la coordinación con las demás armas. Guderian trata de demostrar que, en la ofensiva, los tanques pueden obtener ellos solos la victoria. Sin embargo, los hechos demuestran lo contrario. Siempre que los ejércitos de tanques del enemigo chocaban con una defensa organizada de los soviéticos, sufrían reveses. Pondremos un ejemplo.

A comienzos de agosto de 1942, el 4º ejército de tanques del enemigo, al mando del coronel general Hoth, debía irrumpir sin preparación previa hacia Stalingrado³, al oeste de la línea férrea Salsk-Stalingrado. El 4º ejército estaba bien completado, tanto en hombres como en material. Pero ¿qué sucedió? En el sector de la estación Abganérov y del apeadero “Km. 74” fue detenido por las unidades soviéticas, que habían organizado la defensa y respondieron con enérgicos contraataques a la ofensiva de Hoth.

En su libro *Campaña de Stalingrado*, Hans Doerr dice: “Así, pues, el 4º ejército de tanques, que había concentrado todas sus fuerzas en el sector de

³ Actualmente Volgogrado.

Abganérovo, es decir, al norte del río Aksái, se vio obligado a pasar a la defensiva”⁴

24

Esto se explica, ante todo, porque la defensa soviética supo conjugar el vasto empleo de armas antitanque con contraataques de sus unidades blindadas, gracias a lo cual fue capaz de resistir la pujante ofensiva de todo un ejército de tanques.

La pasada guerra ofrece multitud de ejemplos semejantes.

Todo entendido en el arte militar sabe que, al disponerse a atacar la defensa organizada del enemigo, se llevaba a cabo, imprescindiblemente, una preparación artillera de una, dos o más horas, según el carácter de las fortificaciones defensivas. El ataque mismo se acompañaba de barreras móviles de fuego, pasando a continuación la artillería a pre ceder a la infantería y a los tanques, concentrando el fuego donde lo pidieran las fuerzas atacantes. La aviación cumplía también una misión muy importante durante el ataque; las tropas de ingenieros, por su parte, jugaban un gran papel, sobre todo para los tanques, volando los campos minados y ayudando a destruir las demás barreras antitanques.

Nadie va a negar que la aparición de gran número de tanques en las fuerzas terrestres introdujo grandes cambios en los procedimientos de combate y, particularmente, en la ofensiva, pero lo nuevo se basa precisamente en la cooperación estrecha e ininterrumpida de todas las armas.

Del libro de Guderian se infiere que, durante la guerra, él hizo todo lo posible para que el Estado Mayor Central alemán e Hitler pusieran en práctica sus planes de operaciones y campañas. Así fue, por ejemplo, a fines del verano del año 1941, cuando insistió en que se atacase a Moscú, en vez de asestar un golpe sobre Ucrania. Si bien es verdad que Guderian no consiguió persuadir del todo a Hitler, le fueron hechas, no obstante, algunas concesiones, Guderian ejerció también influencia en el desarrollo de las operaciones terrestres cuando era jefe del Estado Mayor Central de las fuerzas de tierra, en 1944-1945.

25

Todo lo dicho aconseja que, al analizar el libro de Guderian, no olvidemos se trata de una obra de un militarote de pura cepa, a quien, incumbe grave responsabilidad por los crímenes que los hitlerianos consumaron durante la guerra, Es por ello paradójica su aseveración de que no tiene nada que ver con el militarismo (pág. 9).

Debemos declarar además, categóricamente, que Guderian nunca fue, como lo pretende, "enemigo ideológico" de Hitler. Las divergencias entre Guderian y el Cuartel General hitleriano se reducían a que aquél discrepaba a veces un tanto con los métodos de ejecución de tales o cuales planes operativos y, como excepción, estratégicos. En cuanto a los fines de la guerra y a los principios a que habría que atenerse para hacerla, la coincidencia era absoluta. Y si Guderian osaba objetar hasta

⁴ Hans Doerr, *Campaña de Stalingrado*, Voenizdat, Moscú, pág. 38.

cierto punto a Hitler, lo hacía como fiel súbdito que deseaba, ante todo, el triunfo de su señor. Presentar las cosas de otro modo es, hablando blandamente, no reflejar la realidad.

La mayor parte de los generales fascistas, comprendido, claro está, Guderian, tratan de demostrar que la razón de los roces entre el generalato y el Führer era la particular posición de principios que habían adoptado los generales de las fuerzas terrestres en relación a Hitler, a su política, y al nacionalsocialismo en general. No obstante, según se infiere del trabajo mismo de Guderian, la razón estaba, en que Hitler no se fiaba de dichos generales, cuando ellos no tenían otra preocupación que la de disipar a toda costa las sospechas del Führer, la de persuadirle de su lealtad absoluta al nacionalsocialismo. En la pág. 77, Guderian relata la plática que mantuvo con Hitler para convencerle de que el generalato le era siempre absolutamente fiel. Guderian no dijo entonces ni una sola palabra que aludiese a la necesidad de aplicar una política distinta y se limitó a asegurar a Hitler que todos los generales y todos los mariscales de campo estaban dispuestos a seguirle en cualquier empresa, jugándose el iodo por el todo. En realidad, el mismo Hitler no dudaba de ello. No desconfiaba de los generales porque les estimara desleales, sino porque les creía incapaces de cumplir las tareas que se alzaban ante el Reich. Además, Hitler suponía, y no andaba muy desencaminado, que el viejo generalato, por su rutina y atraso, no podía contribuir en plena medida a la realización de sus planes.

26

Por eso Hitler se fue orientando posteriormente hacia generales más jóvenes, como Manstein, Guderian, Hoth, Manteuffel, Model y otros.

En fin, si Guderian y otros nazis empedernidos tuvieran vergüenza, no tratarían de hacerse pasar por enemigos del régimen hitleriano.

En la pág. 81, Guderian confiesa que en el éxito de la campaña de Occidente (en el momento de la elaboración del plan de ataque a Francia) no creía nadie más que Hitler, Manstein y él mismo. Esta confesión evidencia cuán falsas son las elucubraciones acerca de las “divergencias” con Hitler.

Lo mismo puede decirse de las palabras de Guderian de que era “enemigo de la guerra contra Rusia”. Hay que prevenir, antes de pasar adelante, que no se trata de consideraciones de orden moral, sino exclusivamente militar: entre otras cosas, Guderian consideraba poco propicio el momento elegido por Hitler para iniciar las hostilidades contra la Unión Soviética. Pero aunque lamenta el apresuramiento con que el Führer adoptó esa decisión, dice lo siguiente: “Preparándome para cumplir las difíciles tareas en perspectiva, me dedicaba con mucho celo a instruir y armar las divisiones que se hallaban bajo mi control” (Pág. 128).

Como es sabido, obras son amores y no buenas razones. Por ello toda esa palabrería que Guderian derrocha para hacer ver que estuvo en contra de la agresión a la Unión Soviética, no vale un bledo, pues, en realidad, se deshacía por complacer a Hitler y preparar las fuerzas blindadas para la “guerra relámpago”.

27

A este respecto valdría la pena recordar que en el año 1942 apareció simultáneamente en Berlín, Viena y Praga un libro titulado *Con los tanques en Oriente y en Occidente*⁵. Este tomo de pretensivos artículos de sus subordinados llevaba una introducción escrita por Guderian, que patrocinó la publicación.

Aquí, junto a loas al Führer, vemos bien claramente los propósitos que entonces acariciaba Guderian. “No tiene nada de extraño —dice— que el Führer y las tropas⁶ siguieran con gran atención el curso de los acontecimientos. Poseían un arma invencible, conocían su fuerza, durante muchos años no habían aprendido sino a atacar, se habían sustraído a la pesadilla de la derrota del año 1918 y creían en la victoria”.

Guderian trata de justificar por todos los medios el proceder de Hitler y, con ello, el suyo propio. No se avergüenza siquiera de echar mano de los infundios —muchos de ellos risibles— de la propaganda de Goebbels. Así, la ocupación de Checoslovaquia⁷ se justifica diciendo que obedeció al deseo de liberar a los súdeles, que se hallaban “oprimidos”; la guerra con Polonia, alegando que el gobierno polaco se obstinó y no quiso entregarle a Alemania, a la primera exigencia de Hitler, tierras que pertenecían a Polonia desde tiempos inmemoriales, etc. A) hablar del comienzo de la guerra contra la Unión Soviética, Guderian se ve obligado a reconocer que todo lo dicho por la propaganda fascista para justificar aquella aventura era puro embuste.

28

Señalaremos que Guderian prefiere no expresar su opinión respecto a acontecimientos internacionales de tal importancia como la violación por Alemania de las fronteras de los países europeos y la ocupación de éstos (particularmente de Luxemburgo, Bélgica, Holanda), la agresión a Yugoslavia, Grecia, etc.

Nos detendremos, sin embargo, a analizar más detalladamente la actitud de Guderian hacia la guerra contra la Unión Soviética. He aquí lo que dice concretamente en la página 136: “El 14 de junio, Hitler reunió en Berlín a todos los jefes de los grupos de ejército, ejércitos y agrupaciones de tanques para argumentar su decisión de atacar a Rusia y escuchar los informes acerca de la conclusión de los preparativos. Dijo que no podía derrotar a Inglaterra. Por consiguiente, para alcanzar la paz, debía dar cima victoriosamente a la guerra en la Europa continental. Para crearse una posición invulnerable en el continente europeo, había que aplastar a Rusia. Su detallada exposición de las razones que le impulsaban a iniciar la guerra preventiva contra Rusia, no fue convincente. No podían justificar una decisión tan seria sus invocaciones a la gravedad de la situación internacional, consecuencia de la

⁵ *Mit den Panzern in Ost und West*, Herausgegeben von Generaloberst Guderian. Volk und Reich Verlag, Berlín, Prag, Wien, 1942, S. 9.

⁶ Se refiere a las unidades de tanques.

⁷ Checoslovaquia estaba dividida en dos partes “El protectorado de Bohemia” y la “República libre de Eslovaquia”, estando ambas bajo el Poder del III Reich.

ocupación de los Balcanes por Alemania, a la injerencia de los rusos en los asuntos de Finlandia o a la ocupación de los países bálticos limítrofes por los rusos; tampoco podían justificarla los fundamentos ideológicos de la doctrina nacionalsocialista ni los escasos datos acerca de los preparativos militares de los rusos. Por cuanto la guerra en Occidente no había terminado, toda nueva campaña militar podía conducir a operaciones militares en dos frentes, para lo cual la Alemania de Hitler estaba todavía menos capacitada que la Alemania de 1914". Guderian añade que todos se callaron, pues ni siquiera se les pidió su opinión. ¿Qué valor tiene — preguntamos— esa "disconformidad" con los planes de Hitler, si nadie objetó? Está claro que todas las dudas que Guderian expone le surgieron cuando su teoría de la guerra de tanques quedó en evidencia y los cacareados ejércitos alemanes de tanques fueron aniquilados en los campos de Rusia.

29

Es muy elocuente que aun cuando la Unión Soviética no dio motivo alguno para que se le declarara la guerra, Guderian no hace ninguna objeción de principio a la agresión de Alemania y se limita a exponer sus consideraciones acerca del peligro que encerraba una guerra en dos frentes. No le indigna en absoluto la perfidia de Hitler, que resolvió desalar la guerra contra un país que había firmado con él un tratado de no agresión y lo observaba rigurosamente.

¿Quién no comprende que, si la cúspide del generalato alemán estaba realmente contra la guerra en el Oriente, hubiera debido hacerse oír? Al decir esto, no nos referimos tanto al aspecto jurídico del problema, sino al estratégico-militar. En efecto, todos esos criminales de guerra que ahora hablan tan desenfadadamente de su lealtad a Alemania y a su pueblo, siguieron obedientes a Hitler en el momento decisivo, y con ello asumieron toda la responsabilidad por la catástrofe nacional. Si, como asegura Guderian, comprendían realmente lo peligroso de la situación, tanto más culpables son ante su pueblo. Y no hablamos aquí de los crímenes cometidos con los pueblos de los países víctimas de la agresión hitleriana.

Subleva también al lector imparcial la crítica que hace Guderian de la "frívola seguridad del Alto Mando de la Wehrmacht en la rapidez vertiginosa del triunfo" (pág. 137), cuando él mismo fue uno de los que infundieron esa seguridad a Hitler y a otros jefes de la Wehrmacht.

Así lo evidencia, por ejemplo, el informe de Guderian a p Hitler en agosto del año 1941, en el cual se esforzaba en demostrar que si se continuaba la ofensiva sobre Moscú y no se lanzaba su ejército de tanques a Ucrania, la guerra podría terminar con el triunfo de Alemania en un plazo muy breve, ya que se aniquilaría las fuerzas armadas del país soviético.

30

Guderian relata: "Le dije que, a mi manera de ver, desde el pimiento de vista militar lodo indicaba que el momento era propicio para aniquilar totalmente las fuerzas armadas del enemigo, que habían sufrido considerables pérdidas en los últimos combates. Le describí la situación política de la capital de Rusia, que en grado sumo

se diferencia de las demás capitales, por ejemplo de París, y es el centro de la red de ferrocarriles y comunicaciones, el centro político del país y un importantísimo núcleo industrial. La toma de Moscú hubiera podido influir poderosamente en la moral del pueblo ruso y en el mundo entero...

Finalmente rogué a Hitler que pusiera en segundo plano todas las demás consideraciones, subordinándolas al cumplimiento de la tarea fundamental: obtener una victoria militar decisiva” (pág. 180).

Del pasaje citado (aunque, por lo visto, Guderian ha procurado retocar su informe) se infiere que Guderian tenía la plena certeza, por lo menos a fines de agosto de 1941, de que, siempre y cuando se aceptasen sus planes, Alemania concluiría la guerra rápida y victoriosamente.

Al pasar al análisis concreto de la parte del libro en que se describen los acontecimientos en el frente soviético-germano, debemos hacer algunas observaciones generales. Hay que decir, en primer lugar, que el libro de Guderian puede producir a algunos lectores la impresión de que en cierta medida describe verazmente los acontecimientos. Eso se debe, principalmente, a que, al tergiversar lo fundamental, lo esencial, es exacto cuando saca a colación pequeñeces y detalles. Por otra parte, Guderian silencia los hechos que no le conviene, por una u otra razón, desempolva y pone en primer plano los que le sirven para apoyar las versiones que ha fabricado.

Guderian, como, por cierto, todos los autores de su especie, sobreestima siempre sus éxitos y minimiza las victorias de las armas soviéticas. Exagera también la fuerza de las tropas soviéticas que se oponían a sus unidades de tanques y exorbita increíblemente, sin escrúpulos, las pérdidas de las tropas soviéticas, al mismo tiempo que divide por diez las de los hitlerianos.

31

Señalaremos que los capítulos de *Recuerdos de un soldado* que describen los acontecimientos del frente son los que encierran mayor interés, pues en ellos el autor, aun sin quererlo, tiene, a veces, que atenerse a los hechos. En estos capítulos habla Guderian de muchas cosas, que no podríamos encontrar en los archivos ni en las memorias de los jefes militares soviéticos, por lo que no se puede negar en absoluto el valor cognoscitivo de su obra.

Veamos, sin embargo, de qué modo describe Guderian las operaciones en el frente soviético-germano.

Con la sangre fría de un verdugo, relata el comienzo de la páfida agresión a la Unión Soviética. Dice que vio con sus propios ojos la vida pacífica de la guarnición de la fortaleza de Brest. Los monstruos fascistas discutían si valía la pena efectuar una preparación artillera, pues sabían perfectamente que la parte soviética no hacía preparativo alguno, no ya para una agresión a Alemania, sino tampoco para cualquier operación militar. Este “caballero” no se rebelaba contra las bárbaras incursiones de la aviación fascista, no sentía la menor compasión por la población civil soviética. Eso cuando el mundo sabe que no fueron dictados por necesidad militar alguna.

Guderian apenas si habla de la defensa de la fortaleza de Brest, aunque fueron justamente sus tropas las encargadas de tomarla. Según su versión, las fuerzas guarnicionarias resistieron tan sólo unos días. Ahora, gracias al noble esfuerzo del escritor Serguéi Smirnov,⁸ ha quedado establecido irrefutablemente que combatieron más de un mes.

32

Perora extensamente Guderian haciéndose lenguas de las “proezas” y del “heroísmo” de los invasores fascistas, pero no dice una palabra del valor y de la abnegación de los defensores de la fortaleza, que cumplieron valiente mente su deber ante la Patria.

Ofrece cierto interés la descripción que hace Guderian de las operaciones militares en los primeros días de la guerra. Es muy elocuente que los hitlerianos, aun cuando al principio cosechaban los frutos de su pérfida y súbita agresión, sentían temor, y no poco, a posibles golpes de las tropas soviéticas. Lo que más les inquietaba era la agrupación de Bielostok. Hay que decir que fuerzas soviéticas de cobertura bastante considerables se hallaban a derecha e izquierda de la línea Bielostok-Lomzha. Este sector, que formando una cuña de punta roma, se adentraba muy hacia Occidente, impedía que las agrupaciones alemanas que debían operar en la región del Báltico y en Bielorrusia, pudieran comunicarse directamente. La agrupación de Bielostok creaba una amenaza real de golpe al flanco y a la retaguardia de los alemanes. Debido a ello, el mariscal de campo von Bock, jefe del grupo de ejércitos “Centro” (del que formaba parte el grupo de tanques al mando de Guderian), resolvió detener el avance de los grupos de tanques de Guderian y Hoth (2º y 3º grupos de tanques) y de los cuerpos de ejércitos que los seguían, afianzarse en el frente alrededor de Bielostok y esperar a que capitulase la agrupación soviética (pág. 150). Es verdad que esta decisión no se vio cumplida plenamente. Sin embargo, evidencia cuán ilusorias eran, aun en los días más críticos para la Unión Soviética, las esperanzas de lograr una victoria relámpago, tan acariciadas por los hitlerianos.

Guderian describe muy detalladamente la marcha de los acontecimientos militares en los primeros días de la guerra y da muchos y muy valiosos datos de los planes operativos del Cuartel General hitleriano y de su cumplimiento concreto. Como es natural, dedica la mayor atención al grupo de ejércitos “Centro” y a su grupo de tanques. No es difícil captar, por cierto, que exagera mucho la importancia de las acciones de las tropas a su mando, A renglón seguido, nos detendremos a analizar brevemente los planes y las acciones del grupo de ejércitos “Centro”. Su dispositivo era el siguiente:

33

⁸ El escritor soviético Serguéi Smirnov describe la historia de la heroica defensa de la fortaleza de Brest en el libro *Los héroes de la fortaleza de Brest*. Se basa esta obra en documentos y en relatos de testigos que tomaron parte en la defensa de la fortaleza de Brest. Ediciones en Lenguas Extranjeras ha publicado esta interesante obra vertida al inglés.

En el llamado saliente de Suvalki y en el sector de Avgustov-Ostrolenko (270 km) se hallaban el 3^{er} grupo de tanques, del general Hoth y el 9^o ejército de campaña; más al sudeste, a lo largo del Bug Occidental, hasta el Vlodava (280 km), el 2^o grupo de tanques, de Guderian, y el 4^o ejército de campaña, al mando del mariscal de campo von Kluge. Esta agrupación de fuerzas fue creada para cumplir el plan de asestar dos golpes simultáneos en dirección Suvalki-Minsk y Brest-Baránovichi. Así, pues, el 3^{er} grupo de tanques, en cooperación con el 9^o ejército, debía romper la defensa soviética en el sector de Suvalki y llegar a Minsk pasando por Vilnius. El 2^o grupo de tanques, cooperando también con la infantería, debía cruzar la frontera al noroeste y al sur de Brest y avanzar después en dirección Baránovichi-Minsk, a fin de unirse en el sector de Minsk con el grupo de tanques de Hoth. Ello debía completar el cerco de las tropas soviéticas en Bielorrusia. Se destacaba todas las fuerzas posibles a cercar la agrupación de Bielostok, contra la cual actuaba principalmente Hoth. Luego, el grupo de ejército “Centro” debía dirigirse desde Minsk hacia Smolensk, forzando el Berezín, el Dvina Occidental y el Dniéper.

Los papeles se repartieron así: el 3^{er} grupo de tanques y el 9^o ejército debían marchar en dirección noreste y ocupar el sector Pólotsk-Vítebsk, mientras que el grupo de tanques de Guderian, junto con el 4^o ejército de campaña de von Kluge, actuaría directamente contra Smolensk. Al poner en práctica este plan, los hitlerianos tropezaron con grandes dificultades.

Quien más contratiempos hubo de sufrir fue Guderian, y por más que se esfuerza en ocultarla, la verdad sale a la luz.

34

En las páginas 146-147 dice: "Mientras tanto, en la región de Bielostok se combatía encarnizadamente... Esto demuestra que los rusos intentaban, poniendo en juego grandes fuerzas, romper hacia el Este. La resistencia de los rusos causó tan grande impresión al mando del 4^o ejército, que se decidió no debilitar las fuerzas que efectuaban el cerco. Por eso el mariscal de campo von Kluge anuló mi orden de que la 17 división de tanques avanzara sobre Boríssov”.

En este mismo lugar dice: “El enemigo disponía principalmente de formaciones constituidas a base de soldados y material de distintas unidades. El movimiento del transporte era insignificante. La víspera, principalmente sobre Bobruisk, tuvo lugar un combate aéreo que terminó con la derrota de los rusos.”⁹

⁹ Veamos cómo ocurrieron las cosas en realidad (el autor de estas líneas era en aquel entonces comandante en jefe del frente Occidental). El 1^o de julio, nuestra aviación efectuó su primera incursión. Hasta el mediodía, los aviones actuaban en la dirección Bobruisk. Enviamos a los pasos del Berezín ocupados por el enemigo 15 aviones de asalto, protegidos por una escuadrilla de cazas. Sabiendo que el enemigo lanzaría al instante su aviación de caza, a los 7 u 8 minutos enviamos al combate a todos nuestros 24 cazas. Esta maniobra táctica —así como nuestro cálculo del tiempo— se vio plenamente justificada. Apenas nuestros aviones de asalto hubieron atacado los pasos y el aeródromo de Bobruisk, el enemigo envió al instante su aviación de bombardeo y caza, con la que nuestros aparatos entablaron combate. Fue inmenso el júbilo de las

Sin embargo, el enemigo ofrecía, como siempre, tenaz resistencia. Sus tropas operaban hábilmente; hay que destacar que el enmascaramiento era bueno, pero el mando del combate no estaba todavía centralizado”.

35

Según Guderian, la 18 división de tanques conoció la fuerza de nuestra resistencia durante el contraataque que hicimos en las cercanías de Boríssov. Hay que decir que, a pesar del heroísmo de los alumnos de la escuela militar de dicha población y de su jefe, el comisario de división I, Z. Susaikov, los hitlerianos tomaron la ciudad y el puente del Bereziná. Debido a ello fue lanzada urgentemente al combate la 1ª división motorizada de Moscú, que acababa de llegar por sus propios medios, de la capital soviética (tenía hasta cien tanques, inclusive algunos T-34, pero la mayoría eran T-26). Mandaba la división el general mayor I. G. Kreiser. Con esta división y con las unidades de la escuela de tanques de Boríssov que nos quedaban, efectuamos un contraataque y logramos retener durante dos días al enemigo, que pugnaba frenético por salir a la carretera Minsk-Moscú. Fiel a sí mismo, Guderian menciona como de pasada este hecho para él desagradable. Dice así: “la 18 división de tanques pudo hacerse perfecta idea de la fuerza de los rusos, que emplearon por primera vez sus tanques T-34, contra los que nuestros cañones eran en aquel entonces demasiado débiles”.

Más adelante Guderian describe minuciosamente el combate en el sector de su grupo de tanques, queriendo convencer al lector de que, a menudo, su participación personal en la acción de las tropas decidía la victoria. Dice Guderian que se hallaba casi todo el tiempo en las unidades de vanguardia y menospreciaba el peligro. Afirma que las tropas lo querían, y que le bastaba aparecer entre los soldados para infundirles ánimo y entusiasmo. Asegura que una palabra suya era suficiente para que se lanzaran al combate sin acordarse ni del sueño ni de la comida. Huelga decir que, en el mejor de los casos, todo eso son dulces ilusiones.

Aunque los soldados hitlerianos estaban influidos a más no poder por la propaganda de Goebbels, entonces su combatividad había ya que mantenerla con el concurso de los SS, y su entusiasmo y espíritu de ofensiva, con las correspondientes dosis de alcohol. En lo que se refiere al “valor” y a las “proezas” de Guderian, el placer que encuentra en recordar cada ocasión en que se vio en mayor o menor peligro, evidencia que esas ocasiones fueron raras.

36

Es muy sintomático que Guderian describa con gran lujo de detalles aun los más insignificantes combates y sea lacónico en extremo cuando habla de la batalla de Smolensk.

Como se sabe, la batalla por Smolensk duró casi un mes. Más de un regimiento

tropas y de la población cuando, a la vista de todos, en un minuto, fueron derribados cinco aviones enemigos, mientras otro se incendiaba y perdía altura. En el sector de Bobruisk aniquilamos 30 aviones, y los demás aparatos fascistas, reconociendo su derrota, regresaron precipitadamente a sus puntos de partida. Ya ven el valor de las palabras de Guderian, cuando afirma que la aviación hitleriana obtuvo una victoria.

enemigo dejó sus huesos en las cercanías y en la ciudad misma. Se luchaba encarnizadamente por cada calle, por cada manzana. Los fascistas pagaban bien caro cada metro que avanzaban. Centenares de soldados y oficiales alemanes perecieron en las aguas del Dniéper. El Mando fascista se vio obligado a lanzar precipitadamente al combate nuevas y nuevas reservas, a menudo sin darles un respiro después de su desplazamiento. Las pérdidas que sufrieron en Smolensk los hitlerianos no pudieron menos de reflejarse en la situación general del frente. Multitud de documentos caídos en manos de las tropas soviéticas confirman que las pérdidas de los alemanes fueron colosales (según datos del Estado Mayor Central, llegaron a 250.000 hombres). He aquí el parte del jefe del 3^{er} batallón del 53 regimiento motorizado de infantería, que imploraba ayuda: “Las cosas han llegado a tal extremo, que el teniente Ollsner-Woller se ha visto obligado a nombrar jefe de sección a un sargento (cosa que antes jamás se hacía en el ejército hitleriano—*A.E.*). En estos días, el batallón ha perdido 5 oficiales, 15 sargentos y 106 soldados. La combatividad del batallón decae. Es imprescindible reforzarlo con soldados y oficiales...” Al no recibir, por lo visto, respuesta al parte, a los dos días clamaba nuevamente ayuda: “Debido a las grandes pérdidas sufridas en las últimas jornadas, el batallón no está en condiciones de actuar como es debido. En cuanto a su combatividad, no puede ser más baja... Esta situación tan dura es la causa de que para hacer que el batallón ataque haya de recurrirse a la fuerza de las armas”.

37

Tal era la moral de las tropas fascistas después de los combates por Smolensk. Sin embargo, Guderian no hace ni la más remota alusión al verdadero estado real de las cosas. Suponiendo, por lo visto, que la historia se puede tergiversar a discreción, declara terminante: “El 16 de julio, la 29 división motorizada ocupó Smolensk, siendo la primera en alcanzar el objetivo estratégico que se le había fijado, Fue aquél un triunfo extraordinario. Los efectivos de la división, desde su jefe, el general von Boltenstern, hasta el último tirador, cumplieron con su deber...” (pág. 159).

Pero, en realidad, al ocupar los hitlerianos la parte sur de la ciudad el 16 de julio, la lucha en el sector de Smolensk entró en su fase decisiva y se prolongó, con éxito vario, casi un mes entero¹⁰.

Más adelante, en la página 163, Guderian menciona de paso nuestro contraataque en las cercanías de Elnia, jactándose de que, allí, la división de Schaal aniquiló en un sólo día 50 tanques soviéticos. Pero a renglón seguido se le escapa que Schaal perdió, por lo menos, la tercera parte de todos sus tanques.

En la nota fechada el 29 de julio, Guderian da a conocer cierta modificación de los planes hitlerianos; concretamente que "Hitler se fijó 3 objetivos: 1) en el noreste, Leningrado; este objetivo debía alcanzarse a toda costa para poder organizar desde

¹⁰ La lucha en el sector de Smolensk terminó a mediados de agosto, cuando las tropas de nuestro 20 ejército (al mando del teniente general P. A. Kürochkin), rompieron el cerco y pasaron a la ribera oriental del Dniéper.

Suecia, a través del mar Báltico, el aprovisionamiento del grupo de ejércitos “Norte”; 2) en el centro, Moscú, importantísimo núcleo industrial; 3) en el sudeste, Ucrania”. Estas noticias se las comunicó a Guderian el coronel Schmundt, ayudante general de Hitler, que le hizo entrega de una condecoración del Führer, cosa de la que nos habla con orgullo inmenso este "enemigo ideológico" del hitlerismo.

38

A los dos o tres días, del Estado Mayor Central de las tropas de tierra le comunicaron a Guderian datos menos consoladores, pero, en cambio, más concretos: “El objetivo antes señalado, alcanzar para el 1º de octubre la línea Onega-Volga, lo consideramos por ahora irrealizable”,

Así, pues, en menos de mes y medio de guerra, el Estado Mayor Central fascista comprendió cuán irreales eran sus planes de acabar con la Unión Soviética en el transcurso de seis semanas, Antes de que ese plazo transcurriera, hasta los espadones alemanes más optimistas habían comprendido ya que el conflicto con Rusia no sería una “guerra relámpago”. Pero Guderian pinta las cosas cual si todo hubiera marchado como sobre ruedas, poco más o menos: de no contar algunos episodios desagradables, todas las operaciones se desarrollaban en rigurosa correspondencia con el plan hitleriano, y las tropas invasoras cosechaban una victoria tras otra.

Es imprescindible que nos detengamos a analizar más detalladamente la idea de que si Hitler no hubiera obligado al grupo de tanques de Guderian y a todo el grupo de ejércitos “Centro” a operar a fines de agosto en dirección sur, hacia Ucrania, y les hubiese permitido continuar avanzando hacia Moscú, la guerra podría haber terminado en breve plazo con el triunfo de la tropas alemano-fascistas; por lo menos, según Guderian, los hitlerianos hubiesen ocupado Moscú. A “demostrar” esta opinión suya dedica Guderian muchas páginas.

¿Cómo argumenta esta idea desde el punto de vista estratégico? En primer lugar, dice que las tropas del grupo de ejércitos "Centro" se hallaban perfectamente preparadas para emprender una ofensiva sobre Moscú, mientras que la proyectada ofensiva sobre Kíev requería trasladar tropas al sudoeste. En segundo lugar, al atacar posteriormente a Moscú, las tropas deberían cubrir nuevamente —sin necesidad, por así decirlo— la misma distancia para verse otra vez en los accesos a la capital. En tercer lugar, si los combates en el sur se prolongaban, se dejaría escapar una ocasión favorable (desde el punto de vista climatológico) para llevar a cabo la operación de Moscú. En cuarto lugar, los asesinos hitlerianos hubieran combatido con mayor fervor por Moscú que por Ucrania.

39

No podemos dejar de señalar que estas conclusiones de Guderian tienen, a primera vista, cierto sentido. Sin embargo, la mayoría de ellas no loma suficientemente en consideración lo compleja que era entonces la situación en el frente soviético-germano. En realidad, fue en el sector central de ese frente de mil kilómetros, donde los invasores tropezaron desde el comienzo mismo con la mayor

resistencia. Allí, precisamente, quedó sepultada la idea del triunfo relámpago en la guerra. Hitler y sus más cercanos consejeros estimaban, pensando con absoluta lógica, que para defender Moscú se haría el máximo esfuerzo y, por lo tanto, tendrían que lanzar allí todas sus reservas. En cuanto al sur, se perfilaba allí un triunfo evidente; el golpe de norte a sur, complementario e inesperado para nosotros, prometía una victoria fácil y muy importante, tanto desde el punto de vista operativo, como desde el económico. Hitler estimaba que un triunfo fácil y grandes trofeos elevarían la moral de sus soldados, después de los duros y sangrientos combates en el sector central del frente, y les infundirían seguridad de que su Führer era “infalible” e “invencible”. Al mismo tiempo, Hitler y su Estado Mayor Central consideraban que un golpe en el sur nos obligaría a emplear o a alejar de Moscú nuestras reservas y permitiría, después de terminar victoriosamente la operación, asestar un inesperado y mortal golpe al corazón de nuestro país, abriéndose paso hacia él desde el sur, por el flanco, tal vez descubierto.

Si tenemos en cuenta que, además de todo esto, un ataque inmediato contra Moscú hubiera dejado bastante desguarnecido el flanco derecho de la agrupación de choque hitleriana frente a un posible contraataque de las fuerzas de nuestros frentes meridionales, hay que decir sin rodeos que los cálculos de Hitler difícilmente cedieran en lógica, desde el punto de vista operativo, a los razonamientos de Guderian. Además no hay que olvidar que entonces se dibujaba ya con toda nitidez la perspectiva de una guerra prolongada y por ello la conquista de los riquísimos recursos de materias primas y de víveres del sur, y especialmente de Ucrania, así como el poner a salvo de las incursiones de nuestra aviación los yacimientos petrolíferos de Rumania, tenía para Alemania una importancia decisiva.

40

El principal error en estos razonamientos de Guderian consiste en que da por seguro que Moscú hubiera sido ocupada infaliblemente por los fascistas antes del otoño y no admite que el ataque a la capital hubiera podido ser detenido, cuando los combates por Smolensk evidenciaban convincentemente dicha posibilidad. Esperábamos entonces precisamente el ataque a Moscú, teníamos allí considerables reservas y el tiempo era propicio para la organización del terreno. No cabe duda de que al centrar todos sus esfuerzos en dirección Moscú, la Wehrmacht se hubiera visto obligada a debilitar la presión en los sectores meridional y septentrional del frente, lo que nos hubiera permitido sacar de ellos considerables fuerzas.

Estas y otras circunstancias reducían a cero las escasas ventajas del plan de Guderian, es decir, el hecho de que las tropas fascistas estuvieran ya preparadas para la ofensiva sobre Moscú.

En el período a que nos referimos, el autor de estas líneas mandaba el frente de Briansk, cuya misión fundamental era defender los accesos sudoeste de la capital,

¿Cómo ocurrieron las cosas, concretamente? Como se sabe, hasta el 25 de agosto, inclusive, las tropas de Guderian y las del grupo de ejército “Centro” actuaban según el plan inicial, cuyo objetivo era llegar a Moscú (la orden de Hitler

de operar en dirección sur fue dictada el 22 de agosto y llegó a las tropas el 23 ó 24). Por consiguiente, hubo tiempo de sobra para evaluar las posibilidades de realización del plan de Guderian.

41

La dirección principal de las operaciones propuesta por Guderian y aceptada por el Alto Mando de las tropas terrestres era la de Roslavl-Viazma-Moscú. Guderian se esforzaba por demostrar que dicha dirección era la más ventajosa y conveniente. Veamos lo que escribe con respecto a ello: “Tenía yo la intención de asestar el golpe principal con mi flanco derecho y, al romper... el frente de los rusos en dicho sector, progresar, siguiendo la carretera de Moscú, en dirección a Spas-Diemensk y Viazma, favoreciendo con ello el avance del grupo de Hoth, para desplegar después la ofensiva sobre Moscú (pág. 173). Después de concentrar tuerzas considerables — cuatro cuerpos de ejército según plantilla orgánica (el 24 y el 25 de tanques y el 7º y el 9º de infantería)— Guderian logró lomar, tras encarnizados combates, la ciudad de Roslavl y cercar en su parte este los restos de algunas divisiones soviéticas.

Los intentos de desarrollar la ofensiva no se vieron coronados por el éxito, y no por falta de tiempo (Roslavl fue ocupada el 2 de agosto, y la orden de cambio de dirección de la ofensiva fue dada, como ya se ha dicho, el 22). Al chocar con las líneas fortificadas de defensa, Guderian decidió esperar la llegada de refuerzos. Además, se había convencido de que, para continuar la ofensiva, era necesario proteger el flanco de la dirección principal de las operaciones (Roslavl-Viazma-Moscú) y ocupar el triángulo Póchep-Trubchevsk-Starodub. Fueron enviadas allí considerables fuerzas. Sin embargo, las unidades del 47 cuerpo de tanques no tomaron Póchep hasta el 21 de agosto. El avance consecutivo chocó con un potente contraataque soviético apoyado por la aviación, lo que obligó a Guderian a pedir urgentemente refuerzos.

El 23 de agosto, cuando informaba a Hitler de la necesidad de asestar el golpe sobre Moscú, Guderian no podía reforzar sus argumentos anunciando éxitos, ni en la dirección principal ni, mucho menos, en el flanco. ¿Quién sabe?, quizás fuera eso lo que convenció definitivamente al Führer de que la decisión adoptada por él era correcta. Es posible que, si Guderian hubiera obtenido importantes éxitos, habría sido otra la continuación de la campaña del verano de 1941.

42

Quisiéramos sacar de lo antedicho la conclusión siguiente. Guderian y otros generales alemano-fascistas, que, como él, han empuñado la pluma, quieren demostrar, algunos erróneamente convencidos, pero los más con malevo la intención, que si Hitler hubiera seguido los consejos de unos u otros militares renombrados, el éxito habría acompañado a los hitlerianos. Pero ¿quién garantiza — nos preguntamos— que ese plan, que ahora se quiere hacer pasar por ideal, no habría llevado a los fascistas a la catástrofe todavía antes? Lo más seguro es que así hubiese ocurrido. Hitler cometió muchos errores. Pero hay que reconocer que muchas de sus decisiones fueron acertadas desde el punto de vista operativo y aun, a

veces, desde el estratégico. Hay que señalar, por cierto, que la tendencia a presentar a Hitler y a su Estado Mayor Central como tontos, —antes podía también observarse en la literatura histórico-militar soviética— es errónea. Teníamos enfrente a un enemigo poderoso y experimentado en el arte militar. Y el haberlo vencido, es mérito del ejército y del pueblo soviéticos.

Los generales alemanes tratan de explicar de las más diferentes maneras por qué Hitler, “poco competente en el arte militar”, impuso su criterio a jefes militares con profundo conocimiento de la estrategia y del arte operativo.

En este aspecto merece ser destacado Manteuffel, cuyas elucubraciones cita Liddell Hart en su libro *Al otro lado de la colina*: “Hitler había leído gran cantidad de literatura militar y escuchaba con sumo placer conferencias e informes sobre materias militares. Por ello, y gracias a la experiencia que adquiriera como soldado raso durante la guerra anterior, conocía bien los rudimentos del arte de hacer la guerra, las peculiaridades de las distintas armas y la influencia del terreno y del tiempo, así como de la mentalidad y la mora) de las tropas. Mas, por otra parte, no tenía la menor idea de la coordinación estratégica y táctica superior. Sabía lo que hace una división durante la marcha o en el combate, pero no tenía noción de cómo organizaba una operación o un combate un ejército”.

43

Comprendiendo que resulta difícil creer todo eso, Manteuffel explica, como sigue, por qué los jefes militares fascistas de todas las jerarquías aceptaban las ideas de Hitler. Resulta que “Hitler era una personalidad magnética, hipnótica, que causaba un efecto pasmoso a quienes pensaban exponerle su propio punto de vista. Todos notaban que caían poco a poco bajo su influencia y empezaban a compartir puntos de vista que antes no sustentaran”.¹¹

¡Vaya! Resulta que el profano de Hitler no convencía, sino que hipnotizaba a sus subordinados, tan duchos en cuestiones de estrategia, y que éstos, influidos por su “personalidad magnética”, aceptaban sus decisiones de diletante y, claro está, fracasaban al tratar de cumplirlas.

¿Acaso merece la pena discutir esas elucubraciones pseudocientíficas? En fin de cuentas nos dicen, simplemente, que los ex colaboradores de Hitler hubieran declarado ya que el Führer era un brujo si tuvieran la esperanza de que, a mediados del siglo XX, alguien había de creerles.

En su exposición de los acontecimientos, Guderian vuelve a tergiversar más de una vez los hechos históricos, principalmente al referirse a los combates librados por las tropas del frente de Briansk durante el período en que, resistiendo con éxito los ataques frontales, fueron envueltas por el flanco y la retaguardia. Las tropas soviéticas se veían obligadas a combatir en condiciones excepcionalmente difíciles, atacadas por la retaguardia, y para ocupar nuevas líneas de resistencia tenían que abrirse paso a través del cerco enemigo. Debemos señalar que cumplieron

¹¹ Liddell Hart B. H., *Jetzt dürfen Sie reden*, Stultgarter Verlag, Stuttgart-Hamburg, 1950, S. 566-567.

honrosamente esta misión. Por cierto, causaron al enemigo considerables pérdidas y, al ocupar una nueva línea defensiva en los accesos distantes a la capital, conservaron su capacidad combativa y participaron en la defensa de Moscú, lo que tuvo suma importancia.

44

Haciendo caso omiso de los hechos, Guderian declara que todas estas tropas fueron copadas y aniquiladas por su grupo de tanques. A título de ilustración mencionaremos los combates del 50 ejército soviético en el frente de. Briansk, en octubre del año 1941. Cuando el enemigo ocupó Liudínovo y Zhizdri, el 50 ejército se vio obligado a desplegar su ala derecha, protegerse por el norte y el noreste y ocupar una nueva línea. El 12 de octubre, al llegar a la región de Jvastovichi, entabló combate con una poderosa agrupación alemana que le cortaba el camino hacia el este y el sudeste. El 13 de octubre, después de estos combates, el 50 ejército ocupó la línea Podbuzhie-Karáchev y se concentró para atravesar el río Resseta junto al aserradero de Gutovsk (de 20 a 25 km al noreste de Briansk). El 14 de octubre, el 50 ejército rechazó al enemigo, que le cerraba el camino, y cruzó el río. El ejército reagrupó sus fuerzas mientras combatía encarnizadamente, bajo fuerte fuego de artillería y de mortero y sometido a bombardeos aéreos. Después de salvar el río, nuestras unidades tropezaron nuevamente, al sudeste, con la fuerte resistencia de fuerzas enemigas superiores en número. Entonces, el ejército, cambiando de dirección, preparó un ataque en dirección noreste, irrumpió a través de poderosos obstáculos del enemigo y avanzó hacia Béliev. Hacia el 20 de octubre llegaron al sector de Béliev todas las siete¹² divisiones de infantería del ejército, la brigada de tanques y la mayor parte de las unidades independientes, comprendidas las de artillería. Muchas divisiones salieron a ocupar nueva línea con casi todos sus efectivos.

El ejército era una unidad que conservaba su capacidad de luchar, aunque, claro está, el personal necesitaba descansar después de duros días de combate y de penosas marchas por bosques y cenagales; además, debía ser amunicionado y necesitaba renovar parcialmente su material. En flagrante contradicción con estos hechos, Guderian dice en la página 218: “El 17 de octubre capituló la agrupación enemiga cercada al norte de Briansk. Conjuntamente con el 2º ejército, hicimos más de 50 mil prisioneros y capturamos unas 400 piezas de artillería; aniquilamos el grueso de las fuerzas del 50 ejército ruso”.

Digamos, antes de seguir adelante, que esta descarada, patraña la desmiente el propio Guderian a las pocas páginas. Así, en la página 228 dice: “... el 21 de noviembre, en el sector en que actuaban las unidades de vanguardia del 47 cuerpo de tanques (el sector de Epifañ) aparecieron peligrosas fuerzas enemigas frescas: el 50 ejército ruso, del que formaban parte la 108 brigada de tanques, la 299 división de infantería, la 31 división de caballería y otras unidades”. ¡Resulta que luchaba

¹² 217, 290, 299, 278, 258, 260 y 154 divisiones de infantería.

contra el enemigo, con todas sus grandes unidades, un ejército que había "capitulado"! En realidad, hacia el 25 de octubre, el 50 ejército, que se había rendido tan sólo en la imaginación de Guderian, luchaba nuevamente contra el enemigo en Biéliev y Mtsensk, es decir, después de haber salido del cerco había necesitado poco más de una semana para ponerse en condiciones de seguir actuando.

Lo mismo aconteció con los demás ejércitos del frente de Briansk que, según las jactanciosas afirmaciones de Guderian, habían sido aniquilados a mediados de octubre. Todos ellos, conservando su capacidad combativa y su organización, cumplieron la misión principal en la situación creada: salieron del cerco. Podemos decir, sin pecar de exagerados, que el tesón y la combatividad de las tropas del frente de Briansk jugaron su papel en el fracaso de los planes fascistas de toma de Moscú y de rápida conclusión de la guerra, ya que sus acciones aniquilaron una parte de las agrupaciones de choque fascistas alemanas.

El pasaje del libro de Guderian acerca de los combates del 50 ejército en el sector de Epifañ habla inequívocamente de ello. Verdad es que Guderian asegura a .sus lectores que se trataba de fuerzas frescas, pero eso no es sino una tentativa tardía de justificar sus reveses. En realidad, los refuerzos que el 50 ejército recibió en noviembre eran insignificantes.

46

Añadiremos a lo dicho que, el 7 de noviembre, el 50 ejército combatía activamente entre las tropas que defendían a Tula, con la particularidad de que, gracias a un contraataque suyo, se ocuparon Rvi, Strukovo, Maliéevka y otros puntos. En el contraataque cooperó con el 50 ejército, el 3^{er} ejército (aniquilado también según afirma Guderian). El 12 de noviembre, el 50 ejército, junto con el 49, asestó un golpe en dirección Nikúlino-Sujodol. Estos hechos incontrovertibles demuestran que el 50 ejército no fue reorganizado y se hallaba continuamente en acción, recibiendo tan sólo refuerzos, como toda gran unidad que participaba sin interrupción en las operaciones militares.

Nos hemos detenido a analizar detalladamente este episodio para demostrar, una vez más, cuan descaradamente falsifica Guderian los hechos históricos. De creerle, resultaría que el ejército soviético fue ya aniquilado to talmente en 1941.

Al comenzar la descripción de la guerra contra la Unión Soviética, Guderian se burla cáusticamente de Hitler, porque éste seguía la táctica del avestruz, cerrando los ojos a los hechos reales, e imaginándose los como los deseaba. Hay que decir que los jefes militares alemanes, con sus victoriosos partes, en los cuales exageraban enormemente nuestras pérdidas, contribuyeron, por lo visto, a que dicha "enfermedad" llevase en fin de cuentas al Führer a la tumba. Fuera como fuere, Guderian no andaba a la zaga de los demás y siempre que tenía ocasión ponía por las nubes sus éxitos.

Ya se sabe que la carrera de Guderian quedó interrumpida en diciembre de 1941. Guderian no dice claramente a qué obedeció eso. Lo reduce todo a sus malas relaciones con el jefe del grupo de ejércitos, mariscal de campo von Kluge. Pero lo

más probable es que fuera “víctima” del contraataque soviético en las cercanías de Moscú, Guderian era el partidario más ardiente del golpe contra Moscú y aseguraba a todos que dicho golpe proporcionaría a los hitlerianos el tan anhelado éxito. Por eso, cuando se vio bien a las claras que la ofensiva sobre Moscú había fracasado estrepitosamente y que, por si eso era poco, había comenzado con éxito nuestro contraataque, a Guderian lo echaron del ejército como a una persona que había defraudado a todos. Claro que él mismo considera que lo agravaron injustamente y que el fracaso de la ofensiva sobre Moscú se debió a que la iniciaron en otoño, y no en agosto, como había propuesto. Con Guderian se dio también el retiro a varios generales y mariscales de campo famosos, culpables, según Hitler, de que los planes de toma de Moscú se hubiesen venido abajo.

47

Los acontecimientos del período en que se hallaba apartado del ejército los describe Guderian en el cap. VII. (*Fuera de servicio*). Nada más comenzar la lectura de este capítulo llama la atención cuán falsas y monstruosas son las ideas que Guderian tiene del Derecho y otras instituciones del Estado moderno.

No hallamos en su obra ni una sola palabra condenando las barbaridades del fascismo, ni en el período de su subida al poder, ni posteriormente. Sí, Guderian no menciona para nada los millares de campos de concentración que ceñían de alambradas a toda Alemania, ni la interdicción de -los partidos políticos progresivos y de los sindicatos, ni los asesinatos en masa, ni las cámaras de gases u otras monstruosidades por el estilo. Resumiendo, todos los crímenes que hicieron del fascismo alemán sinónimo de odio a la humanidad y de salvaje arbitrariedad, no conmovían a Guderian, pues no guardaban relación ni con él ni con la casta militarista a la que pertenecía. Pero con él y con algunos de sus colegas, Hitler fue injusto. Por ejemplo, un general apellidado Hoepner fue dado de baja en el ejército sin derecho a pensión (conversando con su jefe inmediato, von Kluge, Hoepner censuró a Hitler y éste, al enterarse, montó en cólera. En consecuencia, el Reichstag suprimió las últimas y miserables restricciones del poder del canciller del Reich y jefe de gobierno referentes, entre otras cosas, al Ministerio de Guerra y a los privilegios de que gozaban los militares).

48

¿Qué sucedió? Oigámoslo a Guderian: “Así, Alemania dejó de ser una nación moderna, con las leyes y los derechos comúnmente admitidos”. O sea que fue entonces, y no cuando tuvo lugar el golpe de Estado fascista. Según Guderian, Hitler tenía perfecto derecho a prohibir todos los partidos políticos progresivos, a exterminar a millones de hombres por sus convicciones políticas, a privar de su independencia a los países de Europa, a desatar una guerra jamás vista en la historia de la humanidad y a romper, como simples papeles los compromisos internacionales, pero no lo tenía para destituirle a él de su puesto, ni para privar al general Hoepner de su pensión y prohibirle vestir de uniforme.

Este ridículo episodio reflejó la quintaesencia de la mentalidad de este militarista

empedernido, que tuvo en poco la suerte de pueblos enteros y se ahogaba de rabia cuando veía menoscabados sus intereses personales.

No vamos a detenernos aquí a analizar la escrupulosidad con que Guderian nos habla de sus dolencias. Es sintomático que mientras “fue alguien” no hablase de dolencia alguna y que, al verse retirado, enfermase inmediatamente; sus males eran, evidentemente, “diplomáticos”.

En este mismo capítulo, Guderian vuelve a criticar las concepciones militares de Hitler. Esta vez se refiere al plan de la campaña de 1942-43. Guderian censura ásperamente a Hitler porque, “al igual que en agosto del año 1941, perseguía fines económicos y políticos, que quería alcanzar antes de haber destruido la fuerza militar del enemigo” (pág. 250).

49

Guderian es aquí un portavoz de la idea de Clausewitz de que el objetivo fundamental de la guerra es destruir la potencia militar del adversario en el sentido estricto de la palabra, es decir, aniquilar sus tropas. En su época esa idea era correcta. En el período en que el ejército era casi esencialmente profesional y para restablecerlo se requería un plazo bastante largo era posible, en efecto, aniquilar el potencial bélico enemigo en un combate, en lo que solía llamarse una “batalla general”. Pero las cosas son muy distintas en nuestros tiempos, cuando los ejércitos son de masas y se fabrican armas para ellos no sólo en época de paz, sino también durante la guerra; cuando, en esencia, toda la economía del país se dedica a satisfacer las necesidades de las fuerzas armadas. Hablar en tales condiciones de aniquilar la fuerza militar de una gran potencia como la URSS significa razonar como se hacía en la primera mitad del siglo pasado. Así, pues, por más de que Guderian se quiera hacer pasar por un teórico que aporta elementos esencialmente nuevos al arte militar, profesa, en lo fundamental, dogmas anticuados.

En lo que, sin embargo, tiene razón Guderian, es en su apreciación de las consecuencias que tuvo para Alemania la batalla de Stalingrado: “... Después de la catástrofe en las cercanías de Stalingrado a fines de enero de 1943, la situación era ya en sumo grado amenazante, aún sin la intervención de las potencias occidentales” (pág. 250). Aquí Guderian, quiéralo o no, confirma que el pueblo y el ejército soviéticos hubieran podido perfectamente terminar con la Alemania fascista sin la ayuda de las potencias occidentales.

En el capítulo siguiente, *Evolución de las fuerzas blindadas desde enero de 1942 a febrero de 1943*, Guderian nos habla con suma minuciosidad de la evolución de las fuerzas blindadas y de la producción de tanques en Alemania durante 1942. Sin detenernos a analizar en detalle esta cuestión, que rebasa el marco del presente libro, reproduciremos aquí un pasaje en el que Guderian confiesa que los tanques soviéticos, y muy especialmente el famoso T-34, eran superiores a los alemanes:

50

“Como ya he dicho, eminentes diseñadores, industria les y oficiales de la Dirección de armamento vinieron en noviembre de 1941 a mi ejército de tanques

para conocer el tanque ruso T-34, que superaba a nuestros ingenios blindados. Querían poner en claro y determinar allí mismo, partiendo de la experiencia adquirida en las operaciones militares, qué medidas había que tomar para conseguir que nuestros tanques fueran mejores que los rusos. Para aliviar en el más breve plazo la situación de las fuerzas de tanques alemanas, en extremo desfavorable, los oficiales que luchaban en el frente sugirieron que se produjese tanques idénticos al T-34, pero sus propuestas fueron rechazadas por los ingenieros (y no porque sintieran aversión a la imitación, sino porque era imposible producir, con la urgencia necesaria, importantes piezas del T-34, especialmente el motor diésel de aluminio). Además, nuestros aceros especiales, cuya calidad había desmerecido por falta de la materia prima indispensable, eran inferiores a los aceros especiales de los rusos” (pág. 253).

A nuestro parecer, el pasaje citado no requiere comentario, lo leemos con un sentimiento de orgullo por la URSS, que, por voluntad del Partido Comunista, se había transformado ya en los años anteriores a la guerra en una poderosa potencia industrial.

Guderian subraya con obstinación que en el período que va de principios de 1942 a 1943, la producción de tanques en Alemania seguía un camino absolutamente equivocado. Y como, según Guderian, los tanques son el material de guerra más importante y las fuerzas blindadas las decisivas en la guerra moderna, ya entonces pendía sobre Alemania, es más, sobre toda Europa, un peligro de muerte.

Citaremos ahora la “tirada” con que Guderian da fin al capítulo, pues en ella se aclara el porqué de esta digresión dedicada a la construcción de tanques: “Finalmente, en la discusión referente a los tanques, cuya situación empeoraba continuamente, tomó cartas el Estado Mayor Central, exigiendo que se dejara de producir todos los tipos de tanques a excepción del “Tigre” y del “Pantera”, que todavía no estaba listo como para ser producido en serie. A Hitler lo convencieron de que aceptase esta propuesta. El Ministerio de Armamentos la acogió también favorablemente, ya que simplificaba la producción. Este grupo de innovadores se olvidó de una cosa: al dejar de producir los tanques T-IV, las tropas terrestres alemanas debían darse por satisfechas con los 25 “Tigres” fabricados mensualmente. Ello podía ocasionar que las tropas terrestres alemanas fuesen aniquiladas en un plazo muy reducido. Los rusos hubieran ganado la guerra sin la ayuda de sus aliados occidentales y habrían ocupado toda Europa. No hubiera habido fuerza capaz, de detenerles. . .

51

Era tan espantoso el peligro que se cernía sobre nosotros, que se empezó a buscar entre los generales de las fuerzas de tanques y entre los militares sensatos cercanos a Hitler un hombre que pudiera acabar inmediatamente con el peligro de inminente caos. Le pusieron a Hitler sobre la mesa mis trabajos de antes de la guerra y le pidieron que los leyera. Después le propusieron llamarme... El 17 de febrero de 1943 me enviaron a que me entrevistase con Hitler...” (pág. 259).

Guderian quiere sugerir al lector que fue su retorno a la Wehrmacht lo que salvó a Alemania “de una derrota relámpago y a Europa, de ser avasallada por los rusos”. Todo el capítulo siguiente, que describe su actuación como general inspector de las fuerzas acorazadas, persigue el fin de demostrar que en un plazo muy corto “restableció” el poderío de los tanques del Reich, “salvando” con ello a Europa. No podemos evitar una sonrisa al hablar de estas absurdas pretensiones de ese general descalabrado, pues no son más que un extemporáneo intento de hacerse de valer.

No obstante, nos detendremos en el capítulo *Generalinspector de las fuerzas acorazadas*, pues contiene algunos detalles interesantes.

52

Guderian nos habla en él de los resultados de la Conferencia de Casablanca (14-24 de enero de 1943) entre Inglaterra y Estados Unidos. Critica exacerbadamente la decisión de la Conferencia exigiendo la capitulación incondicional de Alemania y de todas las potencias del eje. Escribe que “fue recibida por el pueblo alemán y, especialmente, por el ejército con manifiesta indignación” (pág. 260).

Al hablar de la “indignación” del pueblo alemán, Guderian hace trampa. Si en Alemania no había un amplio movimiento masivo de resistencia contra el nazismo fue, como es sabido, en primer lugar, debido al más bestial de los terrores en masa, a la desenfrenada demagogia chovinista y, además, a los viles embustes del departamento de Goebbels, que lanzaba incesantemente infundios acerca de “los horrores del comunismo y las bestialidades de los rojos”. Los falsificadores de la historia querían también en este caso engañar a la gente poco ducha afirmando que fue la política “errónea” de los aliados lo que unió a los alemanes en torno del gobierno fascista. Por eso Guderian presenta las cosas como que si la exigencia de capitulación incondicional hubiera puesto en peligro la existencia misma de la nación alemana. De este modo pone un signo de igualdad entre el nazismo y el pueblo alemán. Guderian piensa en fascista y no quiere ver las cosas más evidentes.

Guderian considera “insolente” que se exija la capitulación incondicional del agresor que ha desatado una guerra sangrienta. Pero la exigencia, también realmente de capitulación incondicional, que la Alemania fascista presentó a países pacíficos como Checoslovaquia, Yugoslavia, Grecia, Bélgica, Dinamarca, Holanda, etc., que nada habían hecho a Alemania, no le merece ni una palabra de condenación. En efecto, ¿acaso era posible entrar en cualquier clase de negociaciones con el gobierno hitleriano, o con cualquier otro gobierno nacionalsocialista, cuando el fascismo alemán pisoteaba ya con sus botas herradas todos los compromisos internacionales tomados antes por Alemania y los contraídos luego por el propio Hitler?

53

Guderian tiene la desfachatez de hablar en nombre del pueblo alemán cuando fueron precisamente él y otros militaristas desenfrenados quienes ayudaron a Hitler a llevar a Alemania a la hecatombe. Es absurdo imputar la culpa de las calamidades que sufrieron los alemanes durante la guerra y después de ella a los enemigos de

Alemania, que, según Guderian, aplicaron una política equivocada. La culpa recae totalmente sobre los gobernantes aventureros del Reich fascista.

La Unión Soviética luchó con el mayor espíritu de consecuencia por lograr la derrota absoluta del régimen fascista e impulsaba a ello a sus aliados occidentales. Esto no significa, en modo alguno, que quisiera aniquilar el Estado alemán como tal o exterminar a los alemanes como nación. La política del militarismo alemán, por el contrario, tendió durante siglos al avasallamiento y el exterminio de los pueblos vecinos, particularmente de los eslavos y de la población aborigen de los países del Báltico.

En otro pasaje de su libro, Guderian dice con soberbia que es prusiano y derrama lágrimas de cocodrilo porque, a consecuencia de la última contienda, se perdió todo lo conquistado en siete siglos. Habría que agregar, en siete siglos de las más inhumanas y sangrientas guerras, durante las cuales fueron exterminados millones de hijos de los pueblos eslavos y del Báltico. Como es sabido, los crímenes cometidos por Hitler dejaron muy chicas las sangrientas “hazañas” de los caballeros de la orden teutónica, a quienes los eslavos llamaban los “perros”. ¡Y he aquí que, cuando llega la hora de pagar por todos los crímenes, Guderian, descendiente carnal y espiritual de los “perros”, osa hablar de las injusticias cometidas con Alemania por quienes fueran víctimas de ella!

54

En las páginas 262 y 264 del mismo capítulo se reproduce la correspondencia diplomática sostenida entre la España “neutral” e Inglaterra respecto a la posibilidad de firmar una paz separada entre los países Occidentales y Alemania. Según Guderian, el 21 de febrero de 1943, el dictador español Franco envió a) embajador inglés una nota en la que decía que si el curso de la guerra no cambiaba radicalmente, los ejércitos rusos se internarían profundamente en el territorio de Alemania. Añadía el dictador que tales acontecimientos, de llegar a producirse, serían un peligro para Europa, y especialmente para Inglaterra. La Alemania comunista entregaría a Rusia sus secretos e industrias militares. Los técnicos y especialistas alemanes darían a Rusia la oportunidad de transformarse en un imperio gigantesco, que se extendería desde el Océano Atlántico hasta el Pacífico... Si Rusia llegaba a obtener la autorización de ocupar Alemania, nadie podrá ya detener el avance ulterior de los Soviets,

No vale la pena polemizar con esta demagogia antisoviética; es tan sólo digno de mención el reconocimiento que hace de nuestro poderío y de la capacidad de nuestro país para aniquilar al fascismo él solo, sin la ayuda de Occidente.

Veamos, sin embargo, qué respuesta dio Inglaterra, por intermedio de mister Hoare, su embajador en España: "No puedo aceptar la teoría de que Rusia amenace a Europa después de la guerra. Rechazo igualmente la idea de que Rusia pueda, después de finalizadas las hostilidades, iniciar una campaña política contra Europa Occidental...

¿Acaso después de la guerra podría, nación alguna, basándose exclusivamente en

sus propias fuerzas, someter a Europa? Rusia se ocupará de su restauración, con la particularidad de que ésta dependerá en gran medida de la ayuda de Estados Unidos y de Gran Bretaña. Rusia no marcha a la cabeza en la lucha por la victoria. Los esfuerzos bélicos son absolutamente iguales, y los aliados lograrán la victoria conjuntamente. Terminada la guerra, grandes ejércitos norteamericanos e ingleses ocuparán el continente. Los constituirán excelentes soldados, que no estarán rendidos ni extenuados, como las unidades rusas. Me atrevo a predecir que los ingleses serán la mayor potencia militar del continente. La influencia que Inglaterra ejerza sobre Europa será tan grande como en los días de la derrota de Napoleón.

55

Nuestro ascendiente, apoyado en el potencial bélico, habrá de sentirlo toda Europa, y nosotros participaremos en su reconstrucción".

Hemos reproducido estas declaraciones para mostrar cuáles eran las verdaderas intenciones del gobierno inglés y por qué demoraba la apertura del segundo frente. Procedía así para que la Unión Soviética se debilitara todo lo posible y para poder después, con un ejército recién formado y con recursos económicos intactos, imponer sus propias condiciones de arreglo pacífico de Europa, Guderian subraya, y no sin fundamento, que el tono de la carta citada es muy presuntuoso. En realidad, Inglaterra quedó muy extenuada después de la guerra y no pudo rivalizar con Norteamérica. Al sistema soviético, como se sabe, no se le puede medir con el mismo rasero que al capitalista: no terminó la guerra debilitado y exhausto, sino fortalecido y templado en la lucha, y pudo desempeñar el papel rector en las negociaciones de postguerra.

En este capítulo se describen los preparativos y ejecución de la operación "Ciudadela", es decir, los intentos de ofensiva en el arco de Kursk (esta cuestión será tratada con detalle cuando analicemos el libro de Manstein *Victorias perdidas*). Guderian asegura al lector que ya entonces vio que dicha operación sería nefasta y que la rechazó categóricamente, pero sus argumentos no fueron apoyados ni por Zeitzler ni por Manstein, que mantenían una posición ambigua. El análisis de la situación en el frente soviético-germano es bastante acertado, aunque no sabemos si Guderian lo hizo entonces o al escribir su libro, algunos años después de la guerra.

Hay en este capítulo un episodio que da a conocer una faceta más del prisma moral de los cacareados caballeros del III Reich. Von Kluge y Guderian, viejos enemigos y rivales, chocaron una vez más. Guderian consideraba que von Kluge era el culpable del fracaso de su vertiginosa carrera. Los generales se enzarzaron en violenta discusión y von Kluge retó a duelo a Guderian por mediación de Schmundt, ayudante general de Hitler. Guderian no aceptó el reto, pues Hitler no lo deseaba. Para un "duelo entre caballeros" a ambos "paladines", por lo visto, no les alcanzó la pólvora, pero las apariencias supieron guardarlas.

56

La parte final del capítulo que analizarnos está dedicada a describir el desembarco de los aliados occidentales en el continente. Dice Guderian que la

operación les salió bien porque la dislocación de las fuerzas hitlerianas en el teatro de guerra occidental no era la más adecuada. Es posible que eso desempeñara cierto papel.

Sin embargo, no estará de más que reproduzcamos un pasaje que demuestra claramente cuál fue el factor decisivo de los triunfos obtenidos por la coalición antihitleriana en el verano de 1944: “Mientras que en el frente de Normandía las unidades de vanguardia de los aliados occidentales, ya desplegadas, se disponían a romper nuestro frente desde la cabeza de puente por ellos tornada, lo que nos creaba una situación en extremo difícil, en el frente Este, tenían lugar acontecimientos que habían de acelerar de modo directo la horrible catástrofe.

El 22 de junio de 1944, en todo el frente del grupo de ejércitos “Centro”..., los rusos pasaron a la ofensiva poniendo en combate ciento cuarenta y seis divisiones de infantería y cuarenta y tres grandes unidades de tanques. Lograron un éxito rotundo. Hacia el 3 de julio, las tropas rusas llegaron a los pantanos del Pripiat, alcanzando la línea Baránovichi-Molodechno-Koziani. Desde aquí la ofensiva prosiguió incontenible y alcanzó al sector del grupo de ejércitos “Norte”; a mediados de julio, la línea del frente pasaba ya por Pinsk, Pruzhani, Volkovisk, Grodno, Kaunas, Dvinsk y Pskov. En las direcciones principales (Varsovia y Riga) parecía que la ofensiva había de continuar ininterrumpidamente. Después del 13 de julio se hizo extensiva al sector del grupo de ejércitos “A”, y las tropas del enemigo alcanzaron la línea Peremishlrio San-Pulawy (a orillas del Vístula). Como resultado de esta ofensiva, el grupo de ejércitos “Centro” fue aniquilado. Sufrimos enormes pérdidas, cerca de veinticinco divisiones.

57

Esta cita evidencia que, aun después del desembarco de los aliados occidentales en Francia, el frente Este era el principal y los hitlerianos sufrían en él una catástrofe has otra.

El capítulo siguiente expone los acontecimientos relacionados con el atentado contra Hitler, llevado a cabo, como se sabe, el 20 de julio de 1944. Es sin duda en este capítulo donde con mayor nitidez se revela la gazmoñería de Guderian, así como su fidelidad absoluta al nacional socialismo y al Führer, a los que pertenecía en cuerpo y alma.

Sin analizar en todos sus pormenores las rencillas de aquella camada de lobos fascistas, señalaremos que Guderian desempeñó, por lo visto, un papel indecoroso en todo aquello y que posiblemente manchó su nombre haciendo traición a sus colegas. Sea como fuere, no creemos casual que se le nombrara entonces jefe del Estado Mayor Central de las fuerzas terrestres (aunque él afirma que lo designaron porque el general Buhle, que debía asumir ese cargo, resultó herido en el atentado contra Hitler).

Guderian participó también en la represión judicial contra sus colegas; dice hipócritamente de ello que tuvo que entrar en duros tratos con su conciencia. Son ridículos los asertos de Guderian de que es enemigo de todo asesinato. Declara:

“Personalmente, soy contrario a todo homicidio. Nuestra religión cristiana nos ha dado a este respecto un inequívoco mandamiento” (pág. 314). ¡Y qué eso lo diga un militarista empedernido por culpa del cual murieron centenares de miles de personas absolutamente inocentes!

58

Guderian recurre a todas estas peroraciones farisaicas para justificar su desaprobación del atentado contra Hitler. Es claro que un acto terrorista no hubiera cambiado la situación en la Alemania de entonces, pero es indiscutible que Hitler era acreedor al más duro castigo por sus crímenes, realmente monstruosos. No hablaremos aquí, por su futilidad, de las farragosas y gazmoñas elucubraciones de Guderian respecto a la suerte de los conjurados ni de sus conjeturas acerca de lo que hubiese acontecido de haber salido bien el atentado.

Por otra parte, no podemos menos de señalar que Guderian arremete en su libro contra los "oradores y escritores" que se movían cerca de Hitler y no trataron de utilizar su influencia para impedir la guerra. Guderian dice: "Quienes no eran de la misma opinión que Hitler, tenían el deber de hacerlo saber, si se les presentaba la oportunidad. Esto debió hacerse, sobre todo cuando era absolutamente imprescindible, cuando todavía valía la pena hacerlo, es decir, en los años que precedieron a la guerra" (pág. 316). Por lo visto, Guderian considera que todos los lectores son niños ingenuos, Querer persuadir a Hitler de que era necesario aplicar una política de paz, hubiera sido lo mismo que intentar convencer a un lobo de que debía hacerse vegetariano. Pero si Guderian era, en realidad, tan ardiente partidario de la política de paz y tan valeroso, ¿por qué no aprovechó su cargo para hacerle cambiar de opinión al Führer?

En el capítulo en que Guderian nos habla de su actividad como jefe del Estado Mayor Central de las fuerzas terrestres, salta a los ojos, sobre todo, el afán del autor de exagerar sus méritos y de demostrar que Hitler tenía puesta toda su atención en el Frente occidental. Allí iban las reservas, allí se realizaban trabajos de fortificación, mientras que el Frente oriental quedaba por entero abandonado a los cuidados de Guderian. El autor olvida, no obstante, que en los capítulos anteriores él mismo dice que las líneas del Atlántico y Occidental eran puro bluff y que se podían contar con los dedos las divisiones alemanas que combatían en Occidente.

59

Es muy elocuente que los jefes militares alemanes del Frente oriental no estuvieran entusiasmados, ni mucho menos, con el mando de Guderian. El general Friessner, por ejemplo, que mandaba entonces la agrupación "Ucrania Meridional", acusa a Guderian de ser el responsable de la derrota de las tropas alemanas en Rumania, ya que no dio la orden correspondiente para que la agrupación a su mando se retirara a la línea Galatz-Fokshani-Cárpatos, aunque se contaba para ello, en principio, con el acuerdo de Hitler.

Citando a Guderian, Friessner lo acusa de adulterar los hechos y de querer echar la culpa a los demás, cuando él mismo es el culpable. Friessner dice: "La descripción

que de los acontecimientos hace el entonces jefe del Estado Mayor Central de las fuerzas terrestres no responde en absoluto a los hechos... Así, pues, la versión de Guderian tiene por objeto causar la impresión de que no se debe acusar al Mando Supremo, sino al Mando de la agrupación o a los jefes a éste subordinados...”¹³

No podemos pasar por alto la descripción de las atrocidades cometidas por los fascistas en Polonia. Guderian dice que, durante el informe del gruppenführer de la SS Bach-Zelewski acerca de la represión del levantamiento de Varsovia, se le pusieron los pelos de punta. A continuación aclara que Bach-Zelewski recibió de Hitler la orden de “... arrasar Varsovia, ya que ello no impedirá que se cumplan los planes militares de organización del terreno” (pág. 348). Antes de comenzar la destrucción de la ciudad, debía sacarse de ella todas las materias primas, tejidos y muebles.

Diremos de pasada que aquí se describen hechos que refutan la falsa e indignante versión de Winston Churchill. Faltando a sabiendas a la verdad, Churchill afirmó que el mando soviético no quiso prestar ayuda a los rebeldes. Insinuó vilmente que la interrupción de la ofensiva soviética sobre Varsovia cuando estalló allí el levantamiento fue, por lo visto, una medida premeditada.

60

Guderian afirma que los reiterados intentos hechos por las tropas soviéticas para cruzar el Vístula e irrumpir en la ciudad no se vieron coronados por el éxito, porque los alemanes habían organizado una excelente defensa.

La objetiva descripción que Guderian hace de las ferocidades cometidas en Polonia en 1944 hay que considerarla, por otra parte, un intento de desviar la atención de los crímenes cometidos por él mismo contra el pueblo polaco durante la ocupación de Polonia en 1939.

Es de señalar que en el libro *En tanques a Oriente y Occidente*, Guderian dice: "Durante la campaña de 21 días en la que la joven Wehrmacht pasó brillantemente los exámenes... Polonia, nación de bandidos (¿?), dejó de existir”.

En los relatos de los subordinados de Guderian, compilados en el mencionado libro, hay ejemplos, y no pocos, de cómo se comportaban en Polonia las tropas del general. Un tal barón von Esebeck describe, sin escrúpulo alguno, que a los prisioneros de guerra se les quitaba todo, hasta los cigarrillos, y que los ciudadanos polacos les agradecían a los alemanes el que les quitasen tan solo sus automóviles y sus bienes, pero no la vida.

En los pasajes en que habla de la ofensiva de diciembre de 1944 en Ardennes, Guderian nos descubre los propósitos políticos que perseguía Hitler al desencadenarla: atemorizar a los aliados occidentales e inclinarlos a firmar una paz por separado. Hitler, como se sabe, no logró sus objetivos, porque a mediados de enero de 1945 comenzó la ofensiva de las tropas soviéticas en todo el frente.

Guderian se esfuerza por hacer ver que las fuerzas alemanas en el frente oriental

¹³ Friessner H., *Verratene Schlachten*, Holsten-Verlag, Hamburg, 1956, S. 71-72.

eran pocas, exagera los efectivos de los ejércitos soviéticos y subraya que el Mando Supremo alemán prestaba especial atención a las acciones en Occidente. Todo esto lo hace, en primer lugar, para rehabilitarse, porque él respondía del frente Este y, en segundo lugar, para menoscabar los éxitos del ejército soviético y complacer a sus amos anglo-norteamericanos.

61

Sin embargo, por lo que dice a continuación vemos cuál de los teatros de operaciones absorbía realmente el grueso de las fuerzas hitlerianas: “Unas ciento tres débiles divisiones de infantería y unas treinta y dos divisiones y media de tanques y motorizadas, igualmente flojas, se hallaban en el frente Oriental; el Occidental tenía unas sesenta y cinco divisiones de infantería y doce de carros de combate (en realidad eran menos, — *A.E.*), de las cuales cuatro se preparaban para ser enviadas al Oriente”.

En relación con esto, diremos unas palabras acerca de la idea de Guderian de organizar una contraofensiva en la región de Arnswalde (Choszczno), Pomerania, con el fin de ganar tiempo, y examinaremos sus objeciones a la contraofensiva en Hungría. Hay que decir que los contraataques hitlerianos en Hungría tenían, sin duda alguna, más sentido que la contraofensiva en Arnswalde. Esta fracasó apenas iniciada, y lo que hace Guderian en su libro es dar una versión falsa de los hechos. Llega incluso a afirmar que el contraataque en Pomerania fracasó porque el general Wenck, a quien Guderian había propuesto para efectuarlo, resultó herido en un accidente automovilístico.

Al analizar la última parte del libro, en la que se caracteriza a los cabecillas de la banda fascista, Guderian trata de justificarlos en una u otra medida y se esfuerza por explicar sus abominables actos. Por ejemplo, dice muy seriamente que Hitler saneó la conciencia nacional de los alemanes. ¡Que se diga eso de quien declaró a los cuatro vientos: “Yo los libero de esa quimera llamada conciencia”! A Goebbels lo considera Guderian un propagandista genial, y a Goering, un eminente organizador de la aviación, etc.

El libro de Guderian tergiversa manifiestamente la realidad histórica. Ese es, en esencia, el objetivo fundamental que persigue el general, militarista prusiano de rancia cepa y convencido adepto de las ideas nacional socialistas.

62

Hemos examinado un libro de Guderian en el que el general se presenta como un historiador, testigo imparcial de los acontecimientos, como un soldado que se mantiene al margen de la política y que incluso la desprecia.

Sin embargo, los hechos nos dicen que las “investigaciones históricas” son para Guderian una especie de trampolín que le permite saltar al campo de la lucha política. Así lo confirma su folleto *No se puede seguir así*, aparecido al año de haberse publicado *Recuerdos de un soldado*. Es una exposición del programa político del militarismo alemán y, a la vez, el credo político del mismo Guderian. Guderian se despoja en el folleto de su careta apolítica y expresa sin tapujos las

reivindicaciones revanchistas y militaristas más ultrarreaccionarias. Además, llega incluso a afirmar que en Alemania jamás ha existido ni existe militarismo alguno.

En su folleto, Guderian presenta a los países imperialistas, a Occidente, las reivindicaciones políticas de los militaristas alemanes. Las más importantes de ellas son: conceder a los imperialistas de Alemania Occidental, “sin limitación alguna, los mismos derechos” de que gozan los imperialistas de Estados Unidos, Inglaterra y Francia, que deben apoyar la política de los revanchistas germano-occidentales, orientada a restablecer las antiguas fronteras en el Este y en el Oeste.

A continuación exige Guderian el restablecimiento de la Wehrmacht, la rehabilitación total de los criminales de guerra, pensiones para éstos y la reeducación de la juventud en un espíritu militarista y revanchista.

A cambio de todo ello promete a los “tutores” occidentales la participación activa del ejército alemán en una guerra de agresión contra los países del campo socialista, a condición, claro está, de que las tierras orientales formen parte del nuevo Reich.

63

Para fundamentar “teóricamente” las pretensiones de los imperialistas alemanes, cita a Clausewitz, con cuya doctrina del espacio y del tiempo en la guerra opera para demostrar a los gobernantes de los países occidentales, y en primer lugar a los de Estados Unidos, que, sin un ejército alemán fuerte, Occidente no podrá observar los principios fundamentales de la estrategia de Clausewitz: “ser siempre lo más fuerte posible”, “tener las fuerzas propias concentradas”, “aprestar simultáneamente todas las fuerzas destinadas a asestar un golpe determinado”.

En sus elucubraciones, Guderian reprocha a Gran Bretaña y a Estados Unidos, como a grandes potencias marítimas, que sigan confiando en su invulnerabilidad y no se preocupen lo suficiente de la suerte de sus aliados continentales. Critica también a Estados Unidos que presten mayor atención a Asia que a Europa, pero todos esos razonamientos demagógicos persiguen un solo fin: acelerar la remilitarización de Alemania Occidental.

Hay que decir que todas las reivindicaciones de Guderian, portavoz de los círculos imperialistas de Alemania Occidental, han sido satisfechas por los gobiernos de los países occidentales, y en primer lugar por el de Estados Unidos, a excepción de la reivindicación relativa a las fronteras. Eso no depende de los círculos gubernamentales de Estados Unidos. La voluntad de los pueblos y la existencia del poderoso campo socialista son obstáculos infranqueables para los revanchistas germano-occidentales,

Capítulo III

Las victorias pírricas del mariscal de campo Manstein

Antes de iniciar el análisis del libro del mariscal de campo Erich von Manstein, hay que señalar que muchos de sus compañeros de armas en las bandidescas campañas del nazismo, al igual que los protectores anglo-americanos del militarismo alemán, lo consideran “el más eminente cerebro estratégico de la Wehrmacht”. Convencido de ello, Manstein trata de persuadir al lector con su libro *Victorias perdidas*, aparecido en Bonn en 1955, que le pertenecen los laureles de muchas “brillantes” victorias, perdidas, desgraciadamente, por culpa de Hitler. Es testimonio de ello hasta el pretencioso título del libro¹.

Además de jalearse, para hacerse de valer, Manstein falsea los hechos históricos con el fin de menoscabar el papel desempeñado por la Unión Soviética y sus Fuerzas Armadas en la derrota de la Alemania hitleriana y de hacer ver que los generales fascistas, y en primer lugar él mismo, fueron teóricos eminentes y maestros incomparables del arte militar. Y si, en alguna ocasión, llegaron a sufrir derrotas, fue debido exclusivamente a los serios errores cometidos por Hitler como cabeza del Estado y Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas.

No se puede, claro está, negar todo lo escrito por Manstein: hay lugares en los que describe los hechos más o menos objetivamente, en especial cuando los acontecimientos tomaron un giro desfavorable para Alemania nazi no por culpa del mariscal, sino de cualquier otro corifeo del generalato alemán. Por ejemplo, es más o menos verídico en la descripción de la batalla de Stalingrado, hasta el momento en que él toma parte en su final, catastrófico para los alemanes. Debemos señalar también que el libro de Manstein, al igual que otras obras semejantes, contiene interesantes datos y noticias. Los hallamos, por ejemplo, en los capítulos que tratan de las acciones militares en Occidente, hasta el comienzo de la Gran Guerra Patria de la Unión Soviética; en las descripciones de la lucha por Crimea y en alguno que otro pasaje.

65

No obstante, no es de eso de lo que estamos hablando. Nos referimos a las tergiversaciones de la verdad histórica, que son muy numerosas y tienen el carácter y la finalidad más diversos. Aquí hablaremos tan sólo de las principales, que, por

¹ El libro de Manstein fue elogiado en muchos países capitalistas, entre ellos Francia y Estados Unidos. Eso significa que los métodos de falsificación de la guerra pasada fueron del agrado de todos los militaristas.

cierto, tienen mucho de común con las que ya hemos examinado al analizar el libro de Guderian.

En primer lugar, Manstein se esfuerza por denigrar al sistema socialista soviético, al pueblo soviético y su ejército y por enaltecer la Alemania hitleriana y sus fuerzas armadas. Para cumplir este innoble cometido, adultera descaradamente los hechos, sin avergonzarse de achacarles en muchos casos a las tropas soviéticas lo que hacían las hitlerianas. Se permite escribir de las “ferocidades” cometidas por soldados soviéticos con prisioneros de guerra alemanes y declara, de paso, que en sus tropas no se cumplía la orden “kommissarenerlaB”². Es sintomático que casi todos los grandes jefes militares fascistas escriban ahora que en las unidades a su mando no se acataba esta orden.

De creerles resulta que era posible incumplir las órdenes de Hitler. Pero ¿quién va a tragarse eso, cuando es requetesabido que los jefes miniares fascistas, temblando de miedo ante la ira de) Führer, fusilaban³ a sus soldados y a los de sus aliados por la más mínima insubordinación? Es sabido también que Hitler no tenía contemplación alguna con los desobedientes.

66

Una de las partes más importantes del libro de Manstein la constituyen, sin duda alguna, los capítulos dedicados a Stalingrado. Por cierto, el mariscal quiere hablar en ellos no tanto en calidad de “testigo presencial” como en la de “historiador” envuelto en el ropaje de “analista imparcial”.

Manstein quiere, ante todo, convencer al lector de que Stalingrado no fue el punto crucial de la guerra, como lo cree la mayoría de la gente.

Tanto en conversaciones personales, que tuvo con el autor de estas líneas, como en intervenciones públicas durante la guerra, Nikita Jruschov dijo que, en los seis meses de la batalla de Stalingrado, el pueblo soviético y su ejército realizaron una proeza inmortal: infligieron una derrota aplastante al ejército fascista e hicieron que en el curso de la guerra se produjera un viraje radical.

Franklin Roosevelt, entonces Presidente de Estados Unidos, valoró altamente aquella victoria. El 5 de febrero de 1943 la calificaba de “uno de los capítulos más hermosos en esta guerra de los pueblos unidos contra el nazismo y sus émulos” y decía: “En el frente, los oficiales y los soldados de vuestros ejércitos, y en las fábricas y en el campo, los hombres y mujeres que les ayudaban trabajando, se unieron no sólo para cubrir de gloria las armas de su país, sino también para inspirar con su ejemplo a que las Naciones Unidas hagan, con nuevos bríos, los máximos esfuerzos para lograr la derrota definitiva y la capitulación incondicional del enemigo común”.

En una carta que dirigió a los defensores de Stalingrado, Roosevelt decía que su

² Disposición de Hitler ordenando el fusilamiento inmediato de todos los instructores políticos del ejército que cayeran prisioneros.

³ El mismo Manstein nos habla de esto, con farisaica afectación, en las págs. 234-235.

glorioso triunfo "detuvo la oía invasora y fue el punto crucial en la guerra de las naciones aliadas contra la agresión".

67

Todos los amigos del pueblo soviético en el extranjero consideraron, que aquella victoria imprimió un viraje a) curso de la guerra.

Hewlett Johnson, deán de Canterbury, infatigable paladín de la paz, dejó la siguiente inscripción en el libro de impresiones del Museo de la defensa de Tsaritsin-Stalingrado: "El tronco principal del árbol fascista fue abatido en Stalingrado y por la gente de Stalingrado..."

Un grupo de escritores indios expresó su sentir con las siguientes palabras: "Stalingrado ha conquistado no sólo la admiración, sino también el reconocimiento de los pueblos del mundo. Con su victoria heroica cambió la marcha de la historia, salvó a la humanidad de la esclavitud fascista..."

Es significativa también la apreciación que se hace de la batalla de Stalingrado en la República Democrática Alemana. Al hacer uso de la palabra en la sesión científica de los historiadores de la Unión Soviética y de la República Democrática Alemana celebrada en Leipzig en 1957, Otto Korfes (ex jefe de la 295 división de infantería, actualmente científico del Instituto de Historia Militar del Ministerio de Defensa Nacional de la RDA) dijo: "Sabemos que no sólo tuvo (la batalla de Stalingrado. — A.E.) una importancia militar decisiva, sino que también dio comienzo a un cambio de la situación política internacional... La derrota en Stalingrado fue la derrota de las fuerzas agresivas del imperialismo... La batalla de Stalingrado ejerció gran influencia política sobre el pueblo alemán, sobre los aliados de Alemania, sobre Europa, sobre el mundo entero"⁴.

68

Pero no sólo el pueblo soviético y sus amigos consideran que la victoria de Stalingrado fue el punto crucial de la guerra; también se ven obligados a confesarlo muchos de sus enemigos, los que todavía conservan un mínimo de capacidad para analizar objetivamente los hechos históricos.

Kurt Tippelskirch dice en su *Historia de la segunda guerra mundial*: " Aunque dentro del marco de la guerra en general a los acontecimientos de Africa del Norte se les confiere mayor importancia que a la batalla de Stalin grado, la catástrofe del Volga impresionó más profundamente al ejército alemán y al pueblo porque fue más dolorosa para ellos. Allí aconteció algo inconcebible, algo que no se había repetido desde 1806: el desastre de un ejército cercado por el enemigo"⁵. Es evidente que Tippelskirch habla así de Africa del Norte para no herir el amor propio de aquéllos a quienes sirve.

El general Zeitzler, que fue durante la batalla de Stalingrado jefe del Estado Mayor Central de las fuerzas terrestres de la Wehrmacht, dice sin rodeos: "La

⁴ *Kommission der Historiker der DDR und der UdSSR. Probleme der Geschichte des zweiten Weltkrieges*, Bd. 2, Akademie-Verlag, Berlín, 1958, S. 428.

⁵ Tippelskirch K., *Historia de la segunda guerra mundial*, Izdatinlit, M., 195G, pág. 256.

marcha de los acontecimientos demostró que la batalla de Stalingrado fue realmente el punto crucial de toda la guerra”⁶.

Se expresa también con toda precisión a este respecto Hans Doerr, que dice en su libro *La campaña de Stalingrado*: “...Stalingrado fue el punto crucial de la segunda guerra mundial. Para Alemania, la batalla de Stalingrado ha sido la mayor derrota sufrida en toda su historia; para Rusia, su victoria más extraordinaria. En las cercanías de Poltava (año 1709) Rusia obtuvo el derecho a llamarse gran potencia europea. Stalingrado fue el comienzo de su transformación en una de las dos mayores potencias del orbe”⁷.

69

Las declaraciones citadas, a las que se podría añadir muchas otras, no necesitan comentarios; expresan elocuentemente el papel que desempeñó Stalingrado en el desenlace de la segunda guerra mundial y en el destino de la humanidad.

Veamos ahora qué opinión tiene de ello el mariscal de campo Manstein. No puede negar absolutamente, claro está, la importancia de Stalingrado como punto crucial de la guerra, pero expresa su reconocimiento con tantas reticencias y en tal forma, que, evidentemente, lo deja reducido a nada.

En la página 322 leemos, entre otras cosas: “Claro está que Stalingrado fue el punto crucial en la historia de la segunda guerra mundial por cuanto en el Volga rompió la ola del ataque alemán para retroceder después. Pero, por más grave que fuera la pérdida del 6º ejército (¿solamente del 6º ejército? — Á.E.), no significaba que la guerra en el Este, y, por ende, la guerra en general, se hubiese perdido. Se hubiera podido llegar todavía a hacer match nulo, si la política alemana y el Mando de las Fuerzas Armadas se hubiesen planteado tal objetivo”⁸. A continuación dice “Los Soviets consideran, por motivos bien comprensibles, que la batalla de Stalingrado imprimió a la guerra un viraje decisivo.

Los ingleses le atribuyen la misma importancia a la “batalla de Inglaterra”, de 1940, cuando rechazaron el ataque aéreo alemán a las Islas Británicas. Los americanos se inclinan a considerar que la victoria definitiva de los aliados fue posible gracias a su participación en la guerra.

También en Alemania son muchos los que consideran que Stalingrado fue la “batalla decisiva”.

En contraposición a esto señalaremos que no se puede conceder importancia decisiva a ningún acontecimiento tomado por separado. Aquello fue resultado de la influencia de toda una serie de factores, siendo quizás el principal que, debido a la política y la estrategia de Hitler, Alemania resultó, en fin de cuentas, infinitamente más débil que sus enemigos”.

70

Aquí Manstein se eleva, por así decirlo, a la cima del “objetivismo”, desde cuya

⁶ *Decisiones fatales*, Voenizdat, M., 1958, pág. 209.

⁷ Doerr, H., *Campaña de Stalingrado*, Voenizdat, M., 1957, pág. 15.

⁸ De aquí en adelante, todas las citas que se hacen son de la edición alemana.

“vertiginosa” altura el fortalecimiento de la defensa antiaérea en Inglaterra en 19-10, los recursos materiales de las partes beligerantes, la derrota sufrida por los ejércitos alemanes escogidos en Stalingrado, el fracaso de los ambiciosos proyectos de Hitler y todos los demás acontecimientos y factores le parecen de igual importancia.

Vale la pena analizar minuciosamente estas declaraciones de Manstein, puesto que su interpretación del punto crucial de la guerra puede confundir al lector.

En primer lugar, Manstein mete intencionadamente en un mismo saco acontecimientos de distinto calibre y su planta los hechos por sus causas, incluso secundarias.

Claro que nadie que haya comprendido los acontecimientos de la pasada conflagración mundial se pondrá a afirmar que la derrota total de Alemania fue debida a tal o cual batalla. Las causas fueron varias, pero la principal fue la superioridad del sistema social socialista soviético frente al “nuevo orden” instituido por los fascistas en Alemania y que se implantaba en los países por ellos subyugados.

Manstein señala que la causa principal de la derrota fue que, “debido a la política y la estrategia de Hitler, Alemania resultó, en fin de cuentas, infinitamente más débil que sus enemigos”. Si tomamos Alemania como tal, era, por sus recursos, mucho más débil que el bloque de tres potencias mundiales como la URSS, EE.UU. e Inglaterra. Siguió siendo sin duda alguna más débil cuando, gracias a la política de Hitler y con la ayuda, claro está, de los imperialistas norteamericanos e ingleses, se apoderó de todos los recursos del Oeste y en parte del Este de Europa. Sin embargo, no es un secreto que los recursos (nos referimos al potencia) económico y a los recursos humanos) no pueden determinar de por sí el desenlace de la guerra.

71

Si tomamos, por ejemplo, un hecho como el de la derrota infligida por Alemania a Francia en 1940, no será difícil comprender que Francia, con sus propios recursos, más la ayuda que le prestaba Inglaterra, quizás no fuese más débil que la Alemania hitleriana.

He aquí lo que dice a este respecto Guderian: "Francia tenía el ejército de tierra más poderoso y las mayores fuerzas blindadas de Europa occidental. Las fuerzas armadas anglo francesas tenían en Occidente, en mayo de 1940, alrededor de 4.800 tanques, mientras que las alemanas contaban, según la plantilla orgánica, 2.800 tanques y automóviles blindados, aunque, en realidad, al comenzar la ofensiva disponían tan sólo de unos 2.200. Por consiguiente, las fuerzas del enemigo eran dos veces superiores a las nuestras, y su ventaja la acentuaba el hecho de que los tanques franceses superaban a los alemanes por su coraza y por el calibre de sus cañones, aunque cedían ante ellos en cuanto a la perfección de los aparatos de mando y a velocidad. Además de poseer el arma móvil más potente, Francia levantó la “línea Maginot”, la línea de fortificaciones más sólida del mundo”⁹.

⁹ En las memorias de Winston Churchill *La segunda guerra mundial* se dice que el número de divisiones

Claro que el quid de la cuestión no está solamente en los recursos, aunque el potencial económico y las reservas humanas, los efectivos y los armamentos desempeñan el papel más importante, sobre todo en las guerras prolongadas. Pero hay que tener en cuenta que Manstein trenza sus soliloquios objetivistas acerca de la pluralidad de los factores y de la importancia de los recursos para desorientar al lector y dar la callada por respuesta a cuán do, en qué preciso momento de la segunda guerra mundial se vio ya claramente que la Alemania fascista no vencería. Por cierto, Manstein no pudo, por más empeño que puso en ello, eludir la respuesta a esta desagradable pregunta. Se fue de la lengua al decir que, después de Stalingrado, había que buscar el match nulo. Sí, precisamente después de Stalingrado, y no de la derrota de Rommel o después de haber perdido la llamada “batalla de Inglaterra”.

72

Aunque se afana por restar importancia a la batalla de Stalingrado, Manstein la considera, en el fondo, una batalla campal.

Desde los tiempos de Clausewitz, en la teoría y práctica del militarismo alemán cuajaron postulados que en su época se basaban la mayoría en la realidad y que después, al cambiar las condiciones, se transformaron en anquilosados dogmas.

Esa fue la suerte de la teoría de Clausewitz sobre la batalla campal. No vamos a analizar minuciosamente esta cuestión, subrayaremos tan sólo que, según Clausewitz, la guerra puede llevar a la victoria, sólo en caso de que se venza en la batalla campal, a la que deben lanzarse cuántas fuerzas y recursos sea posible. En caso de perder esa batalla, hay que procurar que la guerra *termine sin* vencedores ni vencidos. Aunque Manstein no cita en este caso a Clausewitz, profesa ciegamente sus concepciones.

En realidad, en toda su obra, hasta llegar a la descripción de la batalla de Stalingrado, Manstein no menciona en parte alguna la necesidad de procurar que en la guerra no hubiera ni vencedores ni vencidos. Al contrario, defiende acaloradamente la tesis de que si el Cuartel General hitleriano hubiera dirigido bien las acciones militares, (por lo visto, quiere decir si hubiera cumplido los deseos de Manstein), la guerra no se habría perdido. Por consiguiente, en el fondo considera la batalla de Stalingrado una batalla campal perdida, después de la cual no quedaba más salida que buscar un “empate”. Y Manstein culpa a Hitler, precisamente, de no haberlo comprendido así a su debido tiempo.

73

La ciencia militar soviética está lejos de atribuir a cualquier batalla el carácter que atribuía Clausewitz a la batalla campal. No obstante, al estudiar los sucesos histórico-militares reales, no podemos dejar de observar que en toda importante

de los hitlerianos destinadas a invadir a Francia equivalía al de las divisiones francesas, inglesas, belgas y holandesas (135 divisiones) que podían ser utilizadas para la defensa. Respecto a los tanques, Churchill aporta otros datos. Según él, los franceses tenían 2.300 tanques y los ingleses, sólo 328. Si considerásemos más exactos los datos de Churchill, el número de tanques de ambas partes sería aproximadamente el mismo.

guerra moderna ha habido una batalla cuyo desenlace ejerció una influencia decisiva en la guerra en general (por ejemplo, la batalla del Mame, en la primera guerra mundial).

Sin embargo, no podemos estar de acuerdo con Manstein en que después de Stalingrado la guerra hubiera podido terminar sin vencedores ni vencidos. Stalingrado fue el ocaso del ejército alemán fascista. Después de aquella batalla, el enemigo ya no podía recuperarse. Al decir esto tenemos en cuenta, que el enemigo sufrió aquella tremenda derrota cuando en Europa no había un segundo frente y que las fuerzas del pueblo y del ejército soviéticos aumentaban de día en día, mientras que las del Estado fascista mermaban más y más.

Quizás Manstein contara con la posibilidad de escisión de la coalición antihitleriana, pero los pueblos de los países aliados no hubieran permitido a sus gobiernos que llegasen a un compromiso con el hitlerismo.

Al analizar las artimañas a que Manstein recurre para falsificar la historia, debemos subrayar que no se trata de intentos aislados, sino, por así decirlo, de todo un sistema. Nos hemos detenido en el ejemplo concreto de subestimación de la importancia de Stalingrado porque demuestra claramente que Manstein, al falsificar los hechos, quiere llevar al lector a conclusiones erróneas.

Al exponer los acontecimientos que siguieron a Stalingrado, Manstein trata de inculcarle al lector la idea de que el grupo de ejércitos “Don”, por él mandado, logró localizar el éxito de las tropas soviéticas en Stalingrado, y hasta parar en cierta medida su ataque. Afirma también que así preparó las condiciones para posteriores acciones ofensivas de los hitlerianos y que fue el error cometido por Hitler al aplazar el comienzo de la ofensiva alemana del verano de 1943 lo que hizo que esas victorias “se perdieran”¹⁰.

En resumidas cuentas, según Manstein resulta que supo arrebatarse a la URSS, después de Stalingrado, la iniciativa estratégica. Al hablar de la importancia que tuvo la operación “Ciudadela” (ofensiva en el arco de Kursk), Manstein dice: “Fue (la operación “Ciudadela”. —A.E.) la última tentativa de mantener nuestra iniciativa en Oriente. Su resultado adverso, equivalente a un fracaso, hizo que la iniciativa pasara a los soviéticos definitivamente. Por eso la operación “Ciudadela” fue el punto crucial decisivo en el frente Este...”

Al hacer el balance de la campaña de invierno en el frente Este, Manstein afirma, además: “... El camino de Stalingrado al Donetz costó al enemigo muchas bajas. Al final de esta operación sufrió dos graves derrotas. El enemigo no alcanzó su objetivo. Al terminar la campaña de invierno, la iniciativa pasó de nuevo a los alemanes... Estando en una situación casi desesperada, al final de la operación, nos llevamos la palma de la victoria”.

¹⁰ En este caso, Manstein se solidariza con Guderian, quien consideraba que el aplazamiento de la ofensiva sobre Moscú, en el verano de 1941, no le permitió tomar la capital soviética.

Dejemos a la conciencia de Manstein eso de la “palma de la victoria”. Después de perder seis ejércitos, de ellos dos alemanes de tropas escogidas, los hitlerianos aprovecharon algunos errores nuestros y obligaron a efectuar un repliegue parcial a las tropas soviéticas, que no habían tenido tiempo de hacerse fuertes en las líneas alcanzadas (los frentes Sud-occidental y de Vorónezh habían penetrado demasiado lejos, sin contar con suficientes reservas, y por eso los frecuentes ataques enemigos tuvieron cierto éxito). Pero Manstein atribuye a este insignificante éxito el carácter de una victoria que le devolvió la iniciativa al ejército alemán. ¿Quién va a creer en la seriedad de semejantes argumentos?

75

Vale la pena recordar las proporciones que tuvo la derrota que sufrieron los hitlerianos en la campaña de invierno de 1942-43. Oigámoslo al propio Manstein: "Si hacemos, en conclusión, un breve análisis del curso de los combates y de los acontecimientos de esta campaña de invierno de 1942-43 en Rusia Meridional, hay que destacar, ante todo, el indiscutible grado de éxito de las tropas soviéticas. Los Soviets lograron cercar y aniquilar a todo un ejército (a dos ejércitos en realidad, — *A.E.*), al 6º, que era el más poderoso. Además de eso, los Soviets borrarón de la faz de la tierra cuatro ejércitos de nuestros aliados... Esos ejércitos ya no se podían considerar aptos para el frente... El grupo de Hollidt fue denominado en marzo de 1943 6º ejército, pero, de todos modos, habíamos perdido definitivamente la gran mayoría de los soldados, casi veinte divisiones, y gran parte de la artillería y de las unidades de ingenieros de la Reserva del Alto Mando.

... A las bajas de las tropas hay que agregar que los rusos ocuparon todo el enorme territorio, con sus riquezas, que habíamos conquistado durante la ofensiva de verano de 1942. No logramos apoderarnos del petróleo del Cáucaso, lo que era uno de los principales objetivos de nuestra ofensiva” (págs. 467-468).

Los hitlerianos perdieron realmente durante la batalla de Stalingrado más de un millón de hombres. En el transcurso de cuatro meses de combates defensivos, efectuaron, como es sabido, más de 700 ataques; el enemigo atacaba día y noche con enorme tenacidad las posiciones de las tropas soviéticas. Se jugaron el todo por el todo para cumplir la orden de Hitler, que exigía una y otra vez que tomaran la ciudad (cuatro veces fijó el plazo de la toma de Stalingrado).

76

Durante el periodo de combates defensivos, del 17 de julio al 19 de noviembre, el enemigo tuvo más de 250.000 muertos y 580.000 heridos. En el contraataque soviético del 19 de noviembre al 11 de diciembre, las bajas alemanas fueron de 91.000 muertos (los heridos no se cuentan) y 72.000 prisioneros (en ese período fueron totalmente aniquilados tres ejércitos de los satélites y muchas divisiones alemanas); las bajas sufridas por los hitlerianos en el cerco fueron de 330.000 hombres, sin contar las que tuvieron en los intentos de romperlo.

Por consiguiente, las pérdidas totales de la Wehrmacht durante los dos períodos de la batalla de Stalingrado fueron de 1.226.000 hombres. Y aun si sustraemos de

esa cifra los heridos que se reintegraron a filas durante la defensa (podrían ser aproximadamente unos 100-150 mil), las pérdidas del enemigo no bajan del millón de hombres.

Doerr tiene razón cuando dice que en Stalingrado la Unión Soviética ganó la batalla de exterminio y que ninguno de sus aliados podría jactarse de haber obtenido semejante victoria.

Hay que tener además en cuenta que los hitlerianos perdieron en Stalingrado el predominio aéreo, y en tal medida, que no sólo no podían soñar con recuperarlo, sino ni siquiera en alcanzar el equilibrio de fuerzas.

Allí se infligió a la aviación de transporte de Alemania un daño irreparable (solamente en el frente de Stalingrado fueron derribados 499 aviones fascistas de transporte). Es evidente que los hitlerianos no perdieron solamente los aparatos, sino también su mejor personal volante. (Los tripulantes de los aviones de transporte derribados que fueron hechos prisioneros declararon que se enviaba a Stalingrado a todos los instructores de las escuelas de aviación).

Pero he aquí que, olvidando esta catastrófica derrota, Manstein osa afirmar que la “palma de la victoria” de la campaña de invierno de 1941-43 se la llevaron los hitlerianos. ¡Realmente, la desvergüenza de este mariscal de campo molido a palos no tiene límite!

77

Los insignificantes éxitos accidentales de los hitlerianos en algunos sectores a fines de febrero y comienzos de marzo, Manstein los estima, prominentes victorias que devolvieron a la Wehrmacht la iniciativa estratégica.

Esta afirmación es, evidentemente, gratuita. En Stalin grado, la iniciativa estratégica pasó definitiva e irrevocablemente a manos de las tropas soviéticas.

El propio plan “Ciudadela”, confeccionado por el general Zeitzler y aceptado por Hitler, demuestra que la derrota de los alemanes en Stalingrado bajó los humos a Hitler y a sus secuaces. Si en el verano de 1942 se asignó a la Wehrmacht el cometido de avanzar por las vastas extensiones meridionales en dos direcciones simultáneamente, hacia el Cáucaso y hacia Stalingrado, con el fin de tomar la iniciativa después de la victoria de las tropas soviéticas en la cercanía de Moscú, en el verano de 1943, el Cuartel General hitleriano decidió asestar un golpe en un sector relativamente pequeño, para salir corno fuese del atolladero y lograr, quizás, un “empate” en la guerra. Manstein se esfuerza por convencer al lector de que la operación “Ciudadela” fracasó únicamente porque se aplazó su comienzo.

Pero, en realidad, las causas principales del fracaso fueron las siguientes. En primer lugar, la correlación de fuerzas en toda el ala meridional del frente sovieto-germano, después de haber concluido la batalla de Stalingrado, era favorable a la URSS. Durante la batalla de Stalingrado, las fuerzas soviéticas aumentaban, mientras que las del enemigo disminuían, y eso se vio bien claro, sobre todo después de la derrota de seis ejércitos enemigos (dos alemanes y cuatro de los satélites). En segundo lugar, la moral de las tropas fascistas había decaído

enormemente, lo que también guardaba relación con la catástrofe de Stalingrado. Se había debilitado considerablemente la influencia que la propaganda goebbelsiana ejercía sobre los soldados y sobre la población civil. En tercer lugar, la coalición que Hitler había amalgamado empezó a desmoronarse, y era ya realmente imposible continuar utilizando los ejércitos de los "aliados". Si antes se los aprovechaba para proteger los flancos, era ya prácticamente imposible contar con ellos.

78

Desde comienzos de la contraofensiva de Stalingrado, la iniciativa estratégica quedó definitiva e irrevocablemente en manos del Ejército Soviético. Todas las posteriores tentativas de los hitlerianos para recuperarla, todos sus contragolpes eran de carácter parcial y no podían cambiar la correlación de fuerzas entre las partes beligerantes, claramente definida. La declaración de Manstein de que la operación "Ciudadela" fue el punto crucial, el viraje decisivo de la guerra en el frente Oriental, es una falsificación de la realidad histórica.

Conocemos perfectamente la razón que mueve a Manstein a desorientar a la opinión pública cuando habla de la importancia de la batalla de Stalingrado. Hay que subrayar una vez más que el objetivo principal de todos los razonamientos de Manstein a ese respecto es velar, en la medida de lo posible, su culpa por la derrota de Stalingrado y sacudirse la responsabilidad por la muerte de cientos de miles de alemanes. Manstein, claro está, no quiere compartir la triste fama de jefes militares como el cónsul romano Varrón, cercado y derrotado en Canas el año 216 antes de nuestra era, el mariscal de campo austriaco Mack, cuyas tropas fueron cercadas y derrotadas en Ulm el año 1805, o el mariscal Mac-Mahon, cuyo ejército corrió la misma suerte en Sedán el año 1870.

Hasta la batalla de Stalingrado, Manstein creía poseer pleno fundamento para considerarse un jefe militar infalible (decían: ¡donde está Manstein, está la victoria!), y he aquí que en Stalingrado se sufrió un desastre total. Por eso Manstein se devana los sesos con el fin de hacer ver que Stalingrado fue un acontecimiento de segundo orden.

79

Nos hemos adelantado un poco para demostrar cuán infundadas son las pretensiones de Manstein al papel de "salvador de la nación alemana". Retornemos ahora a la batalla de Stalingrado.

Hay que decir que, por lo visto, los alemanes reaccionan hasta ahora muy sensiblemente a todo lo vinculado con la catástrofe sufrida en Stalingrado por los dos ejércitos alemanes más numerosos. Para no poner el dedo en la llaga, Manstein se lanza a alambicadas elucubraciones.

Ofrece al lector, hábilmente velada, una de sus consideraciones principales, la de que, según los dirigentes fascistas no tenía sentido ni liberar a los cercados ni que éstos intentaran romper el cerco.

Al mismo tiempo que echa a Hitler las culpas de la hecatombe sufrida, por el ejército alemán de Stalingrado, Manstein declara que la prolongada resistencia de las

tropas cercadas salvó de la más completa derrota a las fuerzas fascistas que operaban en el ala sur del frente sovieto-alemán¹¹.

No tiene sentido analizar aquí todas las elucubraciones a que recurre Manstein, en cientos de páginas, para que el lector crea que hizo todo lo posible por liberar a los cercados y que, si no pudo lograrlo, fue por culpa de Hitler, quien no le proporcionó reservas. Manstein presenta las cosas como si se hubiera opuesto continuamente a las decisiones de Hitler y exigido se llevaran a cabo, con grandes fuerzas, las acciones más decididas para liberar rápidamente a los cercados. No obstante, si examinamos la cuestión atentamente, veremos que, en realidad, entre Manstein e Hitler no hubo divergencias en este problema. Lo único cierto es que Manstein exigía, efectivamente, que se le dieran todas las tropas de refuerzo posibles.

80

Hay que subrayar que, en lo referente a las acciones en Stalingrado, Manstein fue el más celoso ejecutor de los planes de Hitler. Pero Manstein lo niega rotundamente por razones bien comprensibles, pues no quiere compartir con aquél la responsabilidad por la muerte de miles de sus compatriotas,

Sin embargo, los hechos demuestran irrefutablemente la culpabilidad de Manstein. Pruebas al canto.

En las páginas 333-334, Manstein se queja de que Hitler y Paulus, el jefe del 6º ejército, no hicieron absolutamente nada por romper de inmediato el cerco, en los dos primeros días que siguieron al comienzo del contraataque de las tropas soviéticas. Sin embargo, al hacerse cargo del Mando del grupo de ejércitos "Don", del cual formaba parte también el grupo de tropas cercadas en Stalingrado, Manstein consideró posible, y conveniente, esperar hasta el 12 de octubre, o sea, más de medio mes.

En realidad, esa demora tuvo consecuencias funestas, ya que nos dio tiempo a efectuar cierto reagrupamiento en el 51 ejército. Eso nos permitió frenar la ofensiva de Hoth y dar al 2º ejército de la Guardia la posibilidad de llegar al frente. Si los alemanes hubieran iniciado el ataque para romper el cerco en los primeros días de octubre, sus probabilidades de éxito hubieran sido grandes, pues las fuerzas de nuestro desgastado 51 ejército, que cubrían el frente exterior del cerco, se extendían a lo largo de 200 kilómetros (a cada división le correspondía un sector de más de 50 kilómetros).

Manstein quiere convencer al lector de que no le agregaron las unidades necesarias y de que, por ello, tuvo que postergar dos veces el comienzo de la ofensiva.

Sin embargo, se desenmascara él mismo a renglón seguido. En la página 355

¹¹ Hay que decir que desde el punto de vista estratégico tenía cierto sentido para el mando alemán dejar sus tropas cercadas en Stalingrado, pero sólo mientras la agrupación hitleriana de Stalingrado paralizaba considerables fuerzas soviéticas y aseguraba el repliegue del grupo de ejércitos "A".

dice: “Por las razones que ya hemos señalado, se demoró el traslado del 57 cuerpo de tanques (principal fuerza de choque del ejército de Hoth, —*A.E.*) del Cáucaso al sector del 4º ejército de tanques. Tuvimos que postergar del 3 al 8 de diciembre primero, y después, al 12, la lecha en que se debía ocupar posiciones de partida. Estaba claro que el enemigo, al apercibirse de ello, no permanecería inactivo tanto tiempo. El 3 de diciembre... atacó en dirección a Kotélnikovo, lugar principal de desembarco del 57 cuerpo de tanques. Por lo visto, quería aclarar la situación. Fue rechazado el 4 de diciembre, por el contraataque de la 6ª división de tanques, que para ese entonces ya se hallaba en condiciones de combatir”.

81

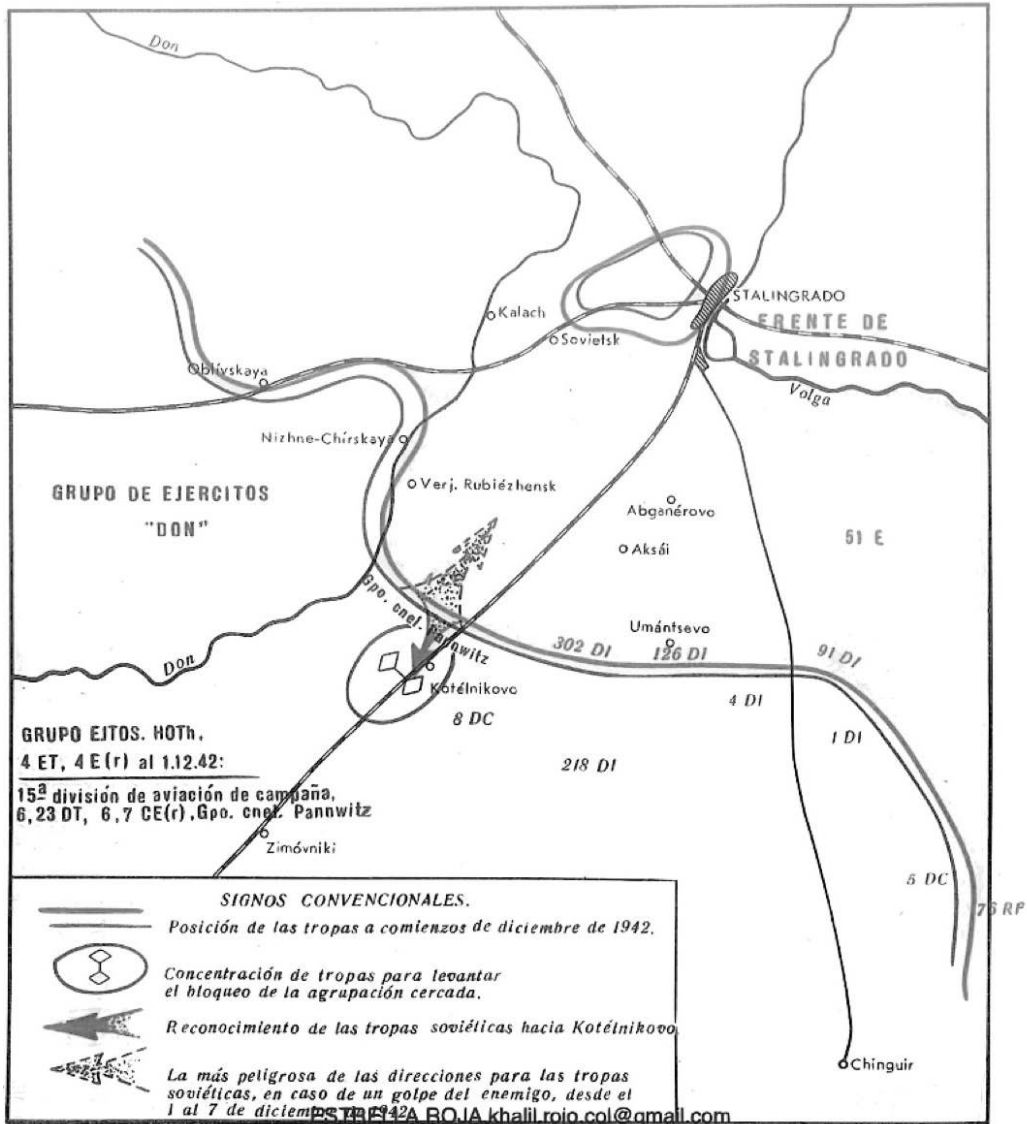
Así, pues, el 6º Ejército de tanques, reorganizado con tropas de refresco —había llegado de Francia— estaba ya apto para el combate el 4 de diciembre. Cuando desalojó de Kotélnikovo a las unidades de caballería del general Shapkin, que habían irrumpido allí para hacer un reconocimiento, hubiera debido continuar la persecución y abrirse paso hacia las tropas cercadas. Las acciones de la 6ª división hubieran podido apoyarlas las restantes unidades de Hoth, que hacía mucho tiempo se hallaban en la región de Kotélnikovo.

En el esquema N° 1 vemos las fuerzas enemigas concentradas en la región de Kotélnikovo. De la parte soviética, el 51 ejército, cuyos efectivos eran poco numerosos. En su flanco derecho, actuaba el 4º cuerpo de caballería, integrado por dos divisiones, cada una de las cuales tenía tres regimientos de tres escuadrones (los efectivos de la caballería, eran los mínimos). Aunque era una unidad muy débil, el cuerpo de caballería ocupaba un sector de más de 50 *km*. La densidad táctica era de menos de una sección por *km* de frente. Así fue hasta el primero de diciembre. Pero después de la operación de reconocimiento en dirección a Kotélnikovo, los tanques enemigos le infligieron grandes bajas. En realidad, en el sector del frente externo soviético correspondiente al 4º cuerpo de caballería se había abierto una brecha, pero Manstein no se aprovechó de ello porque no conocía la verdadera situación del frente y porque le faltó decisión. Está bien claro que Manstein no debió esperar a que se concentraran todas las fuerzas destinadas a romper el cerco. La fe ciega en cánones anquilosados volvió a jugar una mala pasada a los hitlerianos. Estos habían resuelto concentrar en el sector de Kotélnikovo determinada cantidad de tropas y, en espera de que se reuniesen, postergaron varias veces el comienzo del ataque. Si hubiesen pasado con los efectivos disponibles a la ofensiva en el sector de Kotélnikovo del 2 al 7 de diciembre de 1942, no hubiéramos podido detenerles. Pero no lo hicieron. Manstein nos regaló diez días.

82

Las cosas ocurrieron como sigue. El 2 de diciembre (y no el 3 de diciembre como escribe Manstein), en cuanto nuestro cuerpo de caballería llegó a Kotélnikovo, más de cien tanques enemigos, apoyados por la aviación, le asestaron un golpe demoledor. Sobre nosotros se cernía un peligro terrible y nos pusimos inmediatamente a tomar contramedidas, aprovechando todas nuestras reservas, en

extremo precarias, pues las integraban dos brigadas: una de tanques lanzallamas (experimental) y otra de artillería antitanque. Hay que tener en cuenta que estas débiles fuerzas se hallaban en otro sector. Quedaba una sola salida, sacar algunas unidades del frente interno del cerco. Decidimos correr el riesgo y retirar de allí el 4º y el 13º cuerpos motorizados (compuestos, cada uno de ellos, de dos brigadas). Ambos cuerpos se habían desgastado en los combates ofensivos que venían sosteniendo sin descanso durante más de diez días. Por cierto, el enemigo no advirtió que habíamos retirado los cuerpos motorizados y no pudo aprovecharse de que hubiésemos debilitado el frente interno del cerco precisamente en un sector muy conveniente para que las tropas cercadas organizarán un ataque al encuentro de las unidades destinadas a romper el bloqueo (sabíamos que debilitábamos un sector importante, pero no quedaba otro remedio, necesitábamos unidades móviles, y éstas actuaban precisamente en esa dirección). El sector debilitado lo reforzamos en breve plazo, trasladando allí unidades de la zona fortificada y una división de un sector menos amenazado. Así, pues, el jaleado estratega Manstein no supo aprovechar la ocasión en ninguno de los dos casos, vulnerando el principio fundamental del arte militar: disponer las tropas de forma que se hallen en la más ventajosa situación respecto al enemigo.



Para justificar sus errores, Manstein dice: "A partir del 8 de diciembre se observó una concentración de grandes fuerzas enemigas ante el frente Norte del 4º ejército de tanques (al noreste de Kotélnikovo). Descubrimos aquí un nuevo ejército, el 51". Estas palabras evidencian la "eficacia" del servicio de información hitleriano, que consideraba nuevas fuerzas, las unidades del 51 ejército, que actuaban en este sector desde julio de 1942.

Con el fin de demostrar que él no tuvo la culpa del fracaso de las operaciones destinadas a romper el bloqueo, Manstein asegura al lector que no disponía de bastantes fuerzas. Habla muy confusamente de la composición del ejército de Hoth;

resulta que el nuevo ejército estaba formado solamente por dos divisiones de tanques y una o dos de aviación de campaña.

Veamos, no obstante, lo que cuentan a este respecto otros generales fascistas, no relacionados directamente con estos acontecimientos y, por lo tanto, más objetivos, en muchos casos.

Buttlar, por ejemplo, dice: “Las tropas trasladadas desde el Cáucaso y desde otros sectores del frente Oriental para agregarlas al grupo de ejércitos “Don”, se concentraron en el sector de Kotélnikovo. Fueron subordinadas al 4º ejército de tanques del coronel general Hoth, que para el 10 de diciembre había formado una agrupación de choque compuesta de cuatro divisiones de tanques, una de infantería y tres de aviación de campaña”¹².

Veamos ahora lo que Tippelskirch relata de la agrupación de Kotélnikovo. “De las fuerzas que llegaron del Cáucaso, ele Vorónezsh y de Oriol, Manstein formó en el sector de Kotélnikovo un grupo de fuerzas de choque y lo puso al mando del general Hoth. Este grupo, compuesto de cuatro divisiones de tanques, una de infantería y tres de aviación de campaña, comenzó la ofensiva el 10 de diciembre”¹³.

84

Está establecido documentalmente que la agrupación de Hoth, concentrada en el sector de Kotélnikovo, la formaban las divisiones 23, 6 y 17 de tanques, la 15 de aviación de campaña, los cuerpos de ejército rumanos G y 7 y el grupo del coronel Panwitz; posteriormente fueron enviadas allí dos divisiones motorizadas: 16 y la “Wiking”, esta última de SS.

Manstein disponía de suficientes fuerzas para romper el cerco, pues hasta el 24 de diciembre nosotros no pudimos llevar tropas de refresco al sector de la brecha y toda la agrupación de choque de Hoth seguía combatiendo contra el 51 ejército, en extremo debilitado.

Manstein afirma que el 4º ejército de tanques de Hoth tropezaba con la resistencia de nuevas y nuevas fuerzas; pero en realidad, como ya hemos dicho, no hubo en este sector más fuerzas nuevas que el 2º ejército de la Guardia concentrado allí el 24 de diciembre, como dice Manstein mismo en la página 377. Pero después de haber llegado el 2º ejército de la Guardia no hubo un cambio brusco en la correlación de fuerzas, aunque Manstein afirma que las nuestras superaban en mucho a las hitlerianas.

Ofrecemos al lector un cuadro de la correlación de fuerzas hasta la llegada del 2º ejército de la Guardia (ver pág. 85).

Este cuadro muestra la correlación existente en ese sector de Kotélnikovo. En la dirección del golpe principal de Manstein-Hoth, es decir, desde el ferrocarril Tijoretsk-Stalingrado hasta el Don, los efectivos del enemigo eran unas diez veces mayores que los nuestros.

¹² La *guerra mundial de 1939-1945*, colección de artículos, Izdatinlit, M., 1958, pág. 200.

¹³ Tippelskirch K., *Historia de la segunda guerra mundial*, Izdatinlit, M., 1956, pág. 260.

	Soviéticos	Enemigo	Correlación
Efectivos	27.795	35.000*	1:1,2
Piezas de artillería de campaña	128	226	1:1,9
Piezas de artillería antitanque	95	178	1:2
Tanques	107	460	1:4

* El hecho de que la superioridad del enemigo en hombres fuera relativamente pequeña se debe a que nuestro 51 ejército lo formaban, principalmente, unidades de infantería.

Por consiguiente, Manstein y Hoth tuvieron hasta el 24 de diciembre dos veces más artillería y cuatro veces más tanques. Incluso después de la llegada del 2º ejército de la Guardia, las fuerzas no hicieron más que igualarse, pero nosotros supimos crear cierta superioridad en la dirección del golpe principal.

A Manstein no solamente le incumbía romper el bloqueo. Era el jefe del grupo de ejércitos "Don", del cual formaba parte el 6º ejército, y debía comprender mejor que nadie que, después de la derrota de las fuerzas destinadas a romper el bloqueo, rechazadas muy lejos en dirección sudoeste y oeste, hasta cerca de Rostov, la resistencia de los cercados no tenía sentido. Para entonces se había agotado ya su capacidad de combatir y habían cumplido su última misión estratégica: fijar nuestras fuerzas en Stalingrado en el periodo del 23 de noviembre de 1942 al 15-18 de enero de 1943. Si Manstein no hubiese estado realmente de acuerdo con Hitler y hubiera asumido la responsabilidad de permitir a las tropas de Paulus que capitulasen, no sólo habrían quedado con vida los noventa mil hombres hechos prisioneros en el período final de la batalla de Stalingrado, sino, por lo menos, otros 150.000 ó 200.000 soldados.

Hay que tener en cuenta que las tropas cercadas sufrieron el mayor número de bajas del 15 de enero al 2 de febrero de 1943. Doerr confiesa que "en el corto período entre el 24 de enero y el 12 de febrero murieron arriba de 100.000 hombres más"¹⁴. Aunque es ésa una cifra calculada, evidentemente, muy por debajo de la real, nos dice cuándo, precisamente, sucumbió la mayoría de los cercados.

Conviene citar aquí un pasaje del libro del general Mellenthin *Combates de tanques en 1939-1945* (que analizamos a continuación): "En este período, muchos jefes y oficiales de los Estados Mayores recibieron la orden de salir en avión de Stalingrado. Entre ellos figuraba el coronel Dingler. Por entonces, las malparadas unidades de la 3ª división motorizada, a la que el coronel pertenecía, ocupaban la defensa cerca del depósito de agua de Voropónovo. El coronel Dingler debía partir de Stalingrado, acompañando al general Hube, comandante del 14 cuerpo de tanques, para ver de mejorar el aprovisionamiento de las unidades cercadas... En una motocicleta con sidecar, único medio de transporte que quedaba en la división, fue al aeródromo de Gumrak. El camino estaba sembrado de cadáveres, tanques

¹⁴ Doerr H., *Campaña de Stalingrado*, Voenizdat, M., 1957, pág. 124.

incendiados y armas abandonadas. Todo ello indicaba que el ejército vivía sus últimos días. El aeródromo ofrecía un cuadro igualmente desolador: era un desierto nevado con aviones y automóviles esparcidos en él. Por doquier se veían cadáveres: los soldados, sin fuerzas ya para dar un paso, morían tendidos en la nieve”¹⁵.

No estaría de más se imaginarán este cuadro los demagogos profascistas, que repiten machacones que en la Unión Soviética se retiene a ex soldados del ejército hitleriano. Centenares de miles de ellos murieron en Stalingrado, Kursk y Rostov, y la culpa de su muerte pesa sobre la conciencia de Manstein y sus cofrades.

Estos mismos falsificadores divulgan grotescas calumnias acerca de los “horrores” del cautiverio soviético. En relación con ello mencionaremos, para dar un ejemplo, el libro de Erich Kern *La gran embriaguez (la campaña de 1941-1945 en Rusia)*, editado en Alemania Occidental¹⁶. Su autor calumnia sin escrúpulos a la Unión Soviética, empleando, al hacerlo, el método predilecto de los falsificadores. El relato de los “horrores” del cautiverio soviético lo pone en boca de cierto mayor que, según Kern, huyó de un campo para prisioneros militares y atravesó a pie toda Rusia y Hungría. Según ese mítico fugitivo, resulta que las autoridades soviéticas hacían premeditadamente todo lo posible para empeorar la situación de los prisioneros de guerra hitlerianos y hasta fusilaban a los heridos y los enfermos,

87

Kern, claro está, se calla el nombre del mayor y dice tan sólo que durante la batalla de Stalingrado ejerció el mando de un grupo de artillería antitanque y “fue hecho prisionero junto con Paulus”. Con Paulus cayeron prisioneros 90.000 hombres, entre ellos más de cien jefes de batallón con la graduación de mayor, lo que, por lo visto, permite a Kern suponer que resultará imposible desenmascarar su patraña.

Pero cedamos la palabra a un hombre que, realmente, fue hecho prisionero en Stalingrado. Nos referimos a Otto Korfes, mencionado anteriormente. Korfes dice: “Los prisioneros de guerra alemanes llegaban de Stalingrado a los campos... extenuados, hambrientos y enfermos... La disentería y el tifus exantemático causaban estragos. Decenas de miles de hombres estaban enfermos. Muchos murieron a pesar de los heroicos esfuerzos del personal médico soviético. Perecieron también dos médicos soviéticos y catorce enfermeras”¹⁷. Para confirmar sus palabras, cita lo que dice en su libro un tal Gollwitzer, profesor de teología en Bonn, al que sería absurdo sospechar de simpatías a la URSS. Gollwitzer no sólo confirma lo dicho por Korfes, sino que destaca, además, que la abnegación del personal médico soviético “hizo que los prisioneros de guerra miraran de otro modo los

¹⁵ Mellenthin F. W., *Combates de tanques en 1939-1945*, Izdatinlit, M., 1957, pág. 176.

¹⁶ Kern E., *Der grabe Rausch, Russlandfeldzug 1941-1945*, Verlag Lothar Leberecht, Waiblingen-Wttbg, 1950.

¹⁷ *Kommission de Historiker del DDR und der UdSSR. Probleme der Geschichte des zweiten Weltkrieges*, Bd. 2, Academie-Verlag, Berlín, 1958, S. 433-434.

Soviets y apoyaran el comité “Alemania Libre”¹⁸.

88

Por otra parte, al esforzarse en demostrar que la resistencia de los cercados durante toda la batalla y su misma muerte tenían sentido y salvaron a la agrupación alemana del Cáucaso, Manstein persigue el fin de rehabilitarse ante el pueblo alemán.

Pero Manstein tendrá que responder por la muerte insensata de más de 200.000 soldados alemanes. Fue él quien rechazó la propuesta soviética de capitulación cuando la resistencia de los cercados era ya absolutamente inútil, tanto desde el punto de vista estratégico como desde el político, y podía tan sólo llevar al aniquilamiento de gente debilitada por el hambre y carente de municiones y combustible.

Veamos, sin embargo, los hechos históricos, que, sin necesidad de más explicaciones, desenmascaran los embustes de Manstein.

El esquema N° 2 muestra el desarrollo de los acontecimientos en el sur, a fines de 1942 y comienzos de 1943. El grupo de ejércitos “A” recibió de Hitler, a últimos de diciembre de 1942, la orden de retirada. El 31 de diciembre de 1942, las tropas comenzaron el repliegue. Retrocedía con particular premura el 1^{er} ejército de tanques, que operaba en el flanco izquierdo del grupo de ejércitos “A”. El 10 de enero de 1943, había ya alcanzado la línea Dívnoe-Piatigorsk, y el 22 de enero, la línea Biélaia Glina-Salsk. Al ejército le quedaban por cubrir unos 160 ó 180 *km* para retirarse más allá de Rostov, pero en los primeros días de febrero, gran parte de las tropas del 1^{er} ejército de tanques se encontraban ya pasada dicha ciudad y en la región de Taganrog. (Los datos los hemos tomado de auténticos documentos operativos alemanes.) Esto es lo que puede decirse de] repliegue de las tropas fascistas en el Sur.

89

Analícemos ahora el “peligro”, inventado por Manstein, que podían suponer para la agrupación hitleriana del sur las fuerzas soviéticas que quedarán disponibles si los fascistas capitulaban en Stalingrado.

Hemos dicho ya que el grueso de la agrupación cercada fue aniquilado después del 15 de enero. Si en ese período, es decir, del 15 al 18 de enero de 1943, hubieran capitulado las tropas cercadas, nuestras fuerzas no hubieran podido iniciar acción alguna antes del 23-25 de enero, ya que hubieran necesitado cinco días, por lo menos, para reorganizarse, hacer entrega de los prisioneros y reunir los servicios, que se hallaban en la orilla opuesta del Volga. Entonces, las fuerzas del grupo de ejércitos “A” se hallaban a un día de marcha de Rostov, mientras que nuestras tropas, dislocadas en las cercanías de Stalingrado, se encontraban a más de 400 *km* de aquella ciudad. Por eso no hubieran podido en modo alguno participar en la derrota de la agrupación enemiga del Sur. Por otra parte, no había necesidad alguna de ello, pues las tropas del Frente Sur, en cooperación con el ala derecha de las

¹⁸ Ahí mismo.

tropas del Frente de la Transcaucasia, emprendieron un fuerte ataque contra el flanco del grupo de ejércitos "A". Recibió ese golpe el 1^{er} ejército de tanques, quedando desarticulado en dos grupos. Uno de ellos, formado por cinco divisiones, escapó hacia Rostov, mientras que dos divisiones, con las restantes unidades del ejército, se vieron atezadas en el sur¹⁹.

Por lo tanto, el grueso del grupo de ejércitos "A" —el 17 ejército, un cuerpo de ejército de tiradores de montaña, unidades del 1^{er} ejército de tanques y otras unidades de refuerzo del grupo de ejércitos "A"— fue cortado de Rostov y se vio atezado en la península de Tamán.

90

No cabe duda que Manstein, jefe militar de bastante capacidad estratégica, no podía dejar de comprender lo inútil de la prolongada resistencia de los cercados, y, si la justifica, lo hace partiendo de consideraciones muy personales. Más de 200.000 soldados perdieron la vida inútilmente y otros 90.000 fueron hechos prisioneros en un estado de extenuación extrema. Eso no se borrará durante largos años de la memoria de Alemania. Las viudas y los huérfanos no pueden perdonarlo a Hitler y a sus cómplices inmediatos. Por eso Manstein miente con tanto empeño, tratando de desviar de su persona el odio del pueblo.

No estaría de más que citáramos otro pasaje del informe de Otto Korfes, que demuestra claramente la indignación que despertaron en la opinión pública de la RDA las farisaicas elucubraciones de Manstein. Korfes dice: "Tenemos pleno fundamento para preguntarle si él (Manstein. —A.E.) no es también responsable de todo, ya que, como jefe del grupo de ejércitos, cumplía las órdenes de Hitler... Sí, según afirma, veía cuán funestas iban a ser las consecuencias, ¿por qué ayudaba a Hitler a realizar esos planes nefastos?" Más adelante, Korfes demuestra convincentemente que Manstein apoyaba incondicionalmente los planes de Hitler de desatar la guerra agresiva contra la URSS; es más, Manstein sigue justificando la perfidia de Hitler y "se afana, sirviendo a Estados Unidos, por instigar al pueblo alemán a una guerra contra la URSS"²⁰.

Conviene hablar también de los intentos de Manstein para convencer al lector de que fue cercado tan sólo el 6^o ejército. Eso es una mentira evidente.

91

Citaremos aquí un pasaje del parte del Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas, del 2 de febrero de 1943, referente al aniquilamiento de las tropas cercadas.

"...Fueron aniquilados totalmente y parcialmente hechos prisioneros el 11 cuerpo de ejército, el 8^o cuerpo de ejército, el 14 cuerpo de tanques, el 51 cuerpo de

¹⁹ Más adelante, en el capítulo *Decisiones fatales*, examinamos el problema de qué es lo que hubiese ocurrido si las tropas alemanas de la agrupación de Stalingrado se hubieran retirado en septiembre o noviembre de 1942. En tal caso la retirada hubiese tenido consecuencias catastróficas para el grupo de ejércitos "A". —Nota del autor.

²⁰ *Kommission der Historiker der DDR und der UdSSR. Probleme der Geschichte des zweiten Weltkrieges*, Bel. 2, Akademie-Verlag, Berlín, 1958, S. 432.

ejército, el 4º cuerpo de ejército y el 48 cuerpo de tanques, formado por 22 divisiones. La 44, la 71, la 76, la 79, la 94 y la 109 divisiones ligeras, la 113, la 376, la 295, la 297, la 305, la 371, la 384 y la 389 divisiones de infantería, la 3ª, la 29 y la 60 divisiones motorizadas; la 14, la 16 y la 24 divisiones de tanques alemanas, así como la 1ª división de caballería y la 20 división de infantería rumana.

Además fueron aniquiladas las siguientes unidades de refuerzo: a) los regimientos de artillería 42, 44, 46, 59, 61, 65, y 72, de la Reserva General de Artillería del Estado Mayor; la 1ª batería del grupo 97 de artillería; los grupos de artillería 43, 639, 733, 856, 855 y 861, de la Reserva General de Artillería del Mando Supremo; el 243 grupo de piezas de asalto; los regimientos de morteros de seis tubos 2º y 51, de la Reserva General de Artillería del Mando Supremo; los grupos de artillería antiaérea 9, 12, 25, 35, 37 y 91, pertenecientes a distintos regimientos, algunas de cuyas unidades actúan en otros frentes; b) los batallones independientes de zapadores 45, 71, 294, 336, 652, 672, 658 y 501 y un batallón independiente de zapadores sin número; c) los batallones independientes de mano de obra 21, 40, 540 y 539; d) el regimiento de enlace y transmisiones Nº 6 y, posiblemente, el 594; e) los grupos 7º y 28 del Servicio de información artillera; f) muchas columnas de pontoneros y otras unidades de mantenimiento.”

De este parte se infiere que las principales grandes unidades del 4º ejército de tanques, es decir, el 4º cuerpo de ejército y el 48 cuerpo de tanques, así como la 29 división motorizada, fueron cercadas, aniquiladas en parte y en parte hechas prisioneras.

92

Los colegas de Manstein confirman también estos hechos. Veamos por ejemplo lo que dice al respecto Doerr: “El flanco derecho del 4º ejército de tanques (el 4º cuerpo de ejército), debido a la amenaza a su flanco meridional, tuvo que replegarse; el Estado Mayor del ejército, que se encontraba en Verjni Tsarítsinski, fue atacado la mañana del 21 de noviembre por los tanques rusos y tuvo que trasladarse a Buzínovka. Después recibió una nueva misión y fue desplazado más atrás. El 6º ejército se hizo cargo del mando de las tropas que constituían el 4º ejército de tanques (el 4º cuerpo de ejército, reforzado, y la 29 división motorizada)”²¹.

Poco antes, Doerr nos dice que el 48 cuerpo de tanques del 4º ejército de tanques se subordinó al 6º ejército.

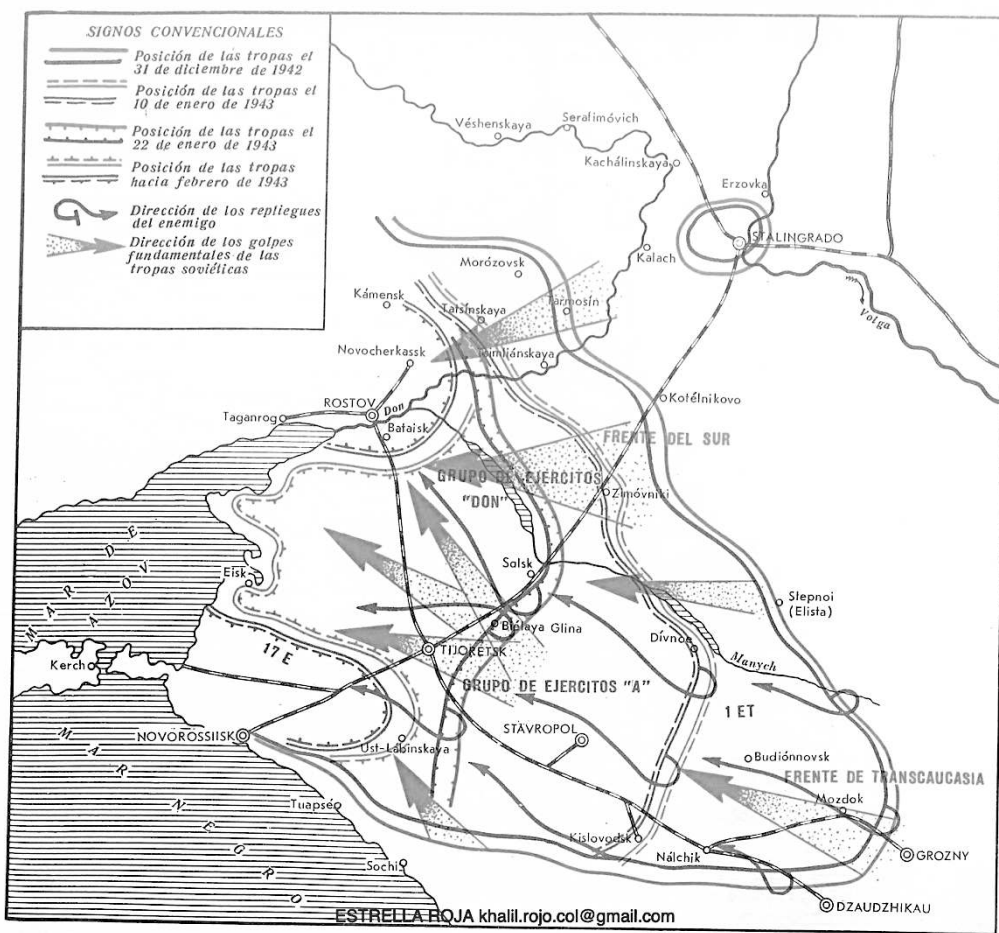
Así, pues, resulta, que en realidad no fue cercado solamente el mando del 4º ejército de tanques, sino que lo fueron asimismo todas sus unidades.

En cuanto al número de los cercados, vemos que en Stalingrado había más de dos ejércitos completos. Según las plantillas de aquella época, los ejércitos fascistas alemanes estaban integrados por tres cuerpos, con tres divisiones cada uno (en total nueve divisiones). A veces, el ejército lo componían cuatro cuerpos, es decir, doce divisiones (la división alemana tenía entonces 10.000 hombres). Si tomamos esa

²¹ Doerr H., *Campaña de Stalingrado*, Voensizdal, pág. 72, Moscú. 1957,

cifra como la máxima de las unidades de un ejército y consideramos que estaba compuesto de cuatro cuerpos, resulta que tenía 120 mil hombres. Además, hay que sumar a esto las unidades de refuerzo, de 10.000 a 15.000 hombres, lo que arroja un total de 130.000 a 140.000. Por consiguiente dos ejércitos tenían de 260 a 280 mil hombres. Sin embargo, es bien sabido que los cercados fueron 330.000. Es claro que allí no había solamente dos ejércitos, sino también muchas unidades de refuerzo de la Reserva del Mando Supremo. Esto no impide que los “investigadores objetivos” del tipo de Manstein consideren que fue cercado sólo un ejército.

93



94

Volvamos a la “crítica” que Manstein hace a Hitler. Hay que decir que Manstein relaciona todos los fracasos de la Wehrmacht fascista con equivocaciones y errores de Hitler, atribuyéndose a sí mismo, salvo raras excepciones, todos los éxitos.

Es imposible enumerar aquí todos los reproches que Manstein dirige a Hitler; no

hubiera estado mal que se los hubiera hecho en vida. Diremos solamente que, en su afán de desacreditar a su ex ídolo, llega a extremos ridículos. Por ejemplo, en la página 323 reprocha severamente a Hitler que concentrara en la dirección del golpe principal sobre Stalingrado tropas alemanas escogidas, dejando en los flancos unidades de sus aliados, que cedían en mucho a las hitlerianas. Manstein da a entender que hubiera sido mejor hacer lo contrario, (Por cierto, cuando Hoth inició el ataque para romper el bloqueo en las cercanías de Kotélnikovo, Manstein hizo lo mismo que Hitler). Citaremos ahora la “crítica” de Manstein:

“La segunda equivocación, mucho más grave todavía, consistió en que Hitler obligó al grupo de ejércitos “B” a que emplease su fuerza de choque principal, el 6º ejército y el 4º ejército de tanques, en los combates en la región de Stalingrado y en la ciudad misma, mientras que la protección del flanco norte de este grupo en la ribera del Don, muy extendido hacia el Norte, se confió al 3º ejército rumano, a un ejército italiano y a otro húngaro, y en la región de Vorónezh, al débil 2º ejército alemán. Hitler debía saber que los ejércitos aliados no podrían contener una ofensiva soviética seria ni aun organizando la defensa a lo largo del Don. Lo dicho atañe también al 4º ejército rumano, al cual le encomendó la protección del flanco derecho, descubierto, del 4º ejército de tanques”.

Veamos ahora lo que dice de) ataque de Hoth (pág. 361):

94

"...el cuerpo (el 57 de tanques. — *A.E.*) inició el 12, de diciembre la ofensiva sobre Stalingrado. Protegían sus flancos, al este, del lado del Volga, el 7º cuerpo de ejército rumano y, al oeste, del lado del Don, el 6º cuerpo de ejército rumano”.

Resulta lo que en el refrán de los antiguos: “Lo que se le permite a Júpiter, no se le permite al buey”.

Por otra parte, Manstein no se olvida de recordar las alabanzas que Hitler le prodigara y cita su telegrama con motivo de la toma de Sebastopol por las tropas fascistas alemanas.

Señalaremos, de pasada, que muchas consideraciones de Manstein, ofensivas para los ex aliados de Alemania —por ejemplo cuando dice que “jugaron una mala pasada” a los alemanes al no retener sus posiciones en los flancos—, se vuelven contra él. Por cuanto los hitlerianos no cumplieron sus compromisos con los satélites, por cuanto no tomaron Stalingrado ni en verano, como habían prometido, ni en invierno, queda por averiguar quién “jugó una mala pasada” a quién. Lo más seguro es que los hitlerianos la jugaran a sus aliados:

Habría que decir que la capacidad combativa de las tropas de los países satélites, muy inferior a la de los alemanes, tenía sus razones. En primer lugar, no cabe duda de que la propaganda de Goebbels no había entontecido a los soldados rumanos, húngaros e italianos tanto como a los alemanes y, por eso, aquéllos no ponían mucho celo en una guerra que se hacía por intereses que les eran ajenos. Además, el Mando hitleriano aplicaba en relación con ellos una política discriminatoria, que hería su dignidad nacional.

He aquí algunos documentos capturados por las tropas del frente de Stalingrado en septiembre de 1942, durante nuestro contraataque en Sadóvoie. Este perseguía el fin de preparar las posiciones de partida para el contraataque y de apartar de Stalingrado fuerzas enemigas²².

95

Un tal Axente Crenga, de la 4ª división de infantería rumana, informó el 20 de agosto de 1942 a sus superiores de que, “el 16 de agosto de 1942, los soldados alemanes, al pasar por las aldeas Pimen-Cherni y Dargánov, se llevaron el tractor que accionaba el molino de Dargánov, como así también 110 panes cocidos para los sóida dos de la división... El 18 de agosto, unos alemanes se llevaron dos vacas de la unidad de sanidad de la división, amenazando con las armas a los soldados que cuidaban las reses. Pido que investiguen el hecho e informen al Mando Supremo, para que no se repitan casos semejantes”.

El mismo Crenga comunicaba el 21 de agosto: “Tengo el honor de poner en su conocimiento que en la estación de Zhúkov se halla un depósito que suministra solamente a las unidades alemanas. Hay en él gasolina, víveres, harina, balas de heno, trigo y municiones. Por otra parte, nosotros nos vemos obligados a recibir las municiones en Remontni, a 130 *km* de aquí, y la harina, en Komarovsk (también a 130 *km*). En lo referente a las vituallas, hemos pasado sin suministro ocho días de agosto, y el 21, nos dieron tan sólo media ración”.

Podríamos citar también el testimonio del mariscal italiano Giovanni Messe, jefe del cuerpo expedicionario italiano, que después formó parte del 8º ejército italiano (véase su libro *La Guerra al Fronte Russo*. Rirrolí Editore).

El mariscal Messe testimonia irrefutablemente en varios pasajes que el mando fascista alemán hería brutalmente en su dignidad nacional a los italianos; el cap. XXII, por ejemplo, lleva el inequívoco encabezamiento: *Injusta e inoportuna intervención del mando alemán*. Dice Messe en este capítulo que el Mando del grupo de ejércitos “B” subordinó, sin consultar siquiera, varias unidades del 8º ejército italiano al del 17 cuerpo de ejército alemán, temiendo que de seguir encuadradas en su ejército no pudieran resistir la presión de las tropas soviéticas.

96

En la página 257, Messe explica: “En esta inesperada injerencia del Alto Mando alemán era clara la intención de privar a los generales italianos del ejercicio del mando en la batalla defensiva. Esto evidenciaba la soberbia y presunción de los alemanes, que consideraban que el marcial aspecto de un general alemán y su “insuperable” arte bélico eran más que suficientes para poner orden en lodo y cortar la retirada de nuestras divisiones. En el año que pasé en el frente Oriental fui testigo muchas veces de la insolente injerencia del mando alemán en los asuntos de las unidades rumanas y húngaras: en enero (año 1942, — *A.E.*), en Jzium, el jefe de

²² En esa época, el autor del libro mandaba el Frente de Stalingrado. —*N. de la Edit.*

una división rumana fue sustituido en plena batalla por un general alemán”²³.

Estos hechos permiten ver, en cierta medida, la atmósfera de desconfianza, de enemistad y de menosprecio de la dignidad nacional de los “aliados” que reinaba en las relaciones entre los hitlerianos y las tropas de los países satélites. En semejante situación hubiera sido absurdo esperar que los últimos tuvieran una elevada moral de combate.

Es muy elocuente que, cuando las tropas rumanas volvieron las armas contra el tradicional enemigo de su pueblo, el militarismo alemán, dieran pruebas de gran valentía, de heroísmo y de iniciativa.

Diremos de pasada que la tendencia a echar la culpa de sus propios errores y derrotas a los “aliados” está muy en boga en la historiografía alemano-occidental. El coronel general Friessner, ex Comandante en jefe de la agrupación “Sur”, quiere demostrar en su libro titulado pretensiosamente *Batallas perdidas debido a la traición*,²⁴ que la catastrófica derrota de las tropas alemanas en Rumania y en Hungría se debió a la “traición de los aliados”. Habría que preguntarle, ¿y por casa, cómo andamos?

97

Manstein hace continuamente en su libro afirmaciones gratuitas. Declara, por ejemplo, que el contraataque soviético en Stalingrado no fue una sorpresa para los alemanes, ya que Antonescu estaba al tanto de los preparativos y lo comunicó al Estado Mayor General alemán. Eso es mentira.

Veamos las declaraciones que hizo ante el Tribunal Internacional el ex coronel general Jodl, quien, como es sabido, estaba muy al corriente de todos los asuntos del Estado Mayor Central alemán: “Pasó completamente desapercibida para nosotros la concentración de importantes fuerzas rusas en el flanco del 6º ejército (en el Don). No teníamos idea alguna acerca de los efectivos de las tropas rusas de ese sector. Antes, allí no había nada, pero de súbito sufrimos un ataque muy fuerte, que tuvo una importancia decisiva”.

Merece la pena dar a conocer un detalle que caracteriza a Manstein como hombre y como soldado. Nos referimos a su justificación de por qué no estuvo en la “caldera” y no se entrevistó con Paulus. Veamos lo que dice: “... Yo había decidido partir en avión hacia la “caldera”, para hablar con Paulus. Sin embargo, los insistentes ruegos de mi jefe de Estado Mayor y de mi jefe de operaciones me hicieron desistir del viaje. El mal tiempo hubiera podido retenerme en la “caldera” dos días o tal vez más. Pero no podía ausentarme por ese plazo debido a la tensa situación reinante en los otros ejércitos y a la necesidad de defender en el OKH los puntos de vista del grupo de ejércitos...”

Si tenemos en cuenta que el 6º ejército (o formaban dos ejércitos, que constituía más de la mitad de los efectivos del grupo “Don” y se hallaba, indudablemente, en la

²³ Messe G., *Der Krieg im Oslen* Thomas-Verlag, Zürich, 1948, S.257-258.

²⁴ Friessner H., *Verratene Schlachten*, Holsten-Verlag, Hamburg, 1956.

situación más crítica, comprenderemos que si Manstein renunció a entrevistarse con Paulus y a aclarar personalmente la situación, lo hizo, seguramente, por cobardía.

98

A un oficial soviético le es difícil comprender cómo un militar puede permitirse ese menosprecio señorial hacia sus tropas en situación apurada, en lugar de hacer lo posible por visitarlas personalmente. Es inútil por eso que el mariscal de campo retirado trate de presentarse al lector como un "caballero sin tacha", pues nadie le creerá.

En el libro de Manstein podríamos encontrar muchos pasajes más en los que tergiversa desfachatamente los hechos. Pero lo citado es más que suficiente para hacerse una idea de cómo falsifican la historia los jefes militares hitlerianos, esos cosechadores de derrotas.

Resumiendo todo lo que hemos dicho, podemos afirmar que no se trata tan sólo de algún que otro embuste, sino que todo el libro es una falsificación, y si encontramos alguna descripción verídica de los hechos, ni siquiera en tales casos se sacan conclusiones correctas.

Capítulo IV

Las decisiones “fatales” de Hitler y los consejos “salvadores” de sus generales

A fines de 1956 apareció en Nueva York el libro *Decisiones fatales*¹, escrito por un grupo de generales del ejército fascista alemán por encargo y bajo la dirección del Pentágono. Fue promotor de esa idea el conocido general norteamericano Marshall, “historiador principal del teatro europeo de operaciones militares”. El libro comienza con una introducción de Marshall, quien viene a decir que, al pedir a los generales alemanes que redactasen sus memorias, había creado un nuevo método de escribir la historia de la guerra. Al mismo tiempo, asegura al lector que sus protegidos son objetivos y que si tergiversan a veces los hechos es tan sólo por falta de memoria, cosa propia de todo ser humano y, por consiguiente, de los jefes militares. Otra de las razones de una serie de “inexactitudes” la ve Marshall en que los altos generales alemanes saben perfectamente como actúan las pequeñas unidades e insuficientemente como lo hacen las grandes. Esta explicación tiene más de ingeniosa que de seria.

En cuanto al método del general Marshall, es más erróneo que nuevo², ya que no tiene por fin esclarecer la verdad, sino ofrecer posibilidades ilimitadas de falsificar la historia. En el libro se han reflejado claramente dos tendencias: de una parte, la influencia de los norteamericanos, que han cuidado con celo de que no figuraran hechos que pudieran desprestigiar al ejército norteamericano y a su mando; de otra parte, los autores del libro han hecho todo lo posible para justificarse a sí mismos y a todo el generalato alemán. Siguiendo la tradición establecida, echan toda la culpa de las equivocaciones, errores y crímenes cometidos a Hitler y a sus ayudantes inmediatos, Goering, Keitel y Jodl. Por lo visto, recuerdan eso de que “los muertos pueden cargar con lodo”.

100

Llama la atención que Marshall asegure muy serio al lector que “en este caso se trata de un libro en el cual se analizan minuciosamente los motivos del fracaso de la más temeraria de las agresiones de los últimos tiempos.... Los siete generales que

¹ *Decisiones fatales*, Voenizdat, M., 1958.

² El escritor inglés Liddell Harl, en su libro *Del otro lado de la colina*, editado en 1958, utilizó ampliamente declaraciones de generales alemanes prisioneros, entre los cuales se hallaban el mariscal de campo Rundstedt y los generales Manteuffel, Student y otros.

han escrito esta obra conocen la historia de la segunda guerra mundial mucho mejor que los demás alemanes”.

Es sabido cuán amigos de la publicidad son los norteamericanos, y eso explica el estrepitoso elogio del libro, de sus autores y de) “nuevo método de escribir la historia”. En realidad, este "nuevo método" no es más que uno de tantos medios de falsificar la historia, un medio muy conveniente, pues son manos ajenas las que cumplen esa inmundada labor.

Sin embargo, Marshall se ve obligado a confesar que sus protegidos inculpan de todo a Hitler y tratan de justificarse; por eso señala que “si la opinión de Hitler era determinante en el Consejo Militar, se debía únicamente a que la mayoría de los militares profesionales le apoyaba y aceptaba sus decisiones”.

Marshall considera que la causa principal de la derrota de la Alemania fascista fue que al hitlerismo “le era inherente el afán de usurpar más de lo que era posible”. El general norteamericano está tan lejos como sus colaboradores, los ex generales fascistas, de hacer un análisis correcto de las causas de la derrota del hitlerismo. Marshall dice: “En las batallas por Inglaterra, El-Alamein, Stalingrado, Moscú, Normandía y Ardenes, los alemanes sufrieron) una grave derrota, debida no tanto a la resistencia de los que se alzaron contra Hitler, como a la excesiva extensión de la línea del frente. Si una persona ingiere más de lo que puede digerir, no sufrirá más que hipo, pero, en el campo de batalla, el apetito inmoderado lleva a la catástrofe”. Más adelante, observa: “Al meditar en torno a la agresión, lo consuela a uno que ella misma origina siempre su contraveneno”.

101

Por lo tanto, se minimiza la importancia de la lucha prolongada, dura y sangrienta que sostuvieron contra la. agresión fascista los pueblos de la coalición antihitleriana. Además, se trata de adormecer la vigilancia de los pueblos frente a los agresores del presente y del futuro.

Sin embargo, los pueblos de la tierra se van convenciendo cada vez más de que el verdadero antídoto de la agresión está en su propia lucha activa contra las maní obras de los incendiarios de una nueva guerra y en acrecentar el poderío de los países del campo socialista, campo de la paz.

El libro *Decisiones fatales* lo componen siete artículos, en cada uno de los cuales se habla de las más importantes derrotas de la Wehrmacht. Todos ellos tienen un denominador común: la intención de ocultar las verdaderas causas de las derrotas y de atribuir éstas a “decisiones fatales” del Führer.

Nos detendremos tan sólo en las partes del libro en que se habla de las acciones en el frente sovieto-germano, particularmente en los artículos del general Blumentritt, *La batalla de Moscú*, y del general Zeitzler, *La batalla de Stalingrado*. De paso nos referiremos a los capítulos escritos por el general Westphal, que en el libro hace de comentarista y es autor de los capítulos que dan unidad a la obra.

Como muchos de sus colegas, Blumentritt acusa en su artículo a Hitler de haber desencadenado la guerra contra la URSS, fatal para Alemania, y, por otra parte,

prodiga a Hitler a desatar la agresión.

102

Blumentritt no puede resistir la tentación de filosofar con respecto a la enigmática alma rusa y dedica a sabihondas reflexiones todo un capítulo, *Rusia* y los *rusos*. Al principio expresa algunas ideas sensatas, particularmente cuando dice que es mejor sobreestimar las fuerzas enemigas que subestimarlas y cuando habla de la firmeza del soldado soviético. Blumentritt tiene un elevado concepto de la capacidad de los soviéticos para guardar sagradamente los secretos de Estado y militares. Sin embargo, sus demás razonamientos persiguen el fin de desacreditar al Ejército Soviético y revelan, a veces, la ignorancia más crasa.

En el capítulo *Plan* estratégico, Blumentritt se ve obligado a confesar que las “divergencias” entre Hitler y parte del generalato guardaban únicamente relación con los métodos de hacer la guerra y no con sus objetivos. Así lo evidencian las declaraciones del mariscal de campo Rundstedt, que Blumentritt cita, por lo visto, con el fin de demostrar la oposición del generalato a la aventura hitleriana, pues lo único que de ellas se desprende es que Rundstedt estaba de acuerdo con Hitler en lo principal, en la necesidad de la agresión, pero recomendaba que no se proyectase como una guerra relámpago, sino como una contienda de larga duración,

Más adelante, al citar diversas variantes del plan estratégico de ataque a la URSS, comprendida la suya³ Blumentritt trata de convencer al lector de que la adopción de la más acertada hubiera reportado la victoria a la Alemania hitleriana o, en último caso, la hubiera salvado « de la catástrofe. Pero la realidad es que la Alemania fascista hubiera sido derrotada aun con la variante óptima. En el capítulo *Los mandos del grupo de ejércitos "Centro"*, Blumentritt presenta a generales hitlerianos que perpetraron muchos crímenes graves como a soldados excelentes, audaces, talentosos y abnegados; es sobre todo halagüeña la semblanza que traza de su jefe inmediato, el mariscal de campo von Kluge, a cuyo mando se hallaba el 4º ejército. Sí, entre bueyes no hay cornadas.

103

En los capítulos que tratan de la agrupación que debía desplegar la ofensiva en el frente Oriental, Blumentritt rebaja mucho, sin escrúpulo alguno, sus efectivos y armas pesadas.

Al hablar del período inicial de la guerra, Blumentritt se ve obligado a confesar que la inmensa mayoría de las tropas soviéticas rodeadas rompían el cerco. Esto, dicho sea de paso, refuta las colosales cifras de prisioneros de guerra soviéticos inventadas por Blumentritt.

En el artículo se reconoce también, aunque muy veladamente, que las tropas soviéticas defendieron firmemente sus posiciones en el Berezíná y en las cercanías de Smolensk. Sin embargo, en el capítulo *La batalla de Smolensk*, Blumentritt

³ En sus rasgos principales, la variante de Blumentritt coincide con la de Guderian, quien estimaba que en 1941 las acciones hubieran debido quedar limitadas a las direcciones de Leningrado y central, sin intentar adueñarse del Sur.

afirma que la ciudad fue tomada el 10 de julio. Con ello contradice, por ejemplo, a Guderian, a cuyas órdenes se hallaba la 29 división, que ocupó la parte meridional de la urbe. Guderian dice que eso no ocurrió hasta el 16 de julio. En realidad, como hemos dicho anteriormente, eso tampoco es cierto.

Semejantes “errores” dan una idea de cómo presentan las cosas los historiadores de pacotilla germano-occidentales.

En el mismo capítulo, Blumentritt repite la vieja y falsa cantilena de que faltaban tropas, Observa: “Cuando digo que nuestra línea defensiva era poco densa, no exagero. La división defendía un sector de unos 30 *km* de frente”. Demos por cierta esta afirmación de Blumentritt, pero ¿acaso esa densidad de la línea no ofrecía bastantes seguridades? Hay que tener en cuenta que las tropas soviéticas no podían llevar a cabo en ese período acciones ofensivas en un amplio frente y sólo contraatacaban en sectores estrechos o en alguna dirección limitada. Por eso el enemigo podía maniobrar libremente en anchura, partiendo de los sectores exentos de peligro. Señalaremos que, en el período inicial de la guerra, las divisiones soviéticas se vieron obligadas a defender sectores de 70 y hasta 100 *km* de frente contando con muchos menos efectivos y mucho menos material que las unidades hitlerianas.

104

Blumentritt exagera un poco la importancia de las discrepancias de carácter estratégico surgidas en el Mando de la Wehrmacht a fines de julio y comienzos de agosto de 1941. Según él, esas divergencias fueron la causa de que casi todas las tropas hitlerianas del Frente Oriental permanecieran inactivas. En realidad, no hubo pausa operativa alguna, y si el ritmo del avance de las tropas hitlerianas disminuyó entonces, fue porque aumentó la resistencia opuesta por el Ejército Soviético.

No podemos menos de señalar que Blumentritt describió con mucha viveza el cambio en la moral de las tropas fascistas en el período de la batalla de Moscú. En octubre de 1941, antes de la ofensiva sobre Moscú, el entusiasmo de las tropas alemanas era grande. Pero en noviembre, cuando fueron rechazadas de la capital soviética, comprendieron que no verían ni una victoria fácil ni Moscú.

Blumentritt odia terriblemente el clima de Rusia. Sobre todo en otoño. ¡Según el general, los fracasos del ejército alemán se debieron al pésimo estado de los caminos durante el otoño! “Todo el territorio del país —dice— lo cubre un barro pegajoso por el que es imposible marchar. El infante resbala en los encharcados caminos. Para arrastrar las piezas de artillería se necesitan muchos caballos. Todos los vehículos se atascan profundamente en el espeso barro. Hasta los tractores avanzan con suma dificultad. Gran número de piezas de artillería pesada quedaron atolladas en los caminos y por eso no se emplearon en la batalla de Moscú. Los tanques y otros vehículos con orugas solían hundirse también en el fango”.

105

Huelga decir que esa descripción de los caminos en otoño peca de exagerada.

Blumentritt considera que otras causas de los fracasos de las tropas alemanas en

Moscú, a las cuales les dedica mucho menos espacio que a la descripción del “barro y los malos caminos”, fueron las acciones de los tanques soviéticos T-34, y el hecho de que “el europeo civilizado (Blumentritt considera como tal al soldado hitleriano. —A.E.) es inferior en muchos aspectos al hombre de Oriente, más fuerte y templado por su contacto directo con la naturaleza”.

¡Cuán lejos está este jefe de Estado Mayor retirado de aquilatar' correctamente las causas que motivaron la derrota de las tropas hitlerianas!

Cierto que, a veces, el general dice la verdad. Al referirse al fracaso de la ofensiva alemana de noviembre sobre Moscú, Blumentritt confiesa que “...la esperanza de hacer salir a Rusia de la guerra en el año 1941 se vino abajo en el último instante.

Era importante en aquel momento que los dirigentes políticos de Alemania comprendieran que los días de la guerra relámpago habían terminado. Teníamos en frente un ejército cuya capacidad combativa superaba en mucho la de todos los demás ejércitos con que hasta entonces habíamos chocado en el campo de batalla” (pág. 98).

Más adelante, al detenerse a analizar los motivos del éxito del contraataque soviético de noviembre, Blumentritt describe con los tintes más sombríos cuán difícil les fue a los alemanes, a diferencia de los soviéticos, soportar el invierno ruso. Por cierto, dedica a esto mayor espacio que a la marcha misma de los acontecimientos. Al hablar del fracaso de los planes de Hitler, Blumentritt exagera premeditadamente el papel de las condiciones climatológicas.

El fin principal que persigue el artículo de Zeitzler, *La batalla de Stalingrado*, es demostrar que la catástrofe que sufrieron las tropas fascistas alemanas en la ciudad del Volga se debió a)a absurda terquedad de Hitler y de sus consejeros militares inmediatos, entre ellos Jodl y Keitel, que no quisieron tomar en consideración “las fundamentadas propuestas, dimanantes de la situación imperante, presentadas por el jefe del Estado Mayor General de las tropas terrestres”, es decir el propio Zeitzler.

106

Distínguese el artículo de Zeitzler por el autobombo que se da el autor. Según él, lo sabía todo de antemano. Resulta que, apenas hubo asumido el cargo de jefe de Estado Mayor, o sea, a fines de septiembre de 1942, se hizo evidente para él que los soviéticos preparaban la ofensiva en Stalingrado. Previo tan bien, por lo que dice, la evolución de los acontecimientos, que propuso inmediatamente a Hitler el “camino más eficaz y cardinal” para salvar la agrupación de tropas alemanas: “retirar las tropas del frente de Stalingrado hacia el oeste con objeto de acortar el peligroso flanco izquierdo y dejar disponible gran número de divisiones..

Zeitzler considera que ese repliegue habría podido garantizar a los alemanes el triunfo de toda la campaña de 1942. ¿Cómo se puede establecer si Zeitzler no miente cuando afirma que comunicó confidencialmente a Hitler sus consideraciones estratégicas? Zeitzler “olvidó” señalar, para no dejar cabos sueltos, la fecha de su informe y no menciona testigos. (Es muy posible que su propuesta la inventara en sus ratos de ocio, cuando era prisionero de los norteamericanos).

Pero imaginémosnos que Zeitzler hubiera hecho en realidad tal sugerencia, admitamos que Hitler la hubiera aceptado y que las tropas fascistas alemanas hubieran recibido a comienzos de noviembre la orden de abandonar sus posiciones en las cercanías de Stalingrado, logradas a costa de grandes pérdidas, como resultado de toda la campaña de verano de 1942, y hubieran pasado, pongamos por caso, a la línea Véshenskaia-Kotélnikovo-Stepnói (la mejor de las líneas defensivas posibles). Un repliegue similar hubiera acortado unos 200 *km* el frente general, que se extendía sobre más de 2.500 *km* (longitud total del frente soviético-germano en otoño del año 1942). Eso hubiera aliviado la situación del grupo de ejércitos “B”, pero, en cambio hubiera puesto en peligro de sufrir una catástrofe al grupo de ejércitos “A”, dislocado en el Cáucaso. Su flanco norte se habría hallado expuesto a un golpe de las tropas soviéticas. Por otra parte, esa maniobra habría dejado las manos libres a las tropas de dos frentes soviéticos, el del Don y el de Stalingrado: el frente de Don habría podido actuar contra la agrupación enemiga en retirada, y el de Stalingrado, atacar a discreción en dirección sur, hacia el Donbás, Rostov y Salsk, sobre el flanco y la retaguardia del grupo de ejércitos “A” (agrupación enemiga del Cáucaso). Eso habría cerrado el “gollete de Rostov”, único camino por el que podía replegarse el grupo de ejércitos “A”. En conclusión, las tropas del frente de Stalingrado, junto con las del frente de Transcaucasia, habrían presionado a los dos ejércitos hacia el Mar de Azov, decidiendo con ello su suerte.

Basta mirar el mapa (esquema N° 3) para ver que las tropas de los frentes del Don y de Stalingrado se hallaban a unos 200 ó 300 *km* de Rostov, mientras que las del grupo de ejércitos “A” debían cubrir de 650 a 700 *km* para dejar atrás Rostov y llegar al campo de operaciones. Por lo tanto, aunque el plan de Zeitzler mejorara hasta cierto punto la situación del grupo de ejércitos “B”, estaba preñado de consecuencias catastróficas para el grupo de ejércitos “A”.

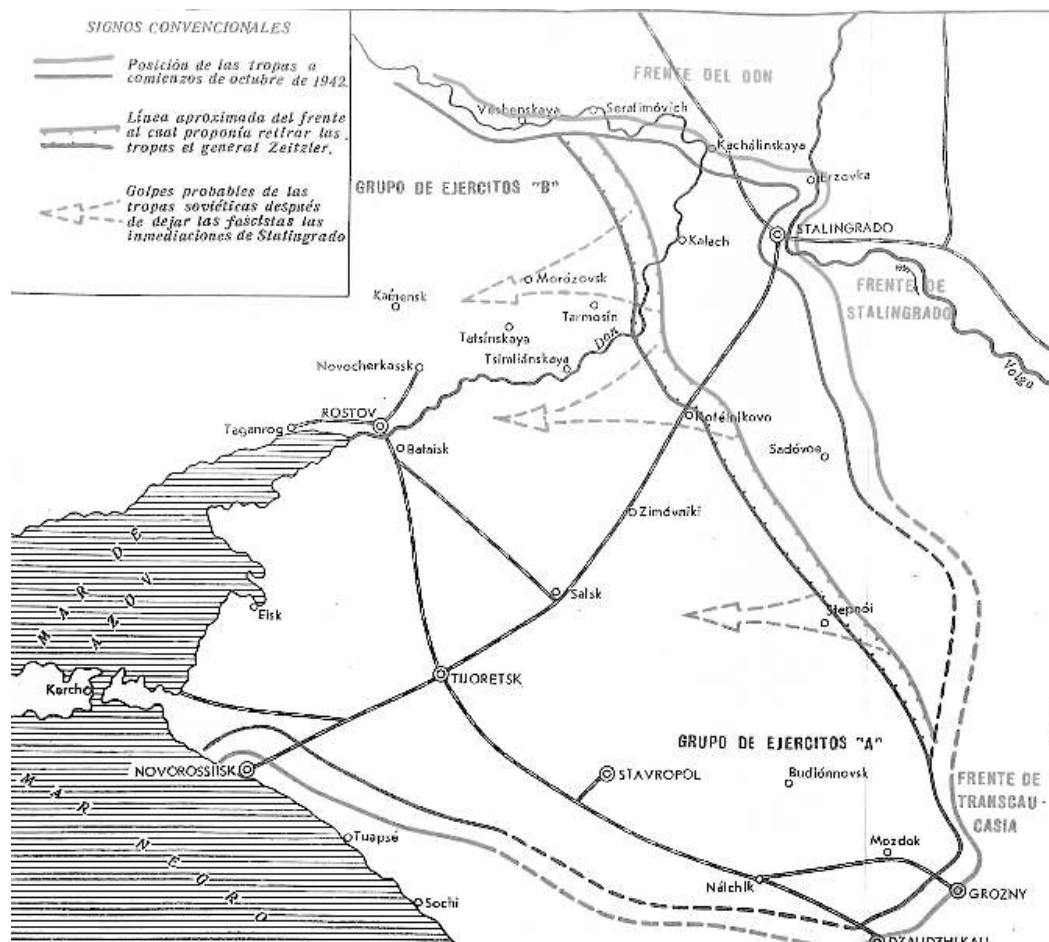
Zeitzler propone otras dos variantes de “salvación” de la agrupación stalingradense. La primera, él mismo la considera infundada. De la segunda, dice lo siguiente: “Se suponía que mantendríamos nuestras posiciones en Stalingrado durante cierto tiempo. Después de tomar las medidas necesarias, abandonaríamos la ciudad en vísperas del contraataque de las tropas soviéticas”.

108

Esta variante se basa, por consiguiente, en la falsa premisa de que el Mando hitleriano se enterara de todo a su debido tiempo. De lo que Zeitzler mismo dice en otro pasaje del libro se infiere que en el Estado Mayor General de las tropas terrestres se suponía posible un contraataque soviético, pero no se tenía idea exacta ni del lugar ni del tiempo en que había de comenzar. En realidad, el Mando hitleriano no logró adivinar nuestros planes, como lo de muestran, por ejemplo, las declaraciones de Jodl en el proceso de Núremberg, citadas en el capítulo dedicado a Manstein. Es muy elocuente el hecho de que para el enemigo fueran absolutamente inesperadas las acciones de la brigada de infantería de marina que emprendió el ataque el 20 de noviembre de 1942, antes de que empezara la preparación artillera, y

logró romper la defensa alemana. Incluso el 20 de noviembre, después de haber comenzado las acciones ofensivas de los frentes Sudoccidental y del Don, las unidades de primera línea del ejército hitleriano no sospechaban nuestros ataques. El mismo Zeitzler escribe en la pág. 170: "El cuerpo de tanques “H”, que se preparaba para el contraataque, fue atacado él mismo por los tanques de vanguardia rusos”. Resulta un verdadero galimatías. Por una parte, Zeitzler asegura al lector que los hitlerianos se habían enterado de todo lo referente a nuestro contraataque un mes y medio antes de su comienzo y, por otra, le dice que un cuerpo de tanques alemán que se hallaba en la retaguardia no tuvo tiempo de desplegar en orden de combate y fue atacado por los soviéticos. El ex jefe del Estado Mayor General no da pie con bola.

A propósito, en el libro del general Doerr, del cual trataremos más adelante, se describen minuciosamente las acciones del cuerpo “H” (cuerpo de tanques formado precipitadamente). Los relatos, más o menos exactos, de Doerr permiten sacar la siguiente conclusión: el mando del grupo de ejércitos "B" y el Cuartel General hitleriano, en virtud de cuyas órdenes el cuerpo de tanques era lanzado de acá para allá, no esperaban en modo alguno nuestro contraataque, y el cuerpo era una simple unidad de reserva y no estaba destinado especialmente, ni mucho menos, a detener nuestro golpe. No cabe duda de que el Mando de las tropas Fascistas que debían rechazar nuestros ataques no estaba preparado para ello.



El consejo "salvador" más importante que Zeitzler dio a Hitler Fue el plan de retirada de la agrupación alemana después del ataque iniciado el 20 de noviembre, al sur de Stalingrado, por las tropas soviéticas de dicho Frente. En la página 176, Zeitzler dice: "Abrigaba yo la esperanza de que si presentaba a Hitler los datos reales de la situación y conclusiones basadas en el análisis de la misma, lograría persuadirle de que retirara el 6º ejército".

El artículo de Zeitzler no expone claramente la argumentación de la propuesta. No cita dato alguno acerca de la verdadera situación. Y no es por casualidad, pues los hechos y el análisis de la situación llevan a conclusiones diametralmente opuestas a las que Zeitzler pretende imponer al lector.

Imaginémonos la realización del plan de Zeitzler sin omitir los detalles, que tienen en este caso importancia decisiva.

¿Cuándo hubiera podido adoptar Hitler la decisión de retirar la agrupación

stalingradense? Después de ver clara la situación en este sector, es decir, después del comienzo de la ofensiva de las tropas soviéticas del frente de Stalingrado el 20 de noviembre por la tarde. El 21 de noviembre, los ejércitos hubieran recibido la orden de retirada. Para dictar las órdenes correspondientes a los cuerpos de ejército y divisiones y para desplazar las tropas a la línea más cercana posible al otro lado del Don, al sector Kalach-Tsimliánskaia, se hubieran necesitado, por lo menos, cuatro o cinco días. Por consiguiente, el simple cálculo del tiempo demuestra que el repliegue no hubiera podido efectuarse, en el mejor de los casos, antes del 25 ó 26 de noviembre. Pero, como es sabido, el cerco era ya un hecho el 22 de noviembre, El mismo Zeitzler nos lo dice en la página 178.

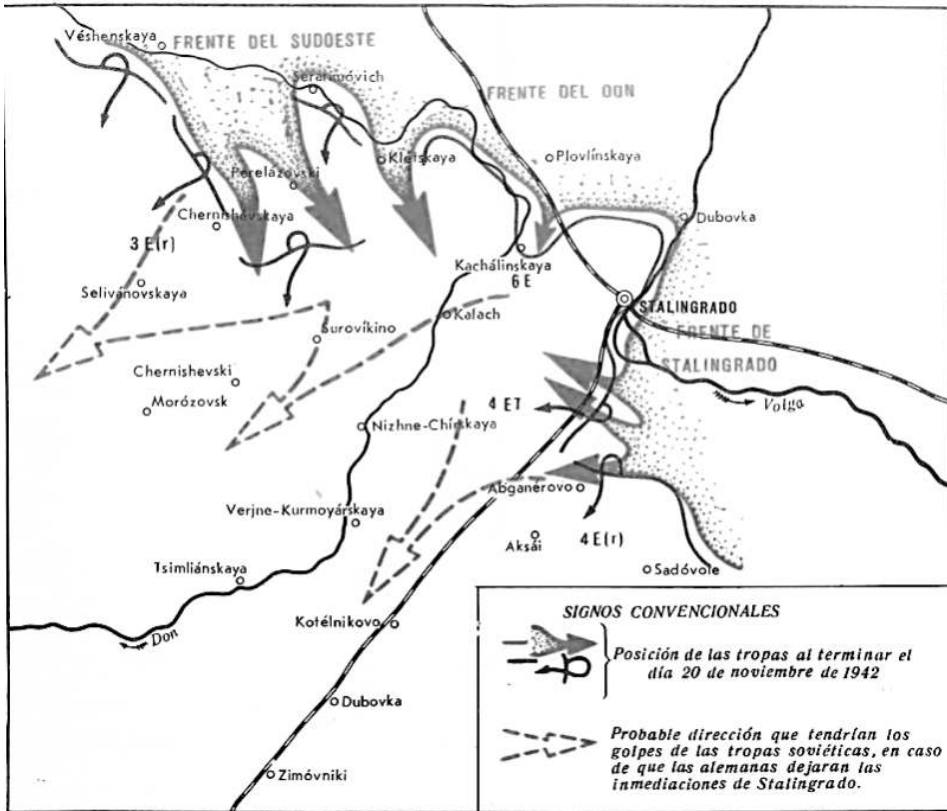
110

Imaginémonos ahora en qué situación se hallarían las tropas del 6º ejército y del 4º ejército de tanques, “salvadas” por Zeitzler. Se las hubiera cercado de todas maneras, con la única diferencia de que hubiera sido en el preciso instante en que empezaran a abandonar sus viejas posiciones. En este caso las consecuencias de la catástrofe de Stalingrado quizás hubieran sido mucho más lamentables para el ejército fascista alemán.

Tres frentes soviéticos, desarrollando la ofensiva, hubieran aniquilado ya en noviembre de 1942 al 6º ejército y al 4º ejército de tanques y hubieran podido alcanzar muchísimo antes el Donbás y Rostov, lo que habría conducido al cerco de las unidades de los ejércitos de tanques 17 y 1^{er} (grupo de ejércitos “A”; esquema N° 4).

Por consiguiente, podemos afirmar que si Hitler hubiera seguido los consejos de Zeitzler, las tropas alemanas se hubieran visto en el invierno de 1942-43 en una situación mucho más difícil todavía.

Zeitzler pinta con bastante viveza la canibalesca imagen de Hitler. Dice que el Führer condenó a muerte a centenares de miles de hombres, con plena conciencia de lo que hacía, y que para Hitler y su camarilla no había nada sagrado. Lógicamente, uno se pregunta: ¿por qué Zeitzler, siendo “fiel a los intereses del pueblo alemán”, seguía ocupando el puesto de jefe de Estado Mayor General y ayudando a Hitler a cometer crímenes monstruosos? La respuesta es bien sencilla. Porque él era también un nazi furibundo y compartía plenamente las doctrinas misantrópicas del nacionalsocialismo. Era ejecutor de las órdenes de Hitler, y sobre su conciencia pesan graves delitos. Por eso aprovecha la tribuna que le ofrecen los norteamericanos para renegar de sus cofrades en el crimen y para intentar convencer al lector de que “hizo lo posible por salvar al 6º ejército”.



111

No tiene sentido analizar todas las patrañas del falsificador Westphal, que aparece en el libro como el más declarado enemigo de la Unión Soviética y de los países del campo socialista. No se detiene ni ante el más burdo amaño de los hechos para minimizar el papel jugado por el pueblo soviético en la victoria sobre la Alemania fascista y para hiperbolizar el desempeñado por las potencias occidentales. Ese es el fin que persigue al afirmar que los suministros norteamericanos tuvieron una importancia “enorme” para el Ejército Soviético y que la apertura del segundo frente en Europa, en 1944, jugó el papel decisivo en la victoria sobre los alemanes. En fin, todo lo ha puesto del revés.

La verdadera política de los círculos imperialistas de las potencias occidentales fue desenmascarada irrefutablemente por Nikita Jruschov en su discurso en la IX Conferencia de los obreros de toda Alemania, celebrada en Leipzig el 7 de marzo de 1959. Nikita Jruschov dijo;

“De este modo querían (los imperialistas) matar dos pájaros de un tiro: aniquilar al Estado socialista soviético de los trabajadores, ahogar en la sangre de los pueblos las mejores conquistas de la clase obrera, de los trabajadores, y, al mismo tiempo, debilitar a sus competidores alemanes. Querían establecer por muchos años en el

mundo el dominio de los imperialistas de algunos países occidentales bien concretos. Creo que no hay necesidad de decir a qué países me refiero, pues eso no es un secreto para nadie.

Pero ¿qué sucedió en realidad? La Unión Soviética movilizó todas sus fuerzas para repeler el fascismo. Los obreros, los campesinos, los intelectuales, todos los soviéticos se alzaron, cual un muro de acero, para defender su Patria socialista. Cerraron el camino al fascismo, fueron diezmando los ejércitos de Hitler y pasaron después a una ofensiva decisiva contra los invasores, que se habían adentrado en la Unión Soviética.

112

Pues bien, cuando todo el curso de la segunda guerra mundial cambió radicalmente, cuando los acontecimientos adquirieron tal cariz para los países occidentales, que si hubieran demorado la apertura del segundo frente, las tropas soviéticas hubieran llegado, no sólo a Berlín, sino también a París, nuestros aliados se apresuraron a actuar y abrieron el segundo frente. Daba la impresión de que se habían apresurado a abrir el segundo frente para que los pueblos de los países de Europa Occidental no aplastaran ellos mismos, con la ayuda del Ejército Soviético, las tropas de los invasores. Esa es la verdad de cómo cumplieron sus obligaciones nuestros aliados de la coalición antihitleriana”.

Todos los artículos de Westphal abundan en desfachatados embustes. En *Año fatal* asegura al lector que hasta el 1940 Alemania tenía un solo plan estratégico, precisamente el de defensa en caso de que Francia la atacase. Sin embargo, es bien sabido que todos los planes del Estado Mayor General tenían carácter ofensivo.

En otro artículo (*La guerra se extiende*), Westphal resta por lo menos diez al número de divisiones alemanas que invadieron la URSS. Al mismo tiempo, adula a los ingleses y escribe que “el fracaso de las Fuerzas Aéreas en la batalla por Inglaterra nos convenció de que sería imposible poner de rodillas a tan valerosa nación, si nos limitábamos a los bombardeos aéreos” (pág. 58).

En el artículo *De El-Alamein a Stalingrado*, Westphal, perdiendo todo sentido de la medida y como si hubiera olvidado que él mismo participó en la guerra del lado de la Alemania fascista, se deshace en elogios a los ejércitos inglés y norteamericano.

En el último capítulo, *Final*, derrama lágrimas de cocodrilo porque los alemanes lucharon por una causa que, “ahora se ve claramente, era vil”. Antes, amigo lector, Westphal y los de su calaña no lo veían.

Dádoselas de pecador arrepentido, Westphal declara farisaicamente que los ex generales fascistas se han convertido a consecuencia de la guerra en inocentes corderitos y sólo piensan en la paz. y en el florecimiento de la civilización occidental.

Los artículos de Westphal, con su evidente hipocresía y su servil adulación a sus nuevos amos, expresan nítidamente la tendencia, ideológica del libro, cuya idea central es, de hecho, que la guerra contra los países capitalistas occidentales fue la “decisión fatal” de los nazis.

Capítulo V

Torrente de falsificaciones

En este capítulo nos referiremos brevemente a una serie de libros y artículos de ex generales alemanes de rango inferior a Guderian, Manstein y Zeitzler.

Hablaremos en primer lugar del libro de Hans Doerr, general mayor retirado del ejército fascista alemán, *La campaña de Stalingrado*, porque se refiere a un período de la guerra del que hemos tratado al analizar el libro de Manstein y el artículo de Zeitzler.

Doerr no fue un jefe militar eminente ni, quizás, pretendía serlo. Habla en su libro no como escritor de memorias, sino como historiador, a pesar de que participó en los acontecimientos de Stalingrado.

El libro de Doerr encierra cierto interés, gracias a que en él figuran muchos documentos de la Sección de operaciones del Alto Mando alemán y se da una descripción consecuente y detallada de los acontecimientos en el ala sur del frente soviético-germano, a partir de julio de 1942. Sin embargo, Doerr tergiversa muy hábilmente los hechos en toda una serie de casos, suplanta por patrañas las verdaderas causas de la derrota de los hitlerianos, justifica a sus ex superiores, echa a Hitler la culpa del fracaso, etc.

Nos detendremos únicamente en lo esencial,

En todo el libro, Doerr critica severamente a Hitler por sus equivocaciones al planear la campaña de verano de 1942 y por los errores en su realización. Según Doerr, Hitler se planteó simultáneamente dos objetivos —ocupar el Cáucaso y llegar a Stalingrado (orden No 41 de Hitler, del 5 de abril de 1942)— y posteriormente, al desarrollarse las acciones militares en el ala sur del frente soviético-germano, no supo determinar cuál era el principal. Además, Doerr, como la mayoría de los historiadores militares burgueses, se inclina a considerar que la toma de Stalingrado no tenía la más mínima importancia para el éxito de la campaña y que se debía haber prestado toda la atención a un solo objetivo: el Cáucaso.

115

Se puede discutir, claro está, en qué orden y con qué distribución de fuerzas hubieran tenido los hitlerianos mayores posibilidades de realizar esos planes. Pero hay que decir categóricamente que, sin alcanzar la región de Stalingrado y sin ocupar la ciudad, no hubieran podido dominar el Cáucaso.

En la orden de Hitler del 5 de abril de 1942 se planteaba el objetivo de alcanzar en verano la región de Stalingrado y destruir mediante una incursión aérea la ciudad

como centro industrial y nudo de comunicaciones. En órdenes posteriores, Hitler exigió que se tomara Stalingrado totalmente.

Veamos lo que dice Doerr de las operaciones de ese período:

"El 3 de septiembre, el 51 cuerpo de ejército inició la ofensiva sobre la ciudad. Le había tocado en suerte la parte más difícil de la lucha por Stalingrado. Aquel mismo día, el 4º ejército de tanques (48 cuerpo de tanques) alcanzó los arrabales de la parte oeste de la ciudad, en Voropónovo.

Pero, posteriormente, la ofensiva ya no se desarrolló con tanta rapidez; pronto se vio bien claro que ni pensar podíamos en "tornar la ciudad sobre la marcha", como lo planeaba el OKW.¹ Fue el 10 de septiembre cuando nuestras tropas pudieron, por fin, ocupar los arrabales de la parte oeste de Stalingrado y los pueblos de Gorodische, Alexándrovka y Sadóvaia.

El 14 de septiembre, el 6º ejército ocupó un punto que dominaba toda la ciudad, el Túmulo de Mamái (cota 102), en la frontera norte (le la parte industria) de la ciudad (mitad norte de Stalingrado). El 15 de septiembre, después de la toma de la estación central, casi todo el barrio quedó en nuestras manos. Los dos ejércitos atacantes, el 4º y el 6º, se unieron en el río Tsaritsa, que separa el antiguo Tsaritsin de la nueva barriada administrativa.

116

A partir del 16 de septiembre, el mando del 6º ejército, por orden del jefe del grupo de ejércitos "B", pasó a dirigir las operaciones en la ciudad; el 48 cuerpo de tanques, dependiente del 4º ejército de tanques, que actuaba al sur del Tsaritsa, se subordinó al 6º ejército.

La ciudad de Stalingrado estaba casi toda ella en nuestro poder, pero la mayor parte de las empresas industria les sitas al norte de la ciudad, hasta la región del sur de Rinok, se hallaban todavía en poder de los rusos.

Es verdad que el Volga no podía utilizarse como vía fluvial. Stalingrado dejó de ser un nudo de comunicaciones, pero eso se hubiera podido lograr igualmente operando al norte o al sur de la ciudad. Las empresas industriales fueron evacuadas y destruidas o eran batidas por la artillería alemana y no podían funcionar. Así, pues, se había cumplido la misión señalada para este período

de operaciones por la orden del Führer del 5 de abril de 1942. Nada más se podía lograr continuando la ofensiva con el objeto de ocupar totalmente la región de Stalingrado.

Desde el punto de vista puramente militar no había tampoco necesidad de ello, ya que, en el aspecto estratégico, para proteger el flanco noreste durante la ofensiva sobre el Cáucaso, bastaba con ocupar la línea Astraján Kalach-Vorónezh, cuyo principal punto de apoyo hubiera podido ser el istmo entre el Volga y el Don. No había por qué incluir Stalingrado en esta línea, si las tropas alemanas se hubieran mantenido firmemente en las alturas del meandro del Volga, en Krasnoarmeisk, y

¹ Mando Supremo de la Wehrmacht. — (N. de la Edit.)

de la margen izquierda del Don, al norte de Kalach, piedras angulares de la defensa del istmo.

117

Sin embargo, el Alto Mando quería "concluir la batalla de Stalingrado limpiando de enemigo las restantes barriadas de la ciudad". Eso es lo que decían las órdenes del OKW.

Esta misión era ya de carácter táctico. La propaganda de ambas partes le dio importancia estratégica. Mientras los rusos combatieron al oeste del Volga, Stalin podía hablar de la heroica defensa de su ciudad, Hitler, por su parte, no quería darse por satisfecho hasta que sus tropas no hubiesen ocupado el último pedazo de la tierra llamada Stalingrado, La política, la preocupación por el prestigio personal, la propaganda y las pasiones pudieron más que la sobria apreciación de las condiciones, que debe distinguir a un jefe militar.

El Alto Mando se permitió ese lujo, porque ni él ni el mando del 6º ejército se imaginaban entonces, en septiembre de 1942, que las tropas rusas que actuaban en Stalingrado pudieran oponerles una resistencia tenaz.

La guerra de posiciones que comenzó en las calles, casas y ruinas fue inesperada para las tropas alemanas; las enormes pérdidas en hombres y en material no se veían compensadas por los ínfimos éxitos, que se medían por metros cuadrados de terreno ocupado...

A mediados de septiembre de 1942 se hizo evidente que los dos ejércitos que participaban en la operación no habían logrado apresar en sus tenazas Stalingrado. El 4º ejército de tanques no tomó las alturas de las cercanías del Volga en la región de Krasnoarmeisk, y su frente se torció hacia el sudoeste. El 6º ejército, retenido al oeste de Kalach y en el Don casi tres semanas, logró abrirse paso hasta el río al norte de Stalingrado, pero era demasiado débil para continuar la ofensiva hacia el sur a lo largo del Volga.

Los dos ejércitos se unieron al oeste de Stalingrado en vez de hacerlo en la ribera del Volga. En lugar de efectuar una operación envolvente, se vieron obligados a emprender una serie de ataques frontales contra las tropas rusas que defendían la enorme ciudad y no lograron ni cercar toda la zona de Stalingrado ni copar a las fuerzas que actuaban allí. Las causas de que no se lograra la simultaneidad de acción de ambos ejércitos, imprescindible para, realizar la operación envolvente, fueron la insuficiencia de fuerzas y el deficiente abastecimiento de las tropas...

118

En consecuencia, los rusos, que no estaban expuestos al este del Don a los ataques de fuerzas superiores, llevaban a cabo una defensa basada en maniobras y ganaron tiempo para recibir tropas de refresco a través del Volga y prepararse para una empeñada resistencia de la ciudad. Las grandes empresas del norte de la urbe, destruidas en el transcurso de la lucha, estaban todavía en poder de los rusos. En la orilla del Volga, no había tropas alemanas más que en el sector de Kuporósnoie, en las afueras de la ciudad, al sur del Tsaritsa, y en el norte, en el sector de Rínok y al

sur de éste. La parte más importante de Stalingrado la dominaban los rusos.

Las posiciones alemanas en Stalingrado estaban principalmente orientadas, por el momento, hacia el Don, y no hacia el Volga, por lo menos desde el punto de vista táctico. La importancia que tenían como punto de apoyo en el Volga o como cuña que separaba Rusia septentrional del Cáucaso y cortaba las comunicaciones rusas por los que se transportaba el petróleo era puramente teórica, ya que para conseguir ese objetivo había que tomar Astraján y dominar la zona de la desembocadura del Ural.

Considerábanse misiones fundamentales del momento las relacionadas con la acción directa en los flancos de la agrupación de fuerzas que avanzaban hacia Stalingrado. Las alturas del sector de Krasnoarmeisk y de Beketovka se hallaban en poder del enemigo y constituían una amenaza constante al flanco sur del 6º ejército; apoderándonos de ellas hubiésemos obtenido grandes ventajas... Era de mayor importancia todavía mejorar nuestra defensa en el flanco norte. La “península” que había surgido entre el Volga y el Don durante la ofensiva del 14 cuerpo de tanques en la región Rinok, Kotlubañ y Kachalínskaia no garantizaba la posibilidad de escalonar en profundidad la defensa; si el enemigo obtenía el menor éxito, podía surgir allí un peligro inmediato para nuestro frente de Stalingrado.

119

Desde el comienzo mismo, la “península” sufrió inertes ataques rusos, porque el enemigo en ninguna parte conseguía concentrar y lanzar al combate fuerzas considerables con tanta rapidez como aquí. Por eso era imprescindible adelantar urgentemente nuestras posiciones hasta las alturas de la zona de la cola 151, que dominaban el terreno y eran muy peligrosas en poder de los rusos.

Pero las posiciones no sólo debían mejorarse en los flancos del 6º ejército. Mucho más temor inspiraba la endebles de ambos flancos del grupo de ejércitos “B”, en el curso medio del Don y en las estepas kalmucas.

La operación de Stalingrado era ya un castillo de naipes”².

A continuación, Doerr nos dice que la ofensiva sobre el Cáucaso se vio también en un callejón sin salida, de lo que, como es costumbre, culpa a Hitler, por ser el autor de un plan fracasado (la directriz del 23 de julio), y a la agreste naturaleza de esos lugares, citando como motivo secundario la resistencia creciente opuesta por los rusos.

La cita del libro de Doerr reproducida anteriormente contiene una serie de inexactitudes, por no decir más. Asegura que el Túmulo de Mamái fue tomado el 14 de septiembre y que al día siguiente, después de haber ocupado la estación central, todas las “barriadas administrativas” de la ciudad quedaron en poder de los alemanes. Pero, en realidad, esos éxitos fueron efímeros: el Túmulo de Mamái fue arrebatado a los alemanes inmediatamente; en la estación central se libraron el 17 de septiembre los combates más encarnizados, pero el enemigo fue rechazado. En

² Doerr, H., *Lo campaña ele Stalingrado*, Voenizdat, M., 1957, págs. 50-52.

realidad, en ese tiempo el enemigo tan sólo pudo apoderarse de una parte insignificante del centro de la ciudad. Es de notar que basta Doerr mismo dice que el centro de la ciudad, con los embarcaderos, quedó en poder nuestro.

120

Señalaremos que Doerr, al igual que otros generales fascistas, reduce intencionalmente los límites de Stalin grado. En realidad, no incluye dentro de su perímetro más que media ciudad, el centro y la parte norte (“barriadas administrativas”), omitiendo el resto, que se extiende casi unos 30 *km* desde el centro, en dirección sur, hasta el arrabal Krasnoarmeiski, donde se encuentran la base energética de la industria stalingradense y otras importantes empresas industriales. Quien haya estudiado la historia de la batalla de Stalingrado sabrá que el coronel general Hoth intentó avanzar varias veces desde el sector de Axai-Abganérov hacia el sur de la ciudad, pero sus ataques fueron siempre rechazados ocasionándole muchas bajas. Estos fracasos llevaron a un callejón sin salida al 4º ejército de tanques de Hoth y no le permitieron ocupar las alturas del sur de Stalingrado, de las que Doerr habla tan largamente. Después de eso, Hoth se vio obligado a torcer hacia el norte y hacia el noroeste para unirse con Paulus por otro camino y aislar de Stalingrado el 62 ejército; pero también esta vez le esperaba un fracaso. Doerr lo comprende perfectamente, pero no le conviene hablar de eso francamente, pues, en tal caso, tendría que confesar que los hitlerianos tan sólo llegaron a la ciudad en un sector de 28 kilómetros, cuando su perímetro total era de 60 kilómetros. Los fascistas jamás llegaron a alcanzar los accesos sur de Stalingrado. Por eso, cuando estos historiadores escriben “Stalingrado”, debemos tener en cuenta que se refieren tan sólo a la mitad norte de la ciudad.

121

Pero no se trata únicamente de la adulteración de algunos hechos. Doerr afirma que el objetivo fijado por la directriz de Hitler del 5 de abril de 1942 se alcanzó en septiembre, por cuanto Stalingrado dejó de existir como centro industrial. Silencia intencionadamente que en esa directriz no se hablaba de la toma de la ciudad. El objetivo principal que dicho documento señalaba a las tropas alemanas en esta dirección era "... derrotar y aniquilar a las fuerzas rusas dislocadas en la región de Vorónezh y al sur de ella, al oeste y al norte del Don". El enemigo no cumplió ese objetivo. No fueron derrotadas ni las fuerzas soviéticas dislocadas al sur de Vorónezh y en la ribera occidental del Don ni las que estaban al este del río. Por eso los hitlerianos presionaron con lanía fuerza sobre Stalingrado: querían aniquilar allí a nuestras últimas fuer zas del sector sudorienta! del frente, que, según Hitler, se le habían escapado de entre las manos. De acuerdo con la directriz de Hitler del 5 de abril, la agrupación de tropas que actuaba en dirección Stalingrado debía asegurar el flanco de las fuerzas que avanzaban hacia el Cáucaso, o sea, el flanco del grupo de ejércitos “A”. Doerr, por su parte, afirma que la agrupación de Stalingrado no podía siquiera proteger sus propios flancos, sin hablar ya de los del grupo de ejércitos “B”, del que formaba parte. En los razonamientos de Doerr salta a la vista la intención de

suplantar el objetivo principal fijado ante el grupo de ejércitos “B” por un objetivo secundario. De no proceder así, Doerr se hubiera visto obligado a confesar que el cumplimiento de la directriz de abril se vio ya frustrado en julio y agosto, en los combates en el gran meandro del Don.

Son más que discutibles las afirmaciones de Doerr de que las tropas hitlerianas cortaron las comunicaciones entre el norte y el sur del frente soviético. Por ejemplo, Doerr asevera que cerraron el Volga como vía fluvial. Esto, claro está, sólo es verdad en parte; el transporte de cargas por el Volga disminuyó, pero no cesó por completo. Doerr estima que para cortar totalmente las comunicaciones era imprescindible ocupar Astraján y la desembocadura del río Ural. En realidad, eso habría proporcionado al enemigo muchas ventajas. Pero si hubiese ocupado totalmente Stalingrado y cruzado después el Volga en este sector, hubiese obtenido también enormes ventajas y agravado considerablemente nuestra situación. Tanto Astraján como la desembocadura del Ural no eran más que un sueño seductor, pero irrealizable. Supongamos que, los hitlerianos hubieran pasado a la defensiva en las posiciones ocupadas en Stalingrado para lanzarse hacia Astraján y la desembocadura del Ural. Es indiscutible que allí les hubiese aguardado una catástrofe más grave todavía que la sufrida por el 6º ejército de Paulus y el 4º ejército de tanques de Hoth.

122

Doerr no saca premeditadamente ninguna conclusión del hecho de que, en los combates que se libraban en las calles, nosotros tomáramos con frecuencia la iniciativa. De creerle, los hitlerianos podían haberse quedado bien tranquilos en los barrios de la ciudad que habían ocupado, si Hitler no les hubiera instado a seguir avanzando; olvida nuestro “historiador” que las tropas soviéticas contraatacaban continuamente, respondiendo a los empeñados ataques de los alemanes. De haber interrumpido el enemigo sus acciones ofensivas y pasado a hacerse fuerte en las posiciones alcanzadas, las grandes unidades de nuestro frente hubiesen aprovechado inmediatamente la oportunidad, no sólo para llevar a cabo potentes contraataques en la ciudad misma, sino también en los flancos de la agrupación enemiga. Es bien sabido que el paso a la defensiva siempre está relacionado con el debilitamiento de la agrupación de fuerzas que ocupa uno u otro sector, pues, en caso contrario, carece en absoluto de sentido. No debemos olvidar que en un principio se había planeado nuestra contraofensiva para eso del 20 de octubre; si la evolución de los acontecimientos era favorable, podría iniciarse antes.

Todos los razonamientos de Doerr tienden a demostrar que Stalingrado perdió para los alemanes toda importancia después de haber dejado de ser un centro industrial y que la lucha por la ciudad se debió a un antojo de Hitler, que quería satisfacer su insaciable orgullo. No es que nosotros queramos negar la importancia del factor subjetivo en las acciones bélicas, pero en este caso salta a la vista el amaño de los hechos. En efecto, ¿por qué el vanidoso Hitler limitaba en abril sus aspiraciones a ver destruido Stalingrado y en julio-septiembre exigía ya que la ciudad fuese ocupada? ¿Acaso la toma de Stalingrado satisfacía en menor grado sus

ambiciones? Resumiendo, en las reflexiones de Doerr quedan muchos cabos por atar. Señalaremos de pasada que la idea de que Stalingrado había perdido su importancia estratégica en el otoño de 1942, la repiten afanosamente muchos autores burgueses de trabajos dedicados a la segunda guerra mundial, Churchill), por ejemplo, considera también en sus memorias que desde el punto de vista de los militares (no precisa a quienes se refiere) Stalingrado había perdido su importancia en otoño de 1942, pero Hitler seguía empeñado en ocupar la ciudad.

123

Debemos afirmar categóricamente que desde el comienzo mismo de la lucha por Stalingrado hasta fines de diciembre de 1942, esta ciudad fue el punto estratégico más importante del frente soviético en el sur. Para los hitlerianos, la toma de Stalingrado y de las zonas colindantes (al norte y al sur) habría sido una garantía decisiva de consolidación de los éxitos que habían logrado en el transcurso de toda la campaña del verano de 1942, pues hubiese puesto a la agrupación hitleriana del Cáucaso y del Donbás a salvo de un peligro grande y absolutamente real.

Los generales alemanes no podrán nunca demostrar que si Hitler no les hubiese obligado a librar la batalla de Stalingrado, habrían obtenido la victoria o, en último caso, ocupado el Cáucaso en otoño de 1942. El quid de la cuestión no reside realmente en que Hitler se hubiera lanzado simultáneamente hacia Stalingrado y hacia el Cáucaso, sino en que no tenía fuerzas suficientes para llevar a cabo paralelamente, con buen éxito, ambas operaciones. Fijó a su ejército un objetivo superior a sus fuerzas, llevado por el deseo de demostrar a los satélites y a posibles aliados el poderío bélico de la Wehrmacht (entonces se suponía que la victoria en Stalingrado y en el Cáucaso liaría que declararan la guerra a la URSS Turquía, en el sur, y el Japón, en el Lejano Oriente). No es difícil comprender que si los hitlerianos se hubieran limitado a la ofensiva sobre el Cáucaso solamente, las tropas soviéticas hubiesen podido adoptar enérgicas contramedidas en el sector más conveniente del frente soviético-germano, porque en tal caso hubiésemos dispuesto de mayores reservas. Con los combates en Stalingrado, Hitler no nos daba la oportunidad de poner s en práctica contramedidas decisivas en otros sectores del frente. Lo que habla con la mayor elocuencia de la importancia estratégica de Stalingrado es la evolución de los acontecimientos después de haber sido cercados el 6º ejército de Paulus y el 4º ejército de tanques de Hoth, cuando quedaron reducidos a la nada los éxitos logrados por el enemigo en primavera y verano.

124

Por más que se esfuercen, los maltrechos generales fascistas no lograrán demostrar a sus nuevos amos, los círculos gobernantes norteamericanos, que la culpa del fracaso de la aventura hitleriana no la tuvieron ellos, sino Hitler, que, según dicen, les daba órdenes absurdas. ¿Quién no va a comprender que las órdenes de Hitler y sus planes estratégicos los elaboraba el Estado Mayor General hitleriano, es decir, aquéllos que ahora los critican? Claro que a 'los generales alemanes les conviene más presentar su derrota como una consecuencia de los antojos de un

“poseo” que reconocer abiertamente el fracaso de su doctrina bélica, la supremacía del arte militar soviético y la superioridad moral de nuestro soldado.

* * *

No podemos menos de analizar el libro del ex general mayor del ejército fascista von Mellenthin, publicado en inglés, en Londres, en 1956.

125

Mellenthin estuvo en el frente sovieto-germano desde fines de 1942 hasta septiembre de 1944, primero como jefe de Estado Mayor de un cuerpo y después de un ejército de tanques. Aunque se trata de unas memorias, Mellenthin se permite sacar conclusiones generales de las acciones militares y analiza la situación en todo el frente sovieto-germano en determinados períodos. Además, trata de establecer las causas fundamentales del fracaso de la aventura hitleriana en la guerra contra el país soviético.

En todos estos casos, el ex general falsea la verdad con el mayor descaro. Por ejemplo, considera que uno de los principales motivos de la derrota de Alemania fue la insuficiencia de la red de carreteras, especialmente de primer orden, en la URSS y el hecho de que las tropas alemanas utilizaban principalmente vehículos de ruedas y no de orugas. Mellenthin cita la siguiente declaración de Liddell Hart, con quien está absolutamente de acuerdo: “Si el régimen soviético hubiese construido una red de carreteras parecida a la que poseen las potencias occidentales, es posible que el país hubiese sido conquistado rápidamente. Los malos caminos dificultaban el avance de las fuerzas motorizadas alemanas. Pero hay en este problema otro aspecto: los alemanes dejaron escapar la victoria porque basaban su movilidad en el transporte de ruedas, y no en el de orugas”³.

Mellenthin añade a todos estos factores uno más: la alta calidad de los tanques soviéticos, particularmente del “T-34”,

No podemos considerar convincentes tales afirmaciones. Es sabido que Polonia, por ejemplo, tenía una red de carreteras muy poco desarrollada, pero no pudo ofrecer resistencia a la invasión hitleriana ni siquiera tres semanas. Además hay que tener en cuenta que una red de carreteras desarrollada hubiese ofrecido también ventajas para la parte atacada, pues habría, podido concentrar con mayor facilidad las reservas que se hallasen en las zonas interiores del país.

126

Así, pues, los factores que mencionan Liddell Hart y Mellenthin para explicar el fracaso de Alemania no pueden ser considerados las causas principales, y ni siquiera las secundarias, de la derrota de la Wehrmacht. En lo que se refiere a nuestros

³ De aquí en adelante, todas las citas que se hagan serán de la edición rusa: F. Mellenthin Combates de tanques, años 1.93.9-1945, traducción del inglés redactada por el teniente general de tanques A. P. Panfilov. Izdatinlit, Moscú, 1957.

tanques "T-34", hay que decir, francamente, y no exageramos, que eran excelentes y desempeñaron un papel importante en la guerra.

Mellenthin describe también en su libro la batalla de Stalingrado, pero en ello dista mucho de ser original.

En cuanto a importancia estratégica de la toma de Stalingrado para los hitlerianos, comparte la opinión de Doerr, Considera que se debió tomar la ciudad con las fuerzas del 4º ejército de tanques en julio de 1942, cuando, según él, no teníamos allí reservas, o limitarse a dejar allí lo que denomina una "cobertura".

Eso de que la ciudad pudo haber sido tomada fácilmente sobre la marcha en julio por las fuerzas del ejército de Hoth es, por lo menos, infundado. Mellenthin parte del supuesto de que nosotros no teníamos reservas en Stalingrado, pero, en realidad, allí se habían concentrado tres ejércitos de reserva, más tarde denominados ejércitos 62, 63 y 64. Como se sabe, fue eso lo que jugó el papel decisivo en la defensa de la ciudad. Esas fuerzas hubiesen podido detener, sin duda alguna, a las unidades de vanguardia del 4º ejército de tanques, muy desgastadas por los combates en Vorónezh y por largas marchas. En fin, ya hemos hablado bastante, anteriormente, de la versión de que Stalingrado no tenía ninguna importancia para el éxito de las operaciones de los hitlerianos en el sur.

Por cierto, Mellenthin, comprendiendo que sus argumentos son poco convincentes, hace alusión a que, como dijera Clausewitz y Napoleón, en ciertas circunstancias una batalla ganada puede obligar al atacante a replegarse; según su opinión, los hitlerianos, ateniéndose a ello, hubieran debido retirarse o pasar a la defensiva después de haber llegado a Stalingrado. Lo mismo puede decirse del Cáucaso, porque el enemigo no tenía fuerzas suficientes para ocuparlo. Si sacamos todas las conclusiones lógicas de esta idea, podemos decir sin rodeos que la Alemania hitleriana no se debía haber lanzado a la guerra contra la Unión Soviética porque no contaba para ello con suficiente fuerza material, política y moral. Esto lo comprende perfectamente ahora todo el que aquilata con sensatez los acontecimientos históricos.

127

Mellenthin olvida, sin embargo, que cuando los ejércitos alemanes se aproximaron a Stalingrado y a las faldas del Cáucaso, Hitler y toda su camarilla estaban absolutamente convencidos de que la Unión Soviética se encontraba en vísperas de su hundimiento total y de que en las estepas entre el Volga y el Don se hallaban concentradas las últimas fuerzas del Ejército Soviético capaces de combatir.

Transcurridos más de quince años, cuando es de todos sabido a dónde llevó el hitlerismo a Alemania, es muy fácil teorizar, inclusive para un general mayor de tanques retirado. Sin embargo habría que dar pruebas de ese valor de los soldados del que, dicho sea de paso, tanto alardean Mellenthin y sus cofrades, y confesar francamente que Hitler no fue el único culpable de esos errores, sino que lo fueron también el Estado Mayor General y toda la cúpula de la Wehrmacht.

Al referirse a los combates de Stalingrado, Mellenthin se ve obligado a hablar del

heroísmo y de la abnegación del soldado soviético. Sin embargo, su pluma pinta las cosas al revés de lo que fueron. Al describir la heroica resistencia de un puñado de valientes soviéticos en el llamado saliente de Orlov, trata de reducirlo todo a la sobriedad del soldado ruso, que, según él, puede alimentarse de hierbas y de hojas sin perder su capacidad combativa.

¿Acaso puede comprender este descendiente de los apestosos caballeros de la orden teutónica la fuerza de espíritu de los soviéticos, su amor a la Patria, su lealtad a la gran causa del comunismo?

128

No obstante, Mellenthin se ve obligado a reconocer las elevadas virtudes combativas del soldado soviético. Dice: “Los rusos son maestros en el arte de atrincherarse y de construir obras de ingeniería de campaña, Eligen infaliblemente posiciones de enorme importancia para los combates en perspectiva” (pág. 147), Más adelante cita un pasaje de las memorias de Dingler en el que se describen los combates en el saliente de Orlov: “Todos nuestros inten los de romper la resistencia de los rusos en el barranco fueron inútiles. El barranco lo castigaban bombarderos en picado y lo *cañoneaba la artillería* (la cursiva es mía.— A.E.). Lanzábamos al ataque unidad tras unidad, pero los rusos se habían atrincherado tan bien, que las rechazaban causándoles muchas bajas”.

Mellenthin reconoce también, haciendo de tripas corazón, la extraordinaria tenacidad de nuestras tropas en la ofensiva, el arte de los mandos para dirigir el fuego y la gran eficacia de nuestra artillería. Pero a renglón seguido se contradice, afirmando que el fuego artillero de los alemanes desmoralizaba a nuestras tropas.

Es típico del libro el afán de ver errores del Alto Mando de las tropas fascistas alemanas y de sus aliados, incluso cuando no los hubo. Así, Mellenthin dice en la página 149 que el 14 cuerpo de tanques, que había cruzado el Don y se había abierto paso hacia el Volga, debió volver a la orilla occidental del Don al ser objeto de empeñados ataques de los soviéticos. Según Mellenthin, eso habría conjurado la catástrofe de Stalingrado. Es evidente que esa afirmación carece de fundamentos. En realidad, aquella profunda cuña en nuestra defensa exigió una enorme tensión de fuerzas para localizarla, impedía a dos frentes vecinos coordinar normalmente las acciones, los privaba de enlace físico y paralizaba toda maniobra frontal. Además, el 14 cuerpo de tanques de los hitlerianos cubría el flanco norte de la agrupación fascista, cuyo objetivo inmediato era la toma de la ciudad.

129

No cuesta trabajo comprender que si el 14 cuerpo hubiese sido retirado a la margen opuesta del Don, la situación de los soviéticos hubiera mejorado mucho, y los ataques de su vecino norte, del frente del Don (anteriormente de Stalingrado), que hubiese podido entonces actuar conjuntamente con las tropas que defendían la ciudad, habrían ocasionado a los alemanes grandes pérdidas. Es cierto que ese repliegue habría reforzado un tanto la agrupación enemiga de la margen derecha del Don, pero, debido a la difícil situación en los otros sectores del frente, al comenzar

nuestra contraofensiva habría estado ya “disgregada”.

A renglón seguido, Mellenthin nos habla con fingido estupor del repliegue de las tropas rumanas que se hallaban en el gran meandro del Don. Afirma que para defender este sector no se requería esfuerzo alguno. En realidad, las tropas rumanas fueron desalojadas de allí porque nosotros creábamos una cabeza de puente para la contraofensiva.

Aunque su descripción del comienzo de la contraofensiva de los tres frentes es bastante confusa, Mellenthin confirma varias veces del modo más inequívoco que las acciones de los soviéticos fueron una gran sorpresa para el mando fascista alemán y refuta así la versión de Manstein y Zeitzler de que los preparativos de la contraofensiva habían sido descubiertos por los hitlerianos.

Dice Mellenthin una cosa que merece nuestra atención. Nos referimos a su aserto de que los mandos de las tropas cercadas, de jefe de división para arriba, consideraban al principio que su situación no era desesperada y que “todo se arreglaría”. Es éste un argumento más para desmentir a los ex generales alemanes cuando afirman que todos vieron claro al punto la catástrofe y la necesidad de sacar de allí al 6º ejército y que Hitler era el único que no lo comprendía ni quería verlo.

En realidad, tanto el Alto Mando como los generales que se hallaban en el frente estaban convencidos de que el éxito de la contraofensiva de las tropas soviéticas era un fenómeno temporal y de que se podría romper el bloqueo.

130

Si la descripción de los acontecimientos en los que Mellenthin no tomó parte directa se puede a duras penas considerar objetiva en cierta medida, el relato de las “hazañas” del 48 cuerpo de tanques recuerda las patrañas del barón de Münchhausen. Por cierto, Mellenthin era el jefe de Estado Mayor de la mencionada unidad. En esta parte del libro hay embustes como el relato de las “proezas” de un tal capitán Lestman, de quien se dice que el 19 de diciembre destruyó “en un lapso asombrosamente corto” 65 tanques soviéticos sin perder ninguno de los suyos (pág. 161).

En realidad, en estos combates toda la 11 división de tanques alemana se vio obligada a pasar a la defensiva. Pero no es ésta la única baladronada del machacado general hitleriano. Mellenthin llega a afirmar, por ejemplo, que una sola división (siempre la 11, al mando del general Balck) salvó a toda la agrupación hitleriana del Cáucaso y en unos días aniquiló, ni más ni menos, 700 tanques nuestros. Dice también que el 48 cuerpo derrotó a nuestro 5º ejército de tanques.

Por cuanto ningún otro autor alemán menciona estas “brillantes victorias” del 48 cuerpo de tanques, todos estos “ejemplos” de Mellenthin pueden considerarse pura invención.

Vale la pena que digamos unas palabras del pequeño capítulo en que Mellenthin nos habla de sus primeras impresiones acerca de la “táctica de los rusos”. El ex general se ve obligado a reconocer la maestría táctica de las tropas soviéticas.

Citaré algunos pasajes del capítulo.

“En realidad, toda ofensiva rusa era precedida de infiltraciones de pequeñas unidades y grupos a través de la línea del frente. Hasta ahora nadie ha superado a los rusos en este tipo de combate, Por muy meticulosamente que se montara la observación de la primera línea, los rusos aparecían de improviso en el centro de nuestro dispositivo, sin o,ue nadie comprendiera nunca de qué modo habían conseguido infiltrarse. Aparecían en grupos considerables en los lugares más inconcebibles, donde avanzar era en extremo difícil, y se atrincheraban inmediatamente” (págs. 163-164).

131

Es en particular interesante su opinión de las acciones de las tropas soviéticas con el fin de crear cabezas de puente y sostenerse en ellas. “Otra peculiaridad de las acciones de los rusos ---dice--- es la tendencia a crear cabezas de puente que les sirven de base para acciones ofensivas. Realmente, las cabezas de puente en poder de los rusos fueron siempre un gran peligro. Están muy equivocados quienes no las toman en serio y demoran su liquidación, Por insignificantes e inofensivas que parezcan, las cabezas de puente de los rusos pueden transformarse muy pronto en potentes y peligrosos focos de resistencia y, después, en inexpugnables sectores fortificados. Cualquier cabeza de puente ocupada por una compañía rusa durante la noche está defendida ya a la mañana por un regimiento a lo menos y en la noche siguiente se convierte en formidable fortaleza con armas pesadas y con todo lo necesario para hacerla casi invulnerable. Ningún fuego de artillería, por más potente y concentrado que sea, podrá obligar a los rusos a abandonar la cabeza de puente creada durante la noche. Este principio ruso —“tener cabezas de puente en todas partes”— constituye un grave peligro que sería absurdo subestimar. Mas contra él hay un remedio radical, que debe emplearse sin falta en todos los casos: si los rusos crean una cabeza de puente o una posición avanzada, es necesario atacar, atacar inmediata y resueltamente. La falta de decisión siempre acarrea consecuencias fatales. Una hora de dilación puede hacer fracasar cualquier ataque; varias horas, lo harán irremisiblemente, y un día, puede originar una catástrofe irreparable. Aun disponiendo tan sólo de una sección de tiradores y de un tanque, hay que atacar. Atacar mientras que los rusos no se hayan atrincherado, mientras que se los pueda ver, mientras que no hayan organizado su defensa, mientras que no tengan armas pesadas. Unas horas después será ya demasiado tarde” (pág. 164).

132

Esta “sentida” descripción de la capacidad de las tropas soviéticas para ocupar, retener y utilizar después las cabezas de puente no tiene nada de casual.

Mellenthin posee buena memoria y recomienda a sus herederos ideológicos, los militaristas y revanchistas de Occidente, que teman las “cabezas de puente rusas”, pues fueron precisamente ellas las que aseguraron el éxito de la contraofensiva soviética en Stalingrado. A eso, al recuerdo que le dejaron, se deben los llamamientos históricos de Mellenthin a que no se nos permita crear cabezas de puente.

Más adelante, en este mismo capítulo (evidentemente con el fin de alentar un poco a quienes destina su libro), Mellenthin somete a “crítica” las “equivocaciones y fallas tácticas” de los ejércitos soviéticos. Para ello emplea un procedimiento muy simple: atribuye a nuestras tropas y jefes militares los defectos propios de los hitlerianos y luego se desgañifa criticándolos (págs. 164-165).

Desde el punto de vista del enjuiciamiento de las acciones militares de nuestras tropas es muy elocuente la descripción de los encarnizados combates librados del 17 al 26 de diciembre en el sector del río Axái-Esaulovski cuando las tropas de Hoth y de Manstein trataban de cumplir a toda costa la orden de Hitler y unirse a los cercados.

Mellenthin dice de esos combates lo siguiente:

“En este período tuvieron lugar acontecimientos trágicos, cuya importancia histórica es difícil sobreestimar. No pecaremos de exagerados si decimos que la batalla librada a orillas de este riacho desconocido (Axái-Esaulovski. —*A.E.*) condujo a la crisis del III Reich, dio al traste con las esperanzas de Hitler de crear un imperio y fue el eslabón principal en la cadena de los acontecimientos que predeterminaron la derrota de Alemania” (pág. 171),

133

En este caso no podemos no estar de acuerdo con Mellenthin. En efecto, los combates en aquel sector pusieron fin a los intentos de liberar a las tropas cercadas y, por lo tanto, determinaron su derrota definitiva.

Mellenthin hace aquí una descripción muy prolija y expresiva de los combates en el Áxái-Esaulovski. Dice: “Estos trágicos combates se distinguieron por una gran movilidad, una rápida reacción y una firmeza extraordinaria de ambas partes. Los tanques eran los principales medios de combate, con la particularidad de que cada una de las partes comprendía que la misión fundamental de sus tanques era luchar contra los del enemigo.

Los rusos no cesaban sus ataques ni aun llegada la noche y trataban resueltamente de explotar sin pérdida de tiempo el éxito más mínimo. A veces atacaban con tanques que avanzaban a toda velocidad, y hay que reconocer que ese elevado ritmo de ofensiva y concentración de fuerzas fueron las causas principales del éxito de los rusos. La dirección de los ataques de tanques cambiaba rápidamente, según la situación”, (pág. 173).

Mellenthin atribuye equivocadamente el mando de estos combates al general Vatutin (que mandaba con gran acierto las tropas del frente Sudoeste y cumplía otra misión).

Merece la pena que reproduzcamos aquí el parte oficial del Alto Mando, citado por Mellenthin en la página 176: “La batalla de Stalingrado ha terminado. Fiel a su deber de combatir hasta el último aliento, el 6º ejército, al mando ejemplar (!) del mariscal de campo Paulus, ha sido vencido, hallándose en situación desfavorable, por fuerzas enemigas superiores”.

Si aventamos toda esa cascarilla verbal, vemos que Hitler, “militar invencible”, se

vio obligado, por primera vez, a confesarse derrotado.

Más adelante, Mellenthin nos habla de las cacareadas “victorias” de Manstein en Ucrania, a las que ya nos hemos referido a) analizar el libro *Victorias perdidas*. En el mismo “espíritu mansteiniano” describe la batalla en el arco de Kursk.

134

Todos los demás capítulos del libro I raían de la retirada del 48 cuerpo. Por cierto, Mellenthin no escatima palabras para hacer ver que él y su superior inmediato, el general Balck, jefe del cuerpo, no tienen nada que reprocharse. Exagera tanto los efímeros éxitos de los alemanes, que hasta el lector menos exigente se pregunta con pleno fundamento: ¿cómo es eso que los tanguistas de Balck y de Mellenthin, “obteniendo victoria tras victoria”, retrocedieron del Volga al Vístula?

Al final del gran capítulo dedicado a la guerra en el frente Oriental, Mellenthin considera su deber sintetizar sus impresiones del Ejército Soviético. Dice el ex general que si bien “con los años perderá valor la experiencia adquirida por las fuerzas alemanas en la guerra contra Rusia y será necesario proceder a una nueva apreciación de la capacidad militar de los rusos, el carácter y las cualidades del soldado ruso, a) igual que sus métodos típicos de acción, difícilmente cambien. Por eso la experiencia adquirida en la segunda guerra mundial puede servir perfectamente de base para aquilatar con acierto el poderío militar de Rusia” (pág. 242).

Empieza Mellenthin con una descripción del “alma del soldado ruso”. Estos ejercicios psicológicos del general retirado están por debajo de toda crítica. No obstante, debemos decir que expresa algunas observaciones atinadas. Reconoce el valor y el arrojo extraordinarios del soldado soviético, su firmeza y resistencia, la elevada disciplina del Ejército Soviético, el excelente entrenamiento del soldado soviético y su buen conocimiento del material. Destaca, además, la elevada capacidad organizadora del Alto Mando y su aptitud de perfeccionar el entrenamiento de las tropas. En cuanto a la táctica, las observaciones de Mellenthin son, por lo común, superficiales, pero incluso en esta esfera reconoce cualidades positivas de nuestras tropas. Pese a un sinnúmero de salvedades, se ve obligado a reconocer, haciendo de tripas corazón que el soldado soviético está por encima del de los ejércitos capitalistas.

135

Tiene muy elevado concepto de nuestra infantería, de la cual dice que “se atiene totalmente a las magníficas tradiciones de Suvórov y Skóbelev”.

A continuación explica: “1.ª infantería rusa posee buenas armas, estando dotada, especialmente, de mucho material antitanque: a veces cree uno que cada infante posee un fusil o un cañón antitanque. Los rusos disponen con suma habilidad ese material y en ocasiones le parece a uno que no hay lugar del que no disparen. Además, el cañón antitanque ruso, de trayectoria rasante y gran precisión, es excelente para cualquier combate” (pág. 246).

Comprendemos porque a Mellenthin, que quiere hacerse pasar por maestro incomparable, en la organización del combate de tanques, se le antojaba que cada soldado tenía un cañón antitanque. Eso fue porque, realmente, nuestras armas antitanque inutilizaban muchos carros enemigos. Pero contra ellos no sólo combatían nuestra artillería y las unidades antitanques: los soldados, provistos de granadas o de botellas de líquido inflamable hacían frente a los tanques y salían a menudo vencedores.

En general Mellenthin tiene en buen concepto nuestra artillería y, especialmente, nuestros ingenios blindados.

Resumiendo todas estas reflexiones, Mellenthin se hace la pregunta: “¿Es invencible el Ejército Rojo?”, y responde a continuación “... Los éxitos de los soldados alemanes en Rusia demuestran convincentemente que a los rusos se les puede vencer”. ¿A quién se puede convencer con argumentos de tanto “peso”? Es sabido que los “éxitos” de los hitlerianos en los campos del país soviético fueron tales, que de la Wehrmacht quedó tan sólo el triste recuerdo.

136

Mellenthin trata de convencer al lector de que los alemanes fueron vencidos por la superioridad numérica... del enemigo. Llega a afirmar que los fascistas obtenían una victoria tras otra sobre los soviéticos aun siendo la correlación de fuerzas de cinco a uno a favor de los últimos. Pero ¿quién va a creerle? Si leñemos en cuenta todos los efectivos del ejército soviético y de los ejércitos aliados de la URSS que participaron entonces en los combates, difícilmente haya habido un período de la guerra en que la superioridad numérica de las tropas de la coalición antihitleriana se acercase, aun remotamente, a esa correlación. Por eso se impone la pregunta: ¿por qué los “colosos” hitlerianos, cuando dos bastaban para “vencer” a un pelotón soviético y cinco para derrotar a toda una sección, no lograron cumplir sus cometidos en el primer período de la guerra, cuando eran, indiscutiblemente, superiores en hombres y en material? Mellenthin comprende, claro está, que nadie podrá tomar en serio sus afirmaciones y por eso quiere dar consejos prácticos a quienes proyectan una nueva aventura contra la URSS. Dice: “El soldado de los ejércitos occidentales debe entrenarse minuciosa y sistemáticamente para esta lucha a muerte. No sólo ha de planearse el entrenamiento láctico, sino también el físico, para que podamos hacer frente a las tropas rusas en igualdad de condiciones. Debemos tomar en consideración las peculiaridades de los métodos de combate de los rusos y llevar a cabo el correspondiente entrenamiento de nuestras tropas. Son importantes el arrojo, la iniciativa y la disposición a adoptar decisiones de responsabilidad. Una disciplina rigurosa es otro factor fundamental en la lucha contra los rusos; el deporte, por más intensamente que se practique, es insuficiente para entrenar al soldado con vistas a esa lucha en perspectiva, que será increíblemente dura. El factor más importante es la moral” (pág. 252).

Estas palabras del general hitleriano, que experimentó en su propio pellejo la fuerza del soldado soviético, expresan mejor que nada qué es lo que le falta al

soldado de los ejércitos capitalistas y qué posee el soldado del primer ejército socialista del mundo.

137

Al dar fin al análisis de la obra de Mellenthin, no podemos dejar de detenernos en una cuestión importante. Deseosos de minimizar el papel decisivo desempeñado por la Unión Soviética en la victoria de la coalición antihitleriana y de hacer méritos ante los imperialistas norteamericanos, sus nuevos amos, los ex generales alemanes tratan de demostrar que los EE.UU. prestaron a la Unión Soviética una "enorme ayuda". Mellenthin nos habla también de eso (pág. 293), Pero ¿qué sucedió en realidad? Durante la guerra, EE.UU. fabricaron 297.000 aviones y más de 86.000 tanques, de los que enviaron a la URSS sólo 14.000 aviones y 7.000 tanques, es decir, el 5% y el 8%, respectivamente. Mientras tanto, Estados Unidos enviaron a los países del Imperio Británico, en donde, como es notorio, no se llevaban a cabo acciones militares decisivas, más de 10.000 aviones y 12.000 tanques. El peso relativo de las importaciones de la URSS en relación al volumen de la producción industrial del país durante toda la guerra fue tan sólo el 4%.i., aproximadamente. Es bien sabido que, en los tres últimos años de la guerra, la Unión Soviética fabricaba anualmente una media de más de 30.000 tanques, piezas de autopropulsión y carros blindados, 40.000 aviones, 120.000 piezas de artillería, etc. La fábrica de tanques de los Urales, por ejemplo, produjo ella durante la conflagración más de 35.000 tanques. Por cierto, las máquinas blindadas soviéticas eran mucho mejores que las norteamericanas.

Por otra parte, debe señalarse que la masa fundamental de los suministros norteamericanos correspondieron al período en que ya se había producido el viraje en la marcha de la guerra, es decir, a la segunda mitad de 1943 y a 1944 y 1945. En aquel tiempo, la producción militar soviética había alcanzado ya un elevado nivel.

* * *

En 1953 apareció en Hamburgo una compilación de artículos titulada *Balance de la segunda guerra mundial*.

Los autores, en el pasado altos mandos y estadistas del Reich hitleriano, sacaron sus conclusiones generales de la experiencia adquirida durante la guerra por las tropas y el aparato de Estado fascistas para facilitar la tarea a quienes traman ahora planes de agresión contra los países del campo socialista.

138

Ese objetivo del libro no lo ocultan sus autores. Así, en la introducción a la edición alemana, debida, por lo visto, a la pluma del general Manteuffel, se dice que Europa debe ponerse a salvo de la "amenaza de Oriente".

Componen el libro unos treinta artículos que tratan los más diversos temas. Unos son de carácter puramente militar, y otros versan sobre temas como

“Problemas de la alimentación y de la agricultura durante la guerra”, “Cómo se financió la segunda guerra mundial”, etc.

Hacer un análisis de todos esos artículos sería salirnos del marco de nuestro libro, Por eso hablaremos, tan sólo, de los relacionados directamente con las acciones bélicas en el frente sovieto-germano.

En la compilación, publica el general Guderian el artículo *Experiencia de la guerra contra Rusia*, pero como expresa poco más o menos las mismas ideas que en su obra *Recuerdos de un soldado*, analizada en el capítulo I del presente libro, no tiene sentido enjuiciarlo con detalle. Nos detendremos tan sólo en algunos pasajes.

Guderian traza en el artículo una semblanza de las cualidades del Ejército Soviético y saca conclusiones que merecen atención. Citaremos entero el pasaje: “El soldado ruso se ha distinguido siempre por su extraordinario tesón, su firmeza y su gran sobriedad. Durante la segunda guerra mundial se vio bien claro que el Alto Mando Soviético era muy competente en el dominio de la estrategia. Sería sensato esperar que los mandos y los soldados soviéticos posean también en el futuro un buen entrenamiento militar y una alta moral y *garantizar una preparación equivalente*, por lo menos (la cursiva es mía. —A.E.), de nuestros oficiales y soldados. A los generales y los soldados rusos les es propia la disciplina. No perdieron el ánimo ni aun en la difícil situación del año 1941. La historia de todas las guerras nos habla de su tesón. Debemos inculcar a los soldados esa firmeza y ese tesón. La falta de seriedad en este terreno puede acarrear nos terribles consecuencias”⁴ (pág. 133).

139

De lo dicho por Guderian se infiere, indiscutiblemente, que uno de los jefes militares hitlerianos de mayor experiencia legó antes de bajar a la tumba (falleció en 1954) a los puntales del mundo capitalista que proporcionasen a los soldados y oficiales de sus ejércitos agresivos un entrenamiento militar y les inculcasen una moral como los que posee el Ejército Soviético,

Pero puede afirmarse que no lo lograrán, pues es absurdo esperar que los ejércitos capitalistas de rapiña posean una conciencia, una disciplina y una abnegación tan elevadas como los ejércitos de nuevo tipo, los ejércitos de los países socialistas.

En el artículo, Guderian recomienda sin rodeos a los futuros agresores del país soviético lo que deben hacer. Dice así: “Todos los ataques de los ejércitos de los países de Europa Occidental contra Rusia han sido siempre frontales y, por regla general, se han limitado a operaciones terrestres. Ninguno de esos ataques ha tenido éxito. Si el futuro atacante tiene superioridad en el mar, la aviación y la marina podrán crearle las premisas para invadir con éxito Rusia, siempre y cuando la aviación y la marina cooperen estrechamente con suficientes fuerzas terrestres y sus

⁴ Aquí y en adelante todas las citas se dan según la edición en ruso de Balance de la *segunda guerra mundial*, compilación de artículos, trad. del alemán. Izdatinlit. Moscú, 1957.

acciones no tengan el carácter de una ofensiva frontal, sino el de un golpe envolvente contra los objetivos de mayor importancia” (pág. 132-133).

En el pasaje citado da Guderian la receta que, a su juicio, puede proporcionar la victoria en una guerra agresiva contra la URSS. Pero ¿quién no comprende que esa receta no serviría para nada? ¿Acaso antes la invasión del territorio soviético por tierra no fue acompañada de ataques por mar y aire, sin que ello salvara a todos los invasores de una derrota aplastante? Nadie ignora que en el período inicial de la Gran Guerra Patria el enemigo tenía superioridad absoluta en aviación. La historia de la URSS registra asimismo muchos ataques por mar. Sin embargo, la buena organización de la defensa de las fronteras marítimas no permitió al enemigo obtener éxitos importantes. Es de suponer que en el futuro sufrirían también, en este aspecto, grandes desilusiones.

140

En lo concerniente a que en la guerra contra la URSS no hay que efectuar ataques frontales, sino asestar "golpes envolventes contra los objetivos de mayor importancia", creemos que los maltrechos generales fascistas, comprendido Guderian, poseen una amarga experiencia.

En efecto, las acciones de los hitlerianos no tuvieron siempre carácter frontal; ¿acaso no fue una maniobra envolvente la campaña del Sur en el verano de 1942, cuando Hitler se fijó dos objetivos principales: aniquilar a las unidades del Ejército soviético que suponía concentradas entre el Volga y el Don y apoderarse de las riquezas naturales del sur? Pero ¿cuál fue el resultado? La pérdida de los mejores ejércitos, la pérdida de la iniciativa y el "chaqueteo" vertiginoso desde el Cáucaso.

Además, hay que advertir a quienes pretendan utilizar la receta de Guderian que las Fuerzas Armadas Soviéticas no esperarán a que los agresores penetren en territorio soviético, ya sea para efectuar "acciones frontales" o para asestar un "profundo golpe envolvente", sino que les darán su merecido en cuanto intenten poner en práctica sus planes canibalescos.

No podemos menos de referirnos, aunque sea muy sucintamente al artículo Guerra de *guerrillas* (págs. 135-154), del coronel general retirado Lothar Rendulic.

Las atroces ferocidades de los hitlerianos contra la población de los países ocupados, ante las que palidecen las "proezas" de la Inquisición, dejaron una huella, sombría en la memoria de los pueblos. Para justificar estos crímenes inauditos del fascismo germano, los falsificadores de la historia han creado toda una "teoría" de los motivos que "obligaron" a Alemania a aplicar una "política severa" contra la población de los países subyugados. Según esa teoría, colmo del farisaísmo, los pueblos son culpables de que se tomen contra ellos medidas drásticas.

141

Esos verdugos, desolladores y depravados tienen la desfachatez de apelar al Derecho internacional. Resulta que el movimiento guerrillero en el territorio ocupado por la rapaza Alemania fascista "era ilegal y no estaba previsto en la Convención de La Haya". Eso nos dice sin rodeos el doctor (!i) Rendulic, que

encuentra argumentos “irrebatibles” para demostrar que “la lucha de los guerrilleros contradecía las normas del Derecho internacional... Los guerrilleros... no cumplían ni un sólo parágrafo del Derecho internacional acerca de las guerras legales. Por eso fueron declarados fuera de la ley” (pág. 137).

Permítasenos preguntar qué leyes o tradiciones de las guerras terrestres expuestas en la convención de La Haya, observaron los invasores hitlerianos. Sin previa declaración de guerra invadían alevosamente los países, derrocaban gobiernos legales, pisoteaban la dignidad nacional de los pueblos y su honor y violaban todos sus derechos civiles y humanos. Pues, bien, después de eso resulta que los hitlerianos obraban según la ley y que los guerrilleros cometían “atropellos” por haber tomado las armas para vengarse y hacerse justicia.

Pero la desvergüenza de los plumíferos revanchistas no tiene límite. Haciendo mofa de las cenizas de Oradour y de Lidice, de las víctimas de Oswiecim y de Buchenwald, quieren justificar con la “lucha contra los guerrilleros” las ferocidades de que el fascismo hacía objeto a la población.

En la página 144, Rendulic dice que “las represiones contra la población” eran el único medio para lograr que cesase o disminuyese la ayuda que ella prestaba a los guerrilleros...”

142

Lo más indignante no es sólo el afán de los revanchistas de dar una base moral y jurídica a las ferocidades del fascismo, sino también el intento de asegurarse la libertad de acción con vistas al futuro, El artículo dice: "Es indiscutible que los guerrilleros jamás observarán las normas del Derecho internacional... Por ello es absolutamente imprescindible otorgar al soldado (léase agresor .—A.E.) prerrogativas más amplias y no limitarlas como lo estipula, la 4ª Convención de Ginebra de 1949". Exige el artículo que se adopten “las medidas más serias para limitar las formas de la guerra de guerrillas” (págs. 154-155). ¡Imposible mayor desfachatez!

El artículo *Decisiones operativas del Mando en los momentos críticos en los principales teatros de operaciones terrestres de la segunda guerra mundial*, del general de infantería retirado Kurt von Tippelskirch, es digno de un análisis más detallado. Obliga además a ello el hecho de que el general sea el autor del voluminoso libro *Historia de la segunda guerra mundial*,⁵ vertido al ruso.

El análisis de ese libro, en el que se hace un estudio general de toda la guerra, no entra en nuestro propósito. Por otra parte, el artículo de Tippelskirch incluido en *Balance de la segunda guerra mundial* expone, con mayor concreción, las mismas ideas, por lo que su análisis nos dará, una idea del contenido de *Historia de la segunda guerra mundial*.

En la primera parte del artículo, titulada *Guerras relámpago*, Tippelskirch trata de explicar las causas de los éxitos de los hitlerianos en el período inicial de la

⁵ Tippelskirch K. *Historia de la segunda guerra mundial*, versión del alemán. Izdatinlit, M., 1956,

guerra, hasta el ataque a la Unión Soviética (se refiere a la campaña de los Balcanes y a la guerra con Polonia y Francia). Señala con acierto las causas estrictamente militares de los triunfos de la Wehrmacht: en primer lugar, los fascistas habían elaborado una nueva táctica, más en correspondencia con el empleo de las armas que hablan alcanzado su pleno desarrollo en el período entre las dos guerras mundiales, y, en segundo lugar, habían logrado crear una superioridad enorme en hombres y material en las direcciones principales. Pero el artículo hace caso omiso de las causas políticas del éxito de las aventuras hitlerianas, que fueron consecuencia de la política occidental de no intervención, gracias a la cual Hitler logró aplastar por separado a varios países europeos independientes.

143

La segunda parte lleva el título Guerra relámpago *fracasada*. En ella analiza Tippelskirch el curso de la guerra contra la Unión Soviética, desde sus comienzos hasta el contraataque soviético en las cercanías de Moscú. Al analizar el plan hitleriano de agresión contra la Unión Soviética, no tiene ni una palabra de censura a ese plan, canibalesco desde el punto de vista de los principios políticos y morales. No le indigna en absoluto que se hubiera fijado a la Wehrmacht el bárbaro objetivo de aniquilar al Estado soviético, exterminar a la mayoría de sus habitantes y convertir en esclavos a los demás.

Por lo visto, ese objetivo era muy del agrado del “ecuaníme historiador”.

Veamos, no obstante, de qué modo analiza Tippelskirch las causas militares del fracaso de la “guerra relámpago” contra la Unión Soviética. Debemos señalar que prodiga en su artículo citas del “plan Barbarrosa” y de otras directrices hitlerianas, ateniéndose a los documentos del proceso de Núremberg. Se diría que esta circunstancia debería recordar a Tippelskirch el carácter criminal de los planes fascistas, pero no habla en absoluto de ello.

Al analizar los planes estratégicos y de operaciones del Mando hitleriano y exponer concisamente el curso de las acciones militares en el frente sovieto-germano, el autor del artículo considera que el fracaso de los planes de Hitler se debió, principalmente, a la falta de coordinación entre el Mando Supremo de la Wehrmacht y el Mando Supremo de las fuerzas terrestres en la planificación y dirección de las operaciones y a que "toda ofensiva destinada a aniquilar al adversario nunca logrará su objetivo si le falta audacia para volar como una flecha lanzada al corazón del país enemigo" (Clausewitz), cosa que, según Tippelskirch, Hitler jamás llegó a comprender. Al citar esas palabras de Clausewitz, Tippelskirch quiere decir que el intento de tomar Moscú hubieran debido haberlo efectuado los alemanes en julio o agosto de 1941.

144

Esas ideas tan sobadas carecen de lodo fundamento. El fracaso de la “guerra relámpago” en el período inicial de la conflagración, lo mismo que la derrota del ejército hitleriano y el hundimiento del III Reich, no se debió ni a errores del “plan Barbarrosa” ni a equivocaciones del mando, sino a causas económicas, políticas y

estratégicas de mayor peso, y en primer lugar a la superioridad del sistema socialista soviético.

Es interesante que el mismo Tippelskirch confiese que la ofensiva hitleriana en el sector central del frente sovieto-germano se vio ya en un callejón sin salida antes de que se hubiera adoptado la decisión de desviar las fuerzas del grupo de ejércitos “Centro” hacia el Sur. Dice: “...De todos modos, el Mando alemán no pudo desarrollar sus operaciones en amplitud. El 3^{er} grupo de tanque (del general Hoth.— *A.E.*), que de acuerdo al plan inicial debía atacar en el frente meridional del grupo de ejércitos “Norte”, se vio inmovilizado al norte de Smolensk, y el 2^o grupo de tanques (de Guderian) se vio obligado a auxiliar al ala derecha del grupo de ejércitos “Centro”, detenido en la región de Roslavl. Se hizo evidente, además, que las grandes unidades de tanques necesitaban descanso y refuerzos...” (pág. 75). Por consiguiente, el éxito de la ofensiva alemana sobre Moscú en aquel período era más que problemático. De ello hemos hablado con detalle al analizar *Recuerdos de un soldado*, de Guderian.

Tippelskirch se ve obligado a confesar que “... las operaciones de los tres grupos de ejércitos no lograron aniquilar rápidamente... las fuerzas enemigas, ni quebrantar la mora) y el valor de las tropas del Ejército Rojo... Las unidades rusas luchaban con entereza aun en las situaciones más desesperadas” (pág. 74).

145

Es elocuente que Tippelskirch se vea obligado a reconocer el fracaso total de la “guerra relámpago” a consecuencia del contraataque de las tropas soviéticas en las cercanías de Moscú. Ciertamente repite la versión inventada por Goebbels de que nuestro propósito al desplegar el contraataque en invierno de 1941-1942, era aniquilar totalmente las fuerzas hitlerianas del frente Oriental y que, gracias a la “férrea voluntad” de Hitler, los alemanes lograron frustrarlo. Es bien sabido que el Mando soviético no se planteaba entonces objetivos de tal envergadura.

En la tercera y última parte, titulada tendenciosamente *Falta de ideología en la conducción de la guerra*, Tippelskirch analiza el desarrollo de los acontecimientos a partir del verano de 1942, interpretándolos en el espíritu habitual de las obras históricas militares burguesas referentes a la segunda conflagración mundial.

No obstante, merece la pena destacar algunas de sus conclusiones. Por ejemplo, Tippelskirch dice que en la ofensiva hitleriana del verano de 1942 no se logró cercar y aniquilar a considerables fuerzas del Ejército Soviético debido a que “el Mando ruso había aprendido a eludir con habilidad el cerco” (pág. 80).

Más adelante afirma que, aun si el Mando hitleriano hubiese alcanzado los dos objetivos fijados en la campaña del verano de 1942 (apoderarse de los yacimientos petrolíferos del Cáucaso y ocupar Stalingrado), “el ejército alemán había perdido su ímpetu ofensivo y, lo mismo que los ejércitos de los aliados de Alemania, era demasiado débil para resistir en un frente de 2.000 *km.* desde el Cáucaso hasta Vorónezh, el empuje del contraataque ruso” (pág. 81). Esta deducción es justa, pero de ella infiere Tippelskirch una conclusión absolutamente inesperada, la de que,

partiendo de ello, se debió quebrantar por medio de la defensa la fuerza del Ejército Soviético. Sin advertir que ambas afirmaciones están en evidente contradicción, asegura al lector que se hubiese podido terminar la guerra sin vencedores ni vencidos después de la derrota de Stalingrado y (esto es todavía más inconcebible) aun después de los ataques arrolladores del ejército soviético en las cercanías de Kursk o incluso en 1944.

146

Uno se pregunta: ¿si el ejército fascista alemán en el otoño de 1942 no podía ya resistir los contraataques soviéticos, a qué “milagro” habría de recurrir para estabilizar la situación cuando el poderío del ejército soviético aumentaba continuamente, mientras que la fuerza del alemán se agotaba? Aunque es ridículo, Tippleskirch y sus cofrades, quince años después de los acontecimientos que describen, adoptan un tono profesoral y ofrecen recetas de lo que se debía haber hecho entonces. Veamos, no obstante, cuál es el fundamento teórico del artículo.

Resulta que Tippleskirch preconiza la idea de que las leyes de la guerra definidas por Clausewitz y Moltke son “eternas e inmutables”. En su breve introducción cita dos declaraciones “básicas” de estos corifeos de la escuela militar prusiana. Primera: “La defensiva es de por sí más fuerte que la ofensiva... Pero persigue un fin negativo” (Clausewitz, *Acerca de la guerra*). Segunda: “Ningún plan de operaciones se mantiene en su variante inicial después del primer choque de las fuerzas propias con el grueso de las del enemigo. Sólo un profano puede pensar en una idea fijada de antemano y minuciosamente elaborada, cuya realización consecuente pueda seguirse durante todo el curso de la guerra” (Moltke, *Acerca de la estrategia*).

En la primera parte, dedicada a las guerras relámpago, Tippleskirch quiere demostrar que, debido a la enorme superioridad militar de los alemanes y a la habilidad con que empleaban los nuevos medios de combate, obtenían éxitos al parecer en contradicción con esos dos postulados de los clásicos del militarismo prusiano. Posteriormente, después de 1941, cuando la situación cambió radicalmente y los enemigos de la Alemania fascista aprendieron a emplear los nuevos tipos de armas y demás material bélico, ambas “leyes” de nuevo evidenciaron su validez. Está claro que Tippleskirch se expresa como un metafísico e idealista incorregible. Basta considerar aunque sea superficialmente la marcha de los acontecimientos de la guerra pasada para comprender que todas estas elucubraciones son de una necedad extrema, pues Tippleskirch tiene tan sólo presente el ejército germano-fascista y no toma para nada en consideración a sus enemigos.

147

En lo que atañe a la defensa, está demostrado desde hace mucho tiempo que con ella nadie ha logrado vencer, a pesar de que es un procedimiento de combate absoluta mente imprescindible y muy importante. El ejército fascista alemán no fue derrotado definitivamente gracias a la defensa, sino a las enérgicas acciones ofensivas del ejército soviético.

Por último debemos decir que el artículo de Tippelskirch en cierto aspecto es muy elocuente. Aunque se titula "*Decisiones operativas del Mando en los momentos críticos en los teatros terrestres fundamentales de la segunda guerra mundial*" (la cursiva es mía.-A.E.), se refiere casi exclusivamente al frente sovieto-alemán. Si Tippelskirch, a quien no se sospecha que simpatice con el país soviético y con su ejército, no ha podido, en realidad, mencionar ni una decisión operativa de importancia adoptada por el Alto Mando germano-fascista en concordancia con la situación crítica creada en el frente Occidental, quiere decir que todos los hechos importantes que decidieron el resultado de la guerra tuvieron lugar, efectivamente, en el frente del Este.

Por eso las afirmaciones de Churchill y Cía. de que los ejércitos de los países occidentales, con los combates contra Rommel y los desembarcos en Italia y en Francia, jugaron el papel decisivo en la segunda guerra mundial, son la más desvergonzada mentira, que no puede confirmar seriamente ni siquiera un lacayo del imperialismo como el general de infantería retirado Tippelskirch.

148

No pensamos referirnos a los demás artículos de la compilación porque, repito, su análisis rebasaría el objetivo que el autor se ha propuesto. Eso no significa, en modo alguno, que en ellos se tergiverse menos la verdad. Todos los artículos de la compilación destilan las ponzoñosas ideas del militarismo y del revanchismo y están impregnados de odio al pueblo soviético, por lo que requieren sei' enfocados con espíritu crítico,

* * *

Hablemos ahora de otro libro, de otra compilación de artículos, titulada *La guerra mundial de 1939 -1945*.

Este volumen se diferencia un poco de los que hemos analizado antes: la mayor parte de los autores son de rango inferior y tratan, casi todos, cuestiones puramente militares.

Analizaremos ahora uno de los capítulos más importantes del libro escrito por el general mayor retirado von Buttlar, titulado *La guerra en Rusia*. Tiene casi ciento cincuenta páginas y describe los acontecimientos en el frente sovieto-germano con suma minuciosidad y en su cesión cronológica.

Desde el comienzo mismo, von Buttlar quiere justificar la páfida agresión de la Alemania fascista a la URSS, valiéndose de los sobados argumentos de la propaganda goebbelsiana. Dice, por ejemplo, que la falaz agresión hitleriana se debió... a la política del gobierno soviético en relación con los Balcanes y a que el acuerdo firmado entre la URSS y Alemania no eliminaba las contradicciones ideológicas existentes entre ambos países.

Pero es del dominio público que fueron Hitler y Mussolini, su aliado inmediato, y no el Gobierno soviético, quienes aplicaron una política agresiva en los Balcanes. En

lo que se refiere a la ideología, sería más que absurdo exigir que los acuerdos internacionales entre Estados con distinto sistema económico-social supriman sus divergencias ideológicas. Lo que se requiere es que ambas partes cumplan estrictamente los compromisos contraídos. Buttlar, como es natural, no puede mencionar, porque no lo hubo, un solo hecho demostrativo de que la Unión Soviética vulnerara el tratado sovieto-germano.

149

El autor no se avergüenza de citar “razones” como el anhelo de Hitler de aniquilar a la Unión Soviética como aliado potencial de Inglaterra, aunque afirma a renglón seguido que el Führer quería llegar a un acuerdo con los ingleses. Declara Buttlar que la guerra contra la URSS dejaba las manos libres al Japón para emplear todas sus fuerzas contra Inglaterra y al mismo tiempo dice que al agredir a la URSS Hitler quería acentuar la tendencia a la neutralidad en Norteamérica. Resumiendo, no repara en medios en su celo por demostrar que Hitler tenía sus razones para declarar la guerra a la URSS. Lo único que encuentra mal es que Alemania tuviese que combatir en dos frentes. Hay que señalar que más adelante Buttlar, lo mismo que los demás historiadores germano-occidentales de la segunda guerra mundial, al acusar al Führer, se afana por aportar falsas razones justificativas de muchas decisiones o actos de Hitler y sus compinches.

Al describir detalladamente las fuerzas que habían concentrado los hitlerianos para agredir al país soviético, Buttlar se ve obligado a reconocer que se trata en realidad de un ejército potente, armado hasta los dientes y formado por unas doscientas divisiones. Por ello huele a falsa su declaración de que Alemania no estaba preparada para la guerra y de que en vano había dejado en Occidente sesenta divisiones.

Son por demás disparatadas sus peroraciones acerca de las “unidades de voluntarios”. “Ellos —dice con barata prosopopeya— fueron los primeros soldados de Europa que emprendieron la lucha contra el bolchevismo”⁶ (pág. 150). Es sabido que en muchos países de Europa existían detritus fascistas, así como criminales y traidores a su patria, dispuestos a servir a cualquiera por dinero. Pero aun si aceptamos las exageradas cifras que da Buttlar, veremos que no fueron muchos los “soldados de Europa” que pudieron reclutar. (Según él, sólo 6.000 franceses, 4.000 belgas, 4.000 españoles, etc.).

150

Al referirse a las fuerzas soviéticas que se enfrentaron a la invasión hitleriana, Buttlar exagera desmesuradamente su número. Es elocuente que, al citar estos datos inventados por él mismo, hace que el lector no los crea, pues se ve obligado a confesar que “las condiciones especiales de Rusia constituían un gran impedimento para obtener información acerca del potencial bélico de la Unión Soviética... El

⁶ De aquí en adelante todas las citas que se dan son de la edición rusa: *La guerra mundial de 1939-1945*, compilación de artículos, versión del alemán, Izdatinlit, M., 1957.

camuflaje de todo lo que tuviese que ver con el ejército, efectuado por los rusos con suma habilidad..., dificultaba la comprobación de los pocos datos que habían podido obtener los agentes del servicio de información” (pág. 151). En fin, dejemos que este apaleado espadón se queje de las “condiciones especiales” existentes en la URSS: el pueblo soviético seguirá cuidando como las niñas de sus ojos los secretos militares y de Estado.

Buttlar se ve obligado a reconocer también la elevada capacidad combativa de las tropas soviéticas. Dice que, en cuanto al ejercicio del mando, las Fuerzas Armadas soviéticas no cedían en nada a la Wehrmacht, aunque trata de criticar a los mandos soviéticos por su táctica “carente de originalidad”. Olvida Buttlar que la hitleriana pecaba de lo mismo. Nosotros reconocemos que, al principio, a nuestros mandos les faltaba experiencia de guerra moderna. Pero pronto fue adquirida, y así lo admite, dicho sea de paso, Buttlar mismo.

Es muy elocuente que, al referirse al planeamiento de la guerra agresiva contra la URSS, Buttlar diga, tal vez sin querer, que entre Hitler y la cima de la Wehrmacht no había divergencias importantes. Es evidente la inconsistencia en las declaraciones que a veces aparecen en la prensa afirmando que durante toda la guerra hubo serias divergencias entre Hitler y el Alto Mando de las fuerzas terrestres.

151

No obstante, al caracterizar el “plan Barbarrosa”, Buttlar trata de convencer al lector de que si los hitlerianos hubieran podido avanzar directamente hacia Moscú, los demás objetivos, por ejemplo ocupar la Región del Báltico, Leningrado y Ucrania, se hubieran alcanzado “de por sí”. Eso son, claro está, huecas conjeturas, ya que, si en realidad se hubiese reunido todas las fuerzas enemigas en el sector central del frente y los flancos hubieran quedado desguarnecidos, el grupo de ejércitos “Centro”, que había penetrado profundamente en tierra soviética, se hubiese hallado expuesto a ataques de las tropas de nuestros frentes Noroccidental y Sur, que conservaban su capacidad combativa, sin hablar ya de nuestras reservas concentradas allí. Por otra parte, tal curso de los acontecimientos hubiera permitido al pueblo soviético aprovechar totalmente los enormes recursos económicos del Sur y la industria de Leningrado.

Suenan como un sacrilegio las declaraciones de Buttlar de que Hitler perdió una “oportunidad sin igual para presentar el ejército hitleriano como libertador de los pueblos, para ganarse las simpatías de esos pueblos liberados...” (pág. 158). Es más fácil, sin duda, hacer pasar a un bandido por el ángel de la guarda, que al ejército de los invasores hitleriano por libertador. Hitler y Goebbels pusieron no poco empeño en lograr ese vil objetivo, que se persigue también en todos los libelos escritos en la postguerra por los generales fascistas. Pero todos sus esfuerzos están condenados al fracaso. Para todas las personas honradas del mundo, las tropas hitlerianas serán siempre hordas de bandidos enfurecidos, que querían pisotear con sus botas herradas la libertad y la independencia de los pueblos de Europa, mofarse de sus

tradiciones nacionales milenarias y hacerlos esclavos del III Reich.

152

En muchas páginas; de su mendaz artículo, Buttlar nos habla del “valor de los soldados”, del “sentido del deber” y de la “abnegación” del “ejército oriental” hitleriano. Las tropas hitlerianas, embrutecidas por la propaganda misantrópica, embriagadas por las fáciles victorias obtenidas en Occidente, dieron pruebas de una combatividad bastante elevada debido a que en el soldado alemán se despertaron los instintos más bajos y bestiales: el ansia de lucro, el desprecio a los pueblos sojuzgados, la sed de sangre y de violencia.

La humanidad maldijo con odio a esos "superhombres". Por eso son vanos los intentos que los señores revanchistas emprenden para justificar ahora la barbarie fascista y hacer olvidar sus crímenes sangrientos. Sin embargo, debemos desenmascarar constantemente esas mentiras hediondas para que no puedan envenenar a la joven generación, que no ha visto con sus propios ojos los horrores del fascismo.

Al describir los acontecimientos del período inicial de la guerra, Buttlar se ve obligado a reconocer que, a pesar de que fue ocupada una parte considerable del territorio soviético, los objetivos fijados por el Mando de las tropas fascistas no se llegaron a cumplir y los invasores hubieron de convencerse de que la combatividad del Ejército Soviético era muy superior a la de cualquier ejército de Occidente.

Al hablar de las pérdidas soviéticas en los combates sostenidos en la frontera, Buttlar pierde todo sentido de la medida y da una cifra de prisioneros casi superior a los efectivos (según sus propios datos) de todo el Ejército Soviético al comienzo de la guerra. Creyendo, por lo visto, que el lector es olvidadizo, se olvida el mismo del refrán: "Mentir pide memoria".

Buttlar repite insistentemente que los hitlerianos debieron haber ocupado Moscú sin pérdida de tiempo. Dice que en ese caso el Mando soviético hubiese reunido a todas sus fuerzas para defender la capital, con lo que los hitlerianos hubieran podido aniquilarlas de una vez y pasar tranquilamente el invierno en los confortables apartamentos de Moscú (recordemos, ya que viene al caso, que en su época Napoleón persiguió el mismo objetivo, y cualquier escolar sabe el resultado). Pero, comprendiendo que sus argumentos son poco convincentes, Buttlar dice que la decisión de Hitler de avanzar hacia el Sur antes de tomar Moscú era evidentemente desatinada, mientras que la ofensiva sobre Moscú quizás hubiera sido un acierto, máxime teniendo en cuenta la gran concentración de las fuerzas soviéticas en el Sur.

153

Debemos ser justos con Buttlar y señalar que comprendía cuán problemático era el éxito de los hitlerianos en ambos casos. Aunque falsea las causas, queriendo convencer al lector de que “la crisis que sufría el Mando alemán en el Oeste no fue debida tanto a una decisión operativa desacertada como a la incompetencia general del Alto Mando, que no supo aprovechar todas las oportunidades para preparar y enviar al frente Oriental fuerzas suficientes para solucionar los enormes problemas

que se habían planteado ante los alemanes” (pág. 171).

Así, pues, Buttlar quiere inculcarle al lector la idea de que Alemania estaba mal preparada para la guerra. La crisis en el frente Oriental fue debida a la tenaz resistencia opuesta por el ejército soviético y a los potentes golpes asestados ya por las fuerzas soviéticas al “ejército oriental” en el comienzo mismo de la guerra. Y si invoca “causas objetivas”, es porque quiere rehabilitar a los jefes militares fascistas.

Es elocuente que el mismo Buttlar, al hablar después de la poderosa agrupación que Hitler había concentrado en los accesos a Moscú, se vea obligado a reconocer que disponían de fuerzas suficientes.

Dice lo siguiente: “Ahora nos parece insuficiente lo efectuado por el Alto Mando para reforzar el grupo de ejércitos (se refiere al grupo de ejércitos “Centro”, que debía atacar Moscú en octubre de 1941. — *A.E.*). Sin embargo, entonces aquella agrupación de choque tan fuerte parecía capaz de lograr el objetivo que se le había encomendado, Estaba compuesta por tres ejércitos de tanques (además de tres de campaña. — *A.E.*). Las tropas disponían de mucho material. Las unidades de tanques y de artillería habían sido todas ellas completadas” (pág. 177). Por lo tanto, Buttlar reconoce que Hitler había hecho todo lo posible por constituir una agrupación de choque cuya fuerza estuviera en consonancia con la misión que se le había fijado.

154

Para que no se molesten sus compinches del generalato que encabezaban esta agrupación, Buttlar les atribuye toda una sarta de victorias, comprendida la “lograda” en la batalla de Briansk; acerca de esta “victoria” ya hemos hablado minuciosamente en el capítulo I del libro. Como se sabe, las hordas blindadas hitlerianas fueron detenidas poco después de la batalla de Briansk. Pero no crea el lector que Buttlar, ese “historiador objetivo”, le va a hablar de la firmeza de las fuerzas soviéticas que defendían la capital, de su heroísmo, de los hábiles e impetuosos contraataques que desgastaron a los invasores. Nada de eso. Resulta que “precisamente entonces comenzaron grandes lluvias. Los caminos, como siempre en otoño, se pusieron impracticables... y no fue el ejército ruso, sino el dios del tiempo quien detuvo la impetuosa ofensiva de las fuerzas blindadas alemanas cuando el objetivo estaba tan cercano” (pág. 179). Hay un refrán que dice: “A Dios rogando y con el mazo dando”. Pues, bien, el soldado ruso no prestaba atención a los caprichos del “dios del tiempo” y asestaba golpes demoledores a las tropas enemigas.

Veamos, sin embargo, cómo describe Buttlar los hechos posteriores. “En la segunda mitad de noviembre —dice— las tropas se lanzaron de nuevo adelante... Comenzaron repentinamente grandes heladas, y la temperatura llegó a los 40° bajo cero... La ofensiva sobre Moscú había fracasado” (págs. 179-180).

155

Buttlar, como muchos otros plumíferos por el estilo, invoca el dios del tiempo para rehabilitar, como sea, a los jefes militares fascistas, derrotados en la histórica

batalla de Moscú.

Buttlar no describe el curso de la contraofensiva soviética, a pesar de que en su artículo hay un capítulo que, por su título, debería estar dedicado a ello; por lo visto, no le hace mucha gracia hablar de esta primera gran derrota de los hitlerianos. En cambio razona en tono profesoral en torno a la suerte corrida por las tropas germano-fascistas, que estima deplorable incluso en comparación con la del ejército napoleónico. Dice: “Surgió el peligro de que las tropas alemanas, extenuadas, no pudieran soportar ni física ni moralmente el clima y fueran incapaces de rechazar los contraataques del enemigo. ¿Acaso no habla un precedente? ¿No fue acaso vencido en las cercanías de Moscú, en situación idéntica, el “gran ejército” de Napoleón? Y eso que tenía, en comparación con los alemanes, la gran ventaja de dominar... la ciudad misma y disponer de todos sus recursos.” (págs. 180-181).

Al llorar lágrimas amargas por la triste suerte de los hitlerianos, Buttlar se olvida de que en 1812 Moscú fue incendiada y las tropas napoleónicas salieron de ella a duras penas. Por eso, ¿de qué recursos se puede hablar aquí?

En este mismo capítulo, Buttlar se enreda en sus propios argumentos, contradictorios y absurdos. Por una parte, afirma que Alemania se iba acercando al desastre porque Hitler asumió el Mando de las fuerzas terrestres, autodesignándose Jefe Supremo de las mismas; por otra, dice que Hitler salvó a la Wehrmacht de la derrota gracias a su “voluntad férrea”. Buttlar tiene la desfachatez de citar en su artículo el siguiente panegírico a Hitler, escrito por Jodl, su ayudante inmediato: “Nunca admiré tanto a Hitler como en el invierno de 1941-1942, cuando él solo restableció el frente Oriental, cuando contagió su voluntad y decisión a todos, comprendidos los soldados que combatían en las avanzadillas. Cualquiera otra versión de la actuación de Hitler en este período contradice la verdad histórica”, (pág. 182).

156

Este fragmento demuestra, sin dejar lugar a dudas, que los ex subordinados y cómplices de Hitler han tenido que hacer de tripas corazón para acusar en sus libros al Führer. El pueblo alemán maldice a este monstruo, y si los generales alemanes lo vituperan hoy, contra su deseo, es para no quedar como lo que realmente son a los ojos de la gente de filas. Por otra parte, hay que echarle a alguien la culpa de la derrota para que los amos del otro lado del océano vean que la máquina militar alemana está todavía en condiciones de servirles. Pero alguna que otra vez sus sentimientos de fieles súbditos de la bestia pueden más, y Buttlar y toda su camada evidencian entonces cuál era su verdadera actitud hacia el Führer.

Jodl y Buttlar mismo elogian en este caso a Hitler porque no permitió que sus tropas abandonaran las posiciones ocupadas y, con ello, según dicen, salvó el “ejército oriental”. Pero lo malo es —agrega Buttlar más adelante— que Hitler erigió después esto en principio y no permitía a sus subordinados que abandonasen las posiciones tomadas mientras no les arrojase de ellas. Por lo visto, el Führer conocía perfectamente la psicología de sus generales y consideraba que, de

habérselo permitido, a la primera amenaza seria habrían corrido a “posiciones previstas por el Mando”.

Nos creemos que la Alemania fascista habría sufrido menos reveses si se les hubiera permitido a los jefes militares de la Wehrmacht replegarse según su voluntad, \$ aunque, claro está, eso hubiese sido más cómodo para ellos.

Hace reír Buttlar cuando afirma que la prolongada “permanencia” de los hitlerianos en las “bolsas” de Demiansk y de John les hizo creerse “superiores a los rusos” (pág. 185). Si nos atenemos a la lógica de Buttlar, el cerco de Stalingrado les reafirmó, sin duda alguna, en esa creencia,

157

Las acciones del ejército alemán en el Sur durante el verano de 1942 las describe Buttlar igual que los autores antes analizados. La única diferencia es que explica por qué Hitler había planteado dos objetivos a la ofensiva (Stalingrado y el Cáucaso): estaba convencido de que el país soviético se hallaba en vísperas de su hundimiento.

Contra lo que era de esperar, Buttlar aquilata atinada' mente las posibilidades del grupo de ejércitos “A” de ocupar el Cáucaso. Dice que su fracaso fue una suerte para el grupo, ya que en caso contrario habría sido aniquilado.

En efecto, imaginémonos que las tropas de esta agrupación se hubiesen internado más profundamente en el Cáucaso, La contraofensiva soviética de Stalingrado, que se transformó lógicamente en ofensiva general en el ala izquierda del frente soviético-germano, hubiese aislado totalmente a esta agrupación de las demás tropas fascistas, y su suerte habría sido la misma que la de la agrupación alemana de Stalingrado (grupo de ejército “B”): el cerco y la derrota absoluta.

Más adelante, Buttlar afirma, lo mismo que la mayoría de sus colegas en el arte de falsificar la historia, que hubieran podido tomar Stalingrado en julio. Esta falsificación ha sido ya desenmascarada cuando nos referimos al libro de Mellenthin.

Se repite aquí la falsa tesis de Manstein de que la contraofensiva soviética de Stalingrado no fue inesperada para el Mando alemán, aunque es bien sabido —y lo hemos demostrado— que fue una sorpresa.

Tampoco es original Buttlar cuando dice que si los hitlerianos hubiesen pasado a la defensiva a su debido tiempo (se refiere a fines del verano o comienzos del otoño de 1942), se habría podido acabar la guerra “en condiciones aceptables”. En primer lugar, la guerra no podía terminar más que con la capitulación incondicional de la Alemania fascista; en segundo lugar, era imposible para los hitlerianos mantener el enorme frente defensivo que se extendía desde el mar Negro hasta el Báltico, y así lo confiesan los mismos “estrategas” fascistas, comprendido Buttlar. Por lo tanto, tenían que replegarse a nuevas posiciones, es decir, abandonar un territorio enorme. Es posible que los fascistas hubiesen logrado conservar así algunas unidades, aunque es evidente que el Mando soviético no les habría permitido replegarse tranquilamente y que durante sus prolongadas marchas habrían sido desgastados por nuestra insistente persecución y por profundos ataques de flanco. Por otra parte, las tropas soviéticas se habrían ahorrado el enorme esfuerzo empleado en

"sacar" al enemigo de cada posición ocupada. Si la Wehrmacht no había logrado la victoria en la ofensiva, menos probable todavía era que pudiera alcanzar éxitos en la defensa. Una prolongada guerra de posiciones, suponiendo que hubiera sido posible en aquellas condiciones, hubiera sido más desastrosa para Alemania que una guerra de maniobras.

La apreciación que Buttlar hace de la batalla de Stalingrado es contradictoria. El capítulo dedicado a ella lleva por título *Stalingrado, punto crucial de la guerra*. No obstante no puede menos de inclinarse ante sus amos —los imperialistas anglo-americanos— y por eso dice, al terminar el capítulo, que "la catástrofe de los alemanes en Africa y en Stalingrado fue una seria advertencia de que el destino del pueblo alemán había llegado a un punto crucial" (pág. 197).

Esos acontecimientos no pueden equipararse ni por su magnitud ni por sus consecuencias. En Africa fue derrotado tan sólo el ejército de Rommel⁷, que, por cierto no fue destrozado totalmente, mientras que en Stalingrado se aniquiló por entero dos ejércitos alemanes selectos, a los que se incorporaban continuamente tropas de refresco, y tres ejércitos de los satélites de Alemania. Posteriormente, durante la ofensiva general en el ala izquierda del frente sovieto-germano, fueron anulados los resultados de la ofensiva alemana de) verano de 1942, y la iniciativa estratégica pasó totalmente a manos del Mando soviético.

159

El mismo Buttlar explica de modo muy expresivo las consecuencias de la derrota de los hitlerianos en Stalingrado.

Citaremos algunos pasajes de su artículo que desenmascaran muy convincentemente no sólo al mismo Buttlar, sino también a toda una reata de falsificadores de la historia que, como él, se esfuerzan en hiperbolizar los éxitos de las tropas anglo-norteamericanas.

"Al retirarse del Volga y del Cáucaso, las tropas alemanas tuvieron que entregar casi totalmente al enemigo todas las regiones ocupadas durante la ofensiva de verano y otoño. Además, las tropas alemanas perdieron muchas fuerzas sin que lograran debilitar seriamente el empuje de los rusos. Tuvimos que abandonar todas las esperanzas de conseguir que los países del Medio Oriente participaran en la lucha contra Inglaterra y de ocupar los yacimientos petrolíferos del Cáucaso, que debían contribuir al desarrollo de la aviación y las unidades motorizadas alemanas. . (pág. 204).

"El balance que el mando alemán tuvo que hacer a fines de enero de 1943 en este sector del frente (se tiene presente el ala derecha del frente Meridional. —*A.E.*) fue realmente espantoso. En el transcurso de catorce días de ofensiva rusa, el grupo de ejércitos "B" fue aniquilado casi totalmente. El 2º ejército quedó muy maltrecho. Además, al ser roto el frente, perdió casi todo su material. El 2º ejército húngaro fue destrozado casi por completo, y del 8º lograron salvarse tan sólo algunas unidades

⁷ En él había únicamente tres divisiones alemanas; las restantes eran italianas.

del cuerpo de tiradores alpinos. De las demás unidades sobrevivieron restos insignificantes. De las tropas alemanas que operaban en el sector del 8º ejército hitleriano, quedaron únicamente restos maltrechos de algunas divisiones que consiguieron salvarse cruzando el río Oskol. Se perdió todo contacto con el grupo de ejércitos “Centro” y con el grupo de ejércitos “Don”, ya que los intersticios estaban amenazados...” (pág. 206).

160

“La subestimación de las tuerzas del enemigo y de) enorme territorio de su país y la sobreestimación de nuestros recursos en hombres y en material, unidos a los errores estratégicos y operativos, de los cuales fue culpable en la mayoría de los casos el propio Hitler (aquí Buttlar, ajustándose a la norma acostumbrada, le echa la culpa al Führer, convencido, por lo visto, de que no hay por qué temer a los muertos. — *A.E.*), condujeron a que todos los sufrimientos y sacrificios de las tropas alemanas fueran inútiles. El aniquilamiento del 6º ejército alemán en Stalingrado, la derrota de los ejércitos aliados en el Don y las enormes pérdidas en hombres y en material en el Cáucaso y en el gran meandro del Don influyeron negativamente no sólo en la combatividad de las fuerzas alemanas y aliadas, sino también en la moral de los pueblos alemán, italiano, húngaro y rumano. Entre los rusos, por el contrario, los resultados de estos combates despertaron un enorme entusiasmo que fortaleció su economía, incrementó sus fuerzas armadas y les dio mayor pujanza, multiplicó la intrepidez y la flexibilidad de sus planes de operaciones y, por último, robusteció la moral de todo el pueblo soviético” (pág. 208).

Al citar estos pasajes quisiéramos subrayar que, en este caso, el ex general hitleriano muestra con nitidez las proporciones de la derrota del ejército fascista, desenmascarando, quizás sin quererlo, a sus cofrades (concretamente a Manstein) que ejercitan la pluma y hacen caso omiso de los hechos históricos.

Ahora veamos de nuevo cómo describe Buttlar la marcha concreta de los acontecimientos en el sector meridional del frente soviético-germano.

161

A este respecto, nos referiremos a razonamientos, tradicionales ya en las publicaciones de esta índole, en torno a si las tropas de Paulus debieron o no romper el cerco. Buttlar habla de ello largo y tendido, pero la cuestión queda sin aclarar. No vamos a exponer todas las patrañas del ex general, pero sí diremos que hasta mediados de enero la resistencia de los cercados tuvo cierto sentido estratégico, pero después se hizo absurda y les llevó únicamente a sufrir pérdidas insensatas (de esto hemos hablado minuciosamente en el capítulo dedicado al libro de Manstein). En su afán de ser original en el análisis de esta cuestión, Buttlar llega a afirmar que uno de los motivos fundamentales de la derrota total de Paulus fue... el cálculo erróneo de la profundidad de los ataques de Hoth-Manstein y de) golpe asestado, para salir a su encuentro, por las tropas cercadas. Dice que se equivocaron en unos 20 *km* (pág. 200) y por ello no se rompió el bloqueo, Esta es una conclusión propia de un diletante. El quid de la cuestión fue que Manstein dejó

escapar la ocasión de asestar el contraataque. Si hubiera comenzado a principios de diciembre, cuando el frente externo de cerco soviético lo defendían tropas muy débiles y extenuadas por los combates, de lo que se habían podido persuadir los hitlerianos al rechazar de Kotélnikov al grupo del general Shapkin, que efectuaba un reconocimiento en profundidad, tal vez hubiesen tenido alguna probabilidad de abrirse paso hacia los cercados. Pero después, cuando el Mando soviético descubrió sus intenciones y, maniobrando, logró fortificar este sector y traer luego unidades de refresco (el 2º ejército de la Guardia), las posibilidades de romper el bloqueo eran ya nulas, aun calculando bien la profundidad de los ataques, máxime porque Paulus no se decidía a emprender acciones enérgicas en este sector.

Buttler no coincide con Manstein en lo referente a la importancia de los contraataques asestados por el grupo de ejércitos “Don”. Según Manstein, estas acciones de las tropas a su mando, y muy especialmente la toma de Járkov, devolvieron la iniciativa a los alemanes. Buttler, por su parte, afirma que únicamente sirvieron para que los hitlerianos pudieran crear un frente continuo, tapando de cualquier modo las brechas abiertas antes en él. Por cierto, eso se hizo a cuenta de grandes fuerzas llevadas allí de otros sectores del frente, lo que costó a los alemanes la pérdida de Rostov del Don.

162

Verdad es que Buttler miente en esto una vez más, afirmando que Rostov se abandonó para “reducir la línea del frente”, cuando en realidad fue la ofensiva de las tropas soviéticas del frente Sur lo que desalojó de allí a los hitlerianos.

Buttler tampoco concuerda con Manstein en la evaluación de la batalla de Kursk. Considera que la Alemania fascista no tenía en el verano de 1943 posibilidad alguna de llevar a cabo acciones ofensivas tan importantes como las de 1941-1942.

Refiriéndose al fracaso de la ofensiva alemana en Kursk, confirma que “la última tentativa de los alemanes de tomar la iniciativa en el Este fracasó” (pág. 213). Así, pues, Buttler refuta categóricamente las invenciones de Manstein y de tantos otros de que las fuerzas fascistas alemanas habían recobrado la iniciativa en el verano de 1943.

Sin que rebajemos en modo alguno la importancia de la victoria soviética en Kursk, debemos subrayar que fue debida, en gran parte, a la derrota de los alemanes en Stalingrado.

Más adelante, Buttler embiste contra las decisiones de la Conferencia de Teherán y critica a Churchill y a Roosevelt porque, según dice, no veían el “peligro” que podía “surgir para toda la situación internacional después de la derrota de Alemania” (pág.223). Por lo visto, este general hitleriano que adopta la pose de defensor de la civilización occidental cree que los pueblos de Europa han olvidado que en toda su multiseccular historia nadie les causó tantos daños y tantos sufrimientos como la Alemania fascista.

Buttler recurre a un argumento ridículo para explicar los fracasos de la Wehrmacht, viendo su causa en un brusco cambio de carácter del Führer. Resulta

que, al principio, Hitler fue osado, fuerte, inteligente y sagaz, sabía arriesgar y prever el curso de los acontecimientos, pero de pronto se hizo cobarde, débil y mezquino e iba siempre a la zaga de los acontecimientos.

163

Buttlar no comprende que Hitler era, como suele decirse, “hombre bravo contra ovejas y oveja contra hombre bravo”. Mientras tenía de su parte cierta superioridad militar, actuó con decisión contra los países de Europa Occidental, sometiéndolos uno tras otro. Pero, al chocar con seria resistencia a la realización de sus planes, se fue acercando paulatinamente a su bancarrota.

La aureola de grandeza e invencibilidad le fue creada a Hitler por la propaganda de Goebbels, que obraba según el conocido principio de Hitler: “La verdad es una mentira repetida reiteradamente”. Hitler no fue sólo un histérico sanguinario, sino también un politicastro muy hábil. Debido a ello, llegó a ser, por gracia de los Krupp y de los Thiessen, jefe del Estado alemán.

En su afán de justificar de algún modo la derrota del ejército fascista alemán, Buttlar declara mendaz que Alemania tuvo que combatir durante toda la guerra en varios frentes, y, después del desembarco anglo-norteamericano en el continente europeo, en dos frentes equivalentes.

Es claro que en todo eso no hay ni un ápice de verdad. Si la segunda guerra mundial duró tanto, fue precisamente porque el pueblo soviético tuvo que luchar solo, frente a frente, contra el fascismo alemán. La aportación de los países occidentales fue, comparada con sus enormes posibilidades, injustificadamente ínfima.

Indice

- 5 Prefacio.
- 13 *Capítulo I.* Falsificación de la prehistoria de la segunda guerra mundial.
- 21 *Capítulo II.* El coronel general Guderian y su libro *Recuerdos de un soldado*
- 64 *Capítulo III.* Las victorias pírricas del mariscal de campo Manstein.
- 99 *Capítulo IV.* Las decisiones “fatales” de Hitler y los consejos “salvadores” de sus generales
- 114 *Capítulo V.* Torrente de falsificaciones.
- 164 *Indice.*